

OBRAS DEL
TALLER DE
DRAMATURGIA
DE ESTELA
LEÑERO

/ **VOLUMEN DOS**

**LIBROS DE GODOT
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN**



RECTOR JESÚS ÁNCER RODRÍGUEZ / **SECRETARIO GENERAL** ROGELIO G. GARZA RIVERA / **SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA** ROGELIO VILLARREAL ELIZONDO / **DIRECTOR DE PUBLICACIONES** CELSO JOSÉ GARZA ACUÑA / **COORDINACIÓN EDITORIAL:** MARICELA DE LA TORRE / **DISEÑO DE LA COLECCIÓN:** MANO DE PAPEL / **RETRATOS:** JUAN JOSÉ MEZA

Primera edición, 2011

D.R. © Guillermo Palma Silva

Baja California 114-602, Colonia Roma Sur,
Cuauhtémoc, 06760, D.F.

D.R. © Universidad Autónoma de Nuevo León

Biblioteca Universitaria "Raúl Rangel Frías",
Planta principal,
Alfonso Reyes 4000 Norte, Colonia del Norte,
Monterrey, Nuevo León, México, 64440
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
publicaciones@seyc.uanl.mx
www.uanl.mx/publicaciones

D.R. © Antonio Zúñiga

ISBN: 978-607-00-1656-1

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN POR CUALQUIER MEDIO MECÁNICO
O ELECTRÓNICO SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS EDITORES / IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO / LIBROSDEGODOT@YAHOO.COM.MX



OBRAS DEL TALLER DE DRAMATURGIA DE ESTELA LEÑERO

VOLUMEN DOS

**SELECCIÓN
E INTRODUCCIÓN
DE ESTELA LEÑERO**

La generosidad en los medios culturales del país es una condición inusual en el actual panorama de horizontes apocalípticos, además de la apatía, indiferencia y menosprecio hacia las manifestaciones culturales y artísticas... todo mundo se acuerda de ellas, siempre y cuando conlleven intereses económicos y mucho más en épocas de celebraciones.

En una nación donde la labor del creador es vista como decorativa y ornamental, muchos de aquellos se dedican en estado de emergencia exclusivamente a su propia producción y promoción, por lo que es surrealista quienes toman el reto de ocuparse de leer y analizar desde el punto de vista constructivo el trabajo de otros. Pese a todo, y contra viento y marea, en México todavía existen personajes que toman esta batuta, como Estela Leñero, quién ha desempeñado un destacado papel en el país como dramaturga, crítica de teatro, antologadora y en la impartición de decenas de talleres de dramaturgia. Su labor se extiende al impulso y apoyo en la publicación de autores dramáticos contemporáneos, rubro que cuenta con el ninguneo oficial e independiente de programas y editoriales.

El presente volumen es una selección de obras producidas en los talleres de dramaturgia que ha impartido Estela Leñero durante varios años en el Foro Shakespeare. Aquí se encuentran los títulos de *Cuento de zorros y lobos*, de Jesús Ramírez; *Las Morales*, de Bárbara Viterbo Gutiérrez; *Ménage á trois*, de Ovidio Ríos; *Encarcelados*, de Georgina Montelongo L.; *Final feliz*, de Ana Díaz Sesma, y *Las que no sienten*, de Kerim Martínez; que muestran distintas visiones en torno al escrutinio de la compleja sociedad mexicana y, por el otro, de las pasiones humanas, en estructuras dramáticas variadas con personajes y situaciones bien definidas y sin regodeos que destilan frescura y vitalidad en diferentes exploraciones temáticas y estéticas, donde cada autor perfila sus inquietudes y preocupaciones.

Intensos, dramáticos y divertidos, los textos fluyen al presentar historias cotidianas, algunas en submundos, con la denuncia de la injusticia social; la hipocresía y el clasismo; la ironía en torno a los juegos con la muerte, la eterna corrupción que corroe todos niveles sociales y los entresijos de la producción literaria. Sin ser llamativos como efecto, en cada obra subyacen elementos obsesivos casi en el delirio y un profundo desencanto, inercias de un desgaste interminable.

Celebramos el mayúsculo esfuerzo de Leñero, siempre pendiente de la importancia de la creación dramática, pese a los nubarrones y claroscuros de nuestro panorama cultural; y para aquellos que buscan textos que muestren la complejidad contemporánea, los de

esta publicación ya están listos para ser llevados a escena. Enhorabuena.

HERNANDO GARZA

INTRODUCCIÓN

Una de las maravillas del teatro es su pluralidad. La realidad se nos manifiesta a través de la experiencia de los personajes. Los puntos de vista se multiplican y en la problemática revelada en cada obra de teatro se vislumbran diferentes perspectivas. En la actualidad, el punto de vista en la dramaturgia ha adquirido alcances inimaginables; el autor se desdobra y se compromete a volver verdaderos a cada uno de sus personajes: puede elegir un personaje desde donde contar la historia, o crear un narrador; jugar con el tiempo, con los planos reales e irreales; romper la cuarta pared o asumirla; plantear una situación cerrada o generar figuras distintas con un mínimo de movimientos a partir de una misma realidad, como en un caleidoscopio. Las posibilidades son innumerables.

Las formas que cada autor elige para crear su ficción, es otra forma de concretar la diversidad de los puntos de vista en el teatro, pero siempre partiendo de la contemporaneidad.

Para esto, la lectura y conocimiento de la dramaturgia contemporánea se vuelve fundamental. Ser dramaturgos de nuestro tiempo y no del siglo pasado significa proponer, innovar, reciclar; volver los hilos negros descubiertos por otros, en colores propios y renovados. Inventar no de la nada, sino aprovechando los caminos recorridos. La riqueza de la dramaturgia se nos manifiesta en la variedad de estilos, géneros y contenidos. Por eso, un taller de dramaturgia genera el espacio propicio para que se desarrollen las ideas y las personas encuentren su forma idónea de expresión dando las herramientas conceptuales y los conocimientos necesarios, siempre sumergidos en la colectividad del taller. La pluralidad como punto rector, esencia misma del teatro, junto a la libertad creativa, enriquecida con la técnica y el trabajo, es lo que desde el año 2006 tienen, como objetivo, los talleres de dramaturgia que coordino en el Foro Shakespeare.

Gracias al Foro Shakespeare, a la Universidad Autónoma de Nuevo León, que apoya la dramaturgia mexicana, y a la editorial Libros de Godot, podemos hoy tener en nuestras manos una colección con las mejores obras de teatro trabajadas en los talleres de dramaturgia en sus dos primeros años de existencia. Diez y seis obras en tres libros que nos darán una visión poliédrica de formas y contenidos plasmados teatralmente. Las obras, creadas a partir de ejercicios dramáticos o proyectos personales, son el resultado de un trabajo laborioso donde los pasos a seguir fueron desde

elaborar un borrador, una primera y segunda versión y un proceso minucioso de pulimento. Se pusieron a prueba en los dos ciclos de lecturas dramatizadas organizadas en el Foro Shakespeare, donde un equipo de actores les dio vida para enfrentarlas con el público. A partir de ahí, los textos se han seguido trabajando y se hizo una selección. El resultado es esta colección que ahora se da a conocer al público.

Cada libro contiene obras seleccionadas a partir de la diferencia. La pluralidad como punto de vista de la elección. Drama, comedia, leyendas, historias con contenidos sociales o cibernéticos, obras realistas u oníricas, lineales o fragmentadas.

En el primer volumen encontramos cinco textos diferentes: el primero, de Claudia Romero Herrera, *Mexicano Flores*, es una obra de teatro musical donde la autora retoma un hecho real en el que un mexicano radicado en Estados Unidos es condenado a muerte y sufre el racismo y la discriminación. Los números musicales con piezas de los años ochenta y noventa del siglo pasado, no sólo amenizan la historia, sino que cuentan parte de los acontecimientos. *Bajo un mar de cristal*, de Arturo Quiroz, es una obra donde se mezcla la realidad y ese espacio que se encuentra entre la vida y la muerte. Una mujer, en estado de coma, arriba a él y conoce a un hombre que la hará reflexionar sobre su situación. *El niño hecho a mano*, de Luis Osorio, es una comedia ligera sobre la familia, el amor y el uso y abuso de los métodos de reproducción asistida:

aparecen óvulos, espermatozoides, donantes e hijos con padres irreales. Marcela Alvarado también recurre al humor, en *Por siempre jamás*, para mostrarnos, con tintes detectivescos, a un grupo de amigos que han vivido en libertad y tienen que afrontar un enredo de infidelidades y la muerte de uno de ellos. El volumen cierra con la obra *Donde los dioses y las almas*, de Georgina Montelongo, quien recorre la vida de un chamán en una comunidad huichola del siglo pasado. A partir de los *Cuentos huicholes* de Queta Navagómez, la autora reconoce sus tradiciones y el conflicto y los deseos que generan al interior de la comunidad.

En el segundo volumen, *Cuentos de zorros y lobos*, de Jesús Ramírez, habla de la represión del movimiento de Atenco, ocurrida en mayo de 2006, donde el punto de vista no está en la denuncia explícita sino en hacer una alegoría de los acontecimientos. *Las Morales*, de Bárbara Viterbo, es una tragicomedia donde dos familias de diferentes clases sociales se enfrentan en un velorio para sacar a relucir sus miserias y sus conflictos. Por su parte, Ovidio Ríos en *Ménage à trois*, trata con humor el triángulo amoroso entre un hombre y dos mujeres en un cuarto de hotel “de paso”. Fingen la muerte de Pedro para cobrar el seguro, pero la situación se complica, la realidad y los tiempos se mezclan y los enredos se suceden de manera sorpresiva. En el otro extremo tenemos la obra dramática de Georgina Montelongo, *Encarcelados*, en la que una novelista alcohólica decide pasar veinte años de

su vida encerrada en un cuarto de vecindad. Sufre el plagio y el autocastigo no sin tener una ventana abierta para algo más. Ana Díaz, en *Final feliz*, desdobra la realidad en un hotel de paso para que convivan una escritora en conflicto con su novela y la protagonista que ella crea, pero que quiere vivir la vida a su manera. Finalmente, Kerim Martínez juega con los tiempos y fragmenta la realidad en *Las que no sienten*, la cual fue estrenada en el Foro Shakespeare y dio una larga temporada en el Teatro Cuauhtémoc. Cuatro hermanas, que han tenido que ocultar la existencia de un hermano débil mental reconstruyen sus vivencias y se ven presas en el sueño de otro. Las obras de teatro del tercer volumen están dirigidas a un público particularmente juvenil. Luz Jaimes, en *Estatuas y gestos*, se inspira en el cuento de Julio Cortázar, *Final del juego*, para contarnos la historia de tres niñas provincianas que juegan a las orillas de las vías del ferrocarril, cuando ven pasar el tren descubren a sus pasajeros, especialmente a su amor platónico. Claudia Romero Elizondo y Sergio Régules en *De pasada por Kepler*, abordan de una manera divertida la vida de Kepler, sus descubrimientos científicos y sus cuestionamientos frente al universo, juegan con el público y con los rompimientos de la ficción. En *Volando con las alas rotas*, de Antonio Toga, obra de teatro ya estrenada y con temporadas en diversos teatros, muestra con un lenguaje cotidiano y directo, la realidad de una juventud en busca de sentidos abordando sus problemas vocacionales, amorosos

y familiares. *Basta*, escrita por Berenice de la Cruz, Jaime Coello y Ovidio Ríos, se ubica en la casa de una familia donde el televisor ocupa un papel preponderante. La ironía y el juego cuestionan este enajenamiento e invitan a encontrar otras formas de divertirse. En *El arte de bailar en un centímetro cuadrado*, de Ana Inés Urrutia, el encuentro se da entre una mexicana y un japonés en ese espacio virtual que la tecnología crea, para hacer un cuestionamiento acerca de la complejidad de las relaciones, ¿existe el amor a distancia?

Tenemos, pues, tres libros con diez y seis obras de teatro, generadas en los dos talleres que coordino en el Foro Shakespeare, que dan cuenta de la vitalidad de la dramaturgia mexicana emergente: autores que se inician o reafirman su profesión, muestran sus cualidades dramáticas y su potencial futuro. Agradezco a ellos su dedicación y talento y me congratulo de la calidad de los resultados. Ahora sólo queda que este abanico de obras teatrales publicadas sea difundido y despierten el interés para ser llevadas a nuestros escenarios. Que el verbo se vuelva carne y el teatro confirme su vitalidad.

/ ESTELA LEÑERO

CUENTO DE ZORROS Y LOBOS

/ **JESÚS RAMÍREZ**

Al entrar, el público debe encontrarse con un teatro deteriorado, paredes carcomidas y asientos rasgados que están tirados y que él mismo debe acomodarlos. Las luces le deben dar en el rostro mientras se acomoda y dan las tres llamadas. En la escena nos encontramos solamente con casas deshechas. En el centro, una fogata que desprende un humo que quema la garganta. Desde el principio el espectador debe sentir incomodidad. Entra un granadero, se coloca alrededor de la fogata, la ve con detenimiento, luego ve todo alrededor. Apaga la fogata. Entra un niño saltando, jugando. El niño hace medio mutis.

GRANADERO 1: ¿A dónde vas niño?

NIÑO: A casa. A casa señor. Voy a casa para ver a mis papás. Mis papás creo que me esperan.

GRANADERO 1: ¿A estas horas de la noche los vas a buscar? ¿De dónde vienes?

NIÑO: De San Salvador, allí me esperan. Voy a jugar con mis papás. Saben historias, cuentan historias. Quiero que ellos me cuenten una historia hoy.

GRANADERO 1: ¿Así que vienes de San Salvador? Mejor quédate aquí, también encontrarás alguien que te diga cuentos.

NIÑO: ¿Y los cuentos de aquí empiezan con había una vez? Ellos dicen que así deben empezar los cuentos, los cuentos señor.

GRANADERO 1: Tus padres no han de estar cerca, será mejor que nos vayamos de aquí, ven, dame la mano. Los encontraremos después.

NIÑO: No, yo no quiero ir con usted, mis padres, yo con mis padres quiero ir.

GRANADERO 1: No seas necio niño, debemos irnos porque alguien te puede lastimar.

NIÑO: Yo no me quiero ir, yo sólo quiero que me cuenten cuentos, sí, cuentos.

GRANADERO 1: ¿Cuentos? Pero yo no me sé ninguno.

NIÑO: Sí, algún cuento debe saber, la gente sabe cuentos, sabe cuentos de lo que hace, ¿qué hace usted?

GRANADERO 1: Qué niño. Estoy trabajando, yo me debo ir, así que por favor ven conmigo, no te voy hacer nada.

NIÑO: Un cuento. Sí, un cuento y no más.

GRANADERO 1: Había una vez un granadero que se portaba muy bien y fue en busca de aven-

turas y... y... colorín colorado este cuento se ha acabado. Bien. ¿Te gustó? Ahora, dame tu mano pequeñín.

NIÑO: No, ése no es un cuento. Yo no me quiero ir.

GRANADERO 1: Tu mano (*toma de la mano al niño y forcejean*).

NIÑO: No, yo quiero que mis padres me cuenten un cuento.

El Niño y el Granadero siguen forcejeando. Aparecen los estudiantes y se repliegan unos contra otros. El Granadero los ve, suelta al Niño y los comienza a perseguir, hacen mutis, el Niño aprovecha el momento de la confusión para huir. Entra la Vecina, ella lleva una bola de estambre y va tejiendo, ve al Niño.

VECINA: Sí, los cuentos empiezan con había una vez. Había una vez un castillo, había una vez tres cerditos, había una vez un huerfanito, había una vez un rey, sí, los cuentos empiezan con había una vez (*se seca sus manos con un delantal que pende de su cintura*), había una vez un bosque, había una vez una ciudad.

NIÑO: ¿Usted también sabe cuentos?

VECINA: Todos aquí sabemos cuentos. ¿Quieres escuchar uno? (*el niño asiente con la cabeza*) Había una vez un huerfanito.

NIÑO: ¿Qué es un huerfanito? ¿Qué es?

VECINA (*lo acaricia de la cara y lo mira con ternura*): Una cosa muy fea niño, no tiene mamá, ni papá, no tiene casa, ni hermanos.

NIÑO: Yo vivo en una casa, tengo hermanos y mis padres, yo no soy un huerfanito, no.

VECINA: Bien, este huerfanito...

NIÑO: Quiero escuchar las aventuras del granadero, yo tuve que escapar de él, pero sus aventuras quiero que alguien me las cuente.

VECINA: ¿Las aventuras de un granadero? ¿Dónde lo viste niño, te hizo algo?

NIÑO: No, no me hizo nada, pero yo sus aventuras quiero conocer.

VECINA: Pero tú no debes saber todavía todos los cuentos.

NIÑO: Pero yo quiero escuchar todos los cuentos, a mí me gustan todos los cuentos, por eso yo los quiero escuchar.

VECINA: Los sabrás niño. Por ahora te voy contar un cuento con había una vez.

Entra la Reportera con una libreta y una grabadora.

REPORTERA: Entonces había una vez, ¿qué? Yo no quiero escuchar un cuento.

NIÑO: Yo sí.

REPORTERA: ¿Hubo muchos muertos?

VECINA: Ten cuidado por lo que preguntas, mujer. Mejor escucha el cuento.

REPORTERA: Pero yo vengo para...

VECINA (*le quita su libreta. Cortante*): Mejor, escucha el cuento.

REPORTERA: Está bien, entonces había una vez ¿qué?

VECINA: Había una vez un pueblo gris, rojo y demasiado común.

REPORTERA: ¿Común por el lugar o por los habitantes? (*la vecina le regresa la libreta para que ella siga escribiendo. Mientras apunta*).

VECINA: Era un pueblo común, había gente, casas, calles, días. Tenía también su mercado. Yo rondé un tiempo por allá, ahora ya no.

REPORTERA: ¿Por qué ya no?

VECINA (*la vecina siempre va a ignorar las preguntas de la reportera*): En ese pueblo había ocho semillas para diferentes flores. Fueron cuidadas por ocho horticultores y sus familias durante el verano y en primavera las pensaban vender.

REPORTERA (*apuntando*): ¿Las iban a vender en el mercado donde fueron colocados los granaderos, no es así?

VECINA: Las venderían en el mercado como cada año sus padres lo habían hecho.

REPORTERA: Las autoridades dijeron que ellos no tenían mucho tiempo de estar instalados.

VECINA: Ellos fueron al mercado, los gallos sonaban con claridad y los zaguanes estallaban, la gente comenzaba a salir. Los horticultores debían ir al mercado y yo debía ir por el estambre de la mujer de José.

REPORTERA: ¿Qué más hacían los horticultores?

VECINA: Yo conozco a todos los que vivían en San Salvador. Los horticultores querían unas tierras para sembrar, pero el presidente municipal dijo que no. Ellos tenían una familia grande y tal vez con esas tierras se hubieran podido ayudar.

Salen dos horticultores sembrando semillas por todo el escenario.

HORTICULTOR 1: No nos las dieron porque estuvimos en las marchas para evitar la construc-

ción del aeropuerto.

HORTICULTOR 2: Y porque éramos horticultores de el frente que luchaba por la defensa de la tierra.

HORTICULTOR 1: Si hubiéramos sido otros horticultores nos hubieran dejado poner nuestras flores, había hombres que ni siquiera eran de San Salvador y a ellos los dejaron en paz.

REPORTERA (*apuntando*): ¿Por eso no las pudieron vender? ¿Y qué más pasó?

HORTICULTOR 1: No sé que más pasó.

VECINA: Hay un niño, no pueden relatar eso. Los niños sólo pueden escuchar cuentos.

HORTICULTOR 2: Nada les costaba dejarnos vender, yo estaba furioso y entonces... les empecé a arrojar piedras.

HORTICULTOR 1: Cállate.

HORTICULTOR 2: Los demás me siguieron y alguien sacó una navaja y...

VECINA: ¡Basta!

NIÑO (*a la vecina*): ¿Para qué sacó la navaja?

HORTICULTOR 1: Debo ir a sembrar mis flores.

HORTICULTOR 2: ¿Qué flores, si ya no queda nada? ¿Por qué aventé esas piedras? Todavía tendríamos nuestras flores, ¿por qué? Tal vez no nos hubiera pasado nada.

REPORTERA: Y luego vino la herida que le hicieron a los policías.

HORTICULTOR 2: Le juro que yo no fui, sólo arrojé las piedras y lo demás...

HORTICULTOR 1: Mis hijos lloran de hambre, los tengo que ir a ver.

HORTICULTOR 2: Los policías ni siquiera nos miraban, ellos estaban de pie para no dejarnos vender.

REPORTERA: ¿Y conocen al hombre que hirió al policía? (*silencio*) ¿Lo conocen?

VECINA: Esto también es un cuento niño (*a los horticultores*). El niño todavía no se sabe todos los cuentos, de eso no podemos hablar aquí.

REPORTERA: ¿Lo conocen?

NIÑO: Yo quiero escuchar ese cuento, yo lo quiero escuchar (*la vecina lo acaricia y antes de que empiece a hablar el horticultor suavemente le tapa los oídos al niño*).

HORTICULTOR 1: Yo no fui. Yo tenía la navaja, pero yo no fui, yo no lo quería hacer, pero...

HORTICULTOR 2: Él fue. Por él los granaderos nos empezaron a seguir.

HORTICULTOR 1 (*tomándolo del cuello*): Traidor (*lo empuja*).

HORTICULTOR 2: Di, anda, di, que por tu culpa debimos correr a protegernos a la casa de la calle Morelos.

HORTICULTOR 1: No sé de qué hablas.

HORTICULTOR 2: Los policías nos acorralaron en la casa y cerraron las calles cercanas.

REPORTERA: ¿Y fue entonces cuando los habitantes de San Salvador secuestraron la carretera?

HORTICULTOR 2: Sí, creo que así fue, mi esposa estuvo ahí, pero después...

HORTICULTOR 1: Ya no la volvió a ver.

VECINA 1: No, eso no lleva un final feliz.

NIÑO: ¿Había una vez ocho horticultores que sembraban las flores más hermosas para venderlas en un mercado común y no los dejaron? Ese cuento no me lo sé.

VECINA (*apretándole más fuerte sus oídos. El niño se resiste a que le tapen los oídos*): Lo sa-

brás niño, espera cuando seas grande, pero ahora no escuches, por favor.

HORTICULTOR 2: Sí, no la volví a ver. Cuando los granaderos nos lograron sacar de la casa, nos llevaron a la cárcel, después ocurrió esa noche en donde todo pasó.

REPORTERA: ¿Por qué secuestraron a los policías?

HORTICULTOR 1: Déjeme en paz, yo quiero ir a ver a mis hijos.

HORTICULTOR 2: ¿Para qué, para enterrarles una navaja, también?

HORTICULTOR 1: Los granaderos me miraban feo, por eso les enterré el cuchillo.

HORTICULTOR 2: Ellos ni siquiera nos tomaban en cuenta, no se movían cuando les gritábamos en sus caras.

HORTICULTOR 1: Sí, ellos nos gritaban y nos escupían. Nos insultaban y se reían por no dejarnos vender.

HORTICULTOR 2: Si no hubieras enterrado la navaja no hubiéramos tenido que encerrarnos y los vecinos de San Salvador no hubieran tomado la carretera para que los granaderos nos dejaran en paz. Por tu culpa se nos echaron encima, por tu culpa ya no quedó nada.

HORTICULTOR 1: Mientes, mientes (*el Horticultor 1 huye de escena*).

REPORTERA: ¿En la carretera fue donde secuestraron a los policías?

HORTICULTOR 2: Sí. Además los vecinos tomaron una pipa de gas y amenazaron con hacerla estallar si la policía estatal los seguía intimidando con gases lacrimógenos.

REPORTERA: ¿Y el joven muerto? ¿A qué hora

cayó?

A la Vecina se le cae el estambre.

HORTICULTOR 2: No quiero hablar de eso.

REPORTERA: Soy reportera, necesito saber porque...

HORTICULTOR 2: Ya sabe mucho, déjeme en paz (*sale de escena*).

REPORTERA: Perdón, yo no quería ofenderlo (*sale detrás de él*).

NIÑO: ¿Por qué se van?

VECINA: Porque quieren escuchar cuentos, por eso se van, ahora ven.

NIÑO: No, yo quiero ir con mis papás (*sale de escena*).

VECINA: Niño, ven (*va detrás del niño*).

Una parte del escenario que se encontraba a oscuras se ilumina. El Vecino mira para todos lados, se abraza, tose y se frota las manos porque tiene frío, todo esto lo hace durante toda la escena. Aparece el Coronel, de espaldas al Vecino.

CORONEL: Ya veo que es puntual.

VECINO (*se asusta y voltea a ver rápidamente al Coronel*): Co... Co... Coronel.

CORONEL: ¿Lo asusté? Perdón.

VECINO: No señor, no me asustó.

CORONEL: Hermosa noche, ¿no lo cree? Las cigarras se escuchan, no hace frío, el pueblo duerme y, aparte, un hombre llega puntual a su cita, siempre he admirado a la gente como usted.

VECINO: Gracias Coronel (*tose con mucha fuer-*

za).

CORONEL: ¿Qué pasa? ¿Se siente bien?

VECINO: Es el frío señor. Tengo mucho.

CORONEL: Extraño, yo no lo siento.

VECINO: ¿Tendrá un cigarro señor?

CORONEL: No fumo. No debería fumar, le puede hacer más daño (*el vecino hace un gesto de resignación*). Tendrá su dinero si todo sale bien.

VECINO: Sí señor.

CORONEL: De usted sólo necesito que nos indique sus direcciones. Entraremos alrededor de las dos de la madrugada. ¿Está seguro que las direcciones están bien?

VECINO: Sí, están bien. Todos son... (*tosiendo con fuerza*) todos son mis amigos, los conozco bien.

CORONEL: Usted llevará un traje de granadero, nadie lo va a reconocer.

VECINO (*tosiendo*): Necesito un cigarro.

CORONEL: ¿Me está poniendo atención?

VECINO: Un cigarro, por favor.

CORONEL: No hay tiempo de echarse para atrás. ¿Entendió?

VECINO: Debo irme señor.

CORONEL: Mejor mis hombres lo irán a buscar. Procure sacar a su mujer y a sus hijos desde el amanecer, para que nadie sospeche nada.

VECINO: Debo irme señor (*empieza a hacer mutis*).

CORONEL: Espere (*arrojándole una moneda. La moneda cae al suelo*). Tenga, para que se compre unos cigarrillos.

El Vecino levanta la moneda del suelo y sale. Segundos después sale el Coronel. Aparece el Jefe, luce el

típico atuendo del hombre de oficina y lleva fumando un puro entre sus manos, atrás de él entra la Reportera. El hombre revisa unas hojas. Las termina de leer.

JEFE: Está bien, sí, muy bien. ¿Cuándo dice que fue?

REPORTERA: Anteayer, pero los medios no dijeron nada hasta hoy.

JEFE: Sí, nunca dicen nada (*fumará mientras habla*).

REPORTERA: Antes de entregarla a la imprenta dijeron que primero debía de hablar con usted.

JEFE: Sí, simple protocolo, pero hizo bien.

REPORTERA: Al principio me dijeron que no me iba a recibir.

JEFE: Soy un hombre muy ocupado lo lamento mucho.

REPORTERA: Lo comprendo.

JEFE: La información en este tipo de eventos es muy nublada. Que bueno que usted estaba allí desde antes.

REPORTERA: Así es, yo llegué al pueblo desde antes de los enfrentamientos. Estaba investigando sobre una reserva natural cercana, pero cuando supe lo que ocurría fui a seguir todo desde los primeros instantes.

JEFE: Que bueno que lo hizo, eso ayuda a ser más objetiva al momento de redactar.

REPORTERA: La mayoría de los reporteros hablan como si todo fuera accidental. Hubiéramos sacado la nota ese mismo día, pero me dijeron que nadie puede sacar una nota así si no se encuentra autorizada...

JEFE: No piense que es censura. Nosotros hubiéramos sacado la nota desde el primer día, pero el protocolo, usted sabe. Disculpe.

REPORTERA: Le agradezco mucho su apoyo señor. Con su permiso (*sale la reportera*).

JEFE (*lee las hojas en voz alta. Bosteza*): Que sueño. Es el trabajo, debo descansar.

Sale el Jefe. Aparece la Lavandera, ella lleva una cubeta donde moja su ropa. El Niño entra y saca agua de la cubeta.

LAVANDERA: No hagas eso niño, te puedes enfermar.

NIÑO: Pero me gusta tocar el agua. Yo voy al lago que está cerca de aquí, puedo ver las aves, las aves también tocan el agua.

LAVANDERA: Niño, tienes que ir con tus papás.

NIÑO: Yo busco a mis padres. Ellos saben cuentos, pero no escucho los demás. Sé que los cuentos de granaderos son de aventuras y que el cuento de los hombres de las flores no termina con feliz, feliz, ¿por qué no termina con feliz, feliz?

LAVANDERA: Yo que sé, no me quites el tiempo, tengo que lavar.

NIÑO (*agarrando agua de la cubeta y la salpica para jugar con ella*): Sé que los quitaron del mercado, así va el cuento que no querían que escuchara, pero escuché, fueron los granaderos, creo que sí, yo quiero saber más de ese cuento y del agua, el agua y los cuentos, ¿te gustan los cuentos y el agua como a mí?

LAVANDERA: Vete con los otros niños a jugar.

NIÑO: Yo no quiero jugar, yo cuentos es lo úni-

co que quiero escuchar.

LAVANDERA: Pues yo no sé cuentos, ahora, déjame lavar. ¿Dónde están tus padres? Corre a buscarlos.

NIÑO: Después. Yo quiero jugar con el agua y escuchar un cuento (*toma una prenda de la Lavandera*).

LAVANDERA: Dame eso niño que me la pueden cobrar.

NIÑO (*agitándola*): Se mueve con el viento, con el viento y con los cuentos quiero jugar. Vamos, un cuento (*la Lavandera le intenta quitar la prenda por todo el espacio pero no lo consigue*).

LAVANDERA: Te voy a contar un cuento para que me dejes lavar. ¿Quieres escuchar un cuento, no? Pues bien, había una vez unos granaderos que mataban a la gente y se llevaban a los niños que no se portaban bien.

NIÑO: ¿Qué es matar?

LAVANDERA: ¡Basta niño! Si no te vas le voy a decir al granadero que venga por ti.

NIÑO: ¿Qué es matar? Si yo no sé que es matar nada sobre el cuento puedo saber. Siempre los cuentos dicen cosas que puedo imaginar. Que cuento tan extraño es ése (*sale agitando la prenda*).

LAVANDERA: Dame mi ropa. Dámela.

Sale persiguiendo al Niño para alcanzarlo. Entran dos campesinos con machetes. Se sientan en unas piedras que llevan cargando, alrededor de la fogata.

CAMPESINO 1: Ya me cansé. Nadie viene para que

nosotros nos podamos ir.

CAMPESINO 2: Yo no quería venir, pero si no venía iban a decir que ando traicionando a los vecinos de San Salvador.

CAMPESINO 1: Me duelen las piernas y nada, que no vienen los estudiantes para que me pueda ir.

CAMPESINO 2: ¿Y qué supo del niño? ¿Sí se murió?

CAMPESINO 1: Sí, sólo tenía catorce años, mala suerte.

CAMPESINO 2: ¿De dónde vino la bala? ¿Qué fue de uno de nosotros?

CAMPESINO 1: No, ¿qué pasó? Ellos echaron la bala que lo mató.

CAMPESINO 2: ¿Cree que vengan? Los estudiantes dicen que no nos van a hacer nada, que sólo liberan a los que están secuestrados en el palacio municipal y que se van, pero no creo.

CAMPESINO 1: Los estudiantes dicen que tenemos fuero, o quien sabe, pero que no nos puede pasar nada.

CAMPESINO 2: Ojalá, porque ya me están cansando las marchas, los golpes y las bombas.

CAMPESINO 1: A mí también.

CAMPESINO 2: ¿Cuándo se van a ir los estudiantes?

CAMPESINO 1: Sepa. Creo que se quieren quedar hasta que liberen a los floristas.

CAMPESINO 2: Ojalá los liberen para que ya se acabe todo esto y nos podamos ir a descansar.

CAMPESINO 1: Los estudiantes preguntan por todos, que si no han desaparecido a nadie, yo les respondí que no.

CAMPESINO 2: Sí, yo también les respondí que no, todavía (*entran los estudiantes 2 y 3*).

ESTUDIANTE 3 (*a los campesinos*): Hace frío, ¿verdad?

CAMPESINO 2: Pues uno está acostumbrado. Siempre hace frío.

CAMPESINO 1 (*a os estudiantes*): ¿Y usted cree que lleguen?

ESTUDIANTE 3: No, no creo que lleguen.

ESTUDIANTE 2: Hay que estar prevenidos, no digas eso, yo creo que sí pueden venir.

ESTUDIANTE 3: Pero si vienen, con las llantas todos nos movilizamos. No nos van a hacer nada.

CAMPESINO 1 (*al Campesino 2*): Ya ves, te dije que no nos van a poder hacer nada.

ESTUDIANTE 2: Pero de todas formas hay que estar al pendiente.

Un breve silencio. Los campesinos y el Estudiante 2 alrededor de la fogata. El Estudiante 3 se mantiene a la expectativa, él debe estar de pie. El Campesino 3 chifla en off, todos se levantan de súbito, entra corriendo.

CAMPESINO 3: ¡Ya llegaron! (*sale de inmediato*).

CAMPESINO 2 (*como si le hablara a toda una multitud comienza a correr y comienza a pasar los gritos en cadena humana*): ¡Ya llegaron! ¡Ya llegaron! ¡Ya llegaron!

ESTUDIANTE 2: ¡Que prendan las llantas!

ESTUDIANTE 3: ¡Que prendan las llantas!

CAMPESINO 1: Ya llegaron, arriba, arriba, porque si no, nos van a chingar. ¡Ya llegaron! ¡Ya llegaron!

CAMPESINO 2: Las campanas. Toquen las campanas del pueblo. ¡Tóquenlas! Despiértense todos (*se escucha el repicar intenso de las campanas*). ¡Ya llegaron! ¡Arriba!

ESTUDIANTE 3: ¡Las llantas! ¡Las llantas!

ESTUDIANTE 2: ¿Por qué no prenden las llantas?

ESTUDIANTE 3: ¿Por qué no las prenden?

ESTUDIANTE 2: ¿Cómo van a saber que llegaron los granaderos si no las prenden? ¡Que prendan las llantas!

ESTUDIANTE 3: ¡Prendan las llantas!

LOS DOS ESTUDIANTES: ¡Las llantas!

Vuelve aparecer el Campesino 3. Va corriendo desesperado.

CAMPESINO 3: ¡Emboscada! ¡Emboscada! Allí vienen los granaderos. Corran, nos jugaron chueco. Allí vienen. Le dieron la vuelta al monte. No los vimos venir, vienen con todo. ¡Córranle! ¡Córranle!

Salen huyendo desesperados los campesinos.

ESTUDIANTE 2: No puede ser.

ESTUDIANTE 3: ¡Córrele!

ESTUDIANTE 2: Yo les hago frente. Si quieres tú corre.

ESTUDIANTE 3: Pues sí, sí le quiero correr (*sale corriendo de escena*).

ESTUDIANTE 2: Cobarde (*se queda parado mirando como huye su amigo*).

Oscuro. Se escucha una voz que grita: “¡Apaguen las luces! ¡Apaguen las luces!”. Se escuchan gritos, ruido

de metrallas, balazos, correr de personas. Se escucha una voz en off, como un maestro de ceremonias, que dice: “Prepárense para la diversión”. De pronto un juego de luces desordenadas ilumina a todo el espacio. Entran de nuevo los hombres que se repliegan, ocurre la misma acción, ahora algunos van ensangrentados. Hacen lo mismo, forcejean entre ellos, todos presos de la confusión huyen, excepto uno. Mira con desesperación al público.

CAMPESINO 3: ¿Quiénes son ustedes? Ustedes también, sí, lo presiento. Ustedes también, pero a mí no. Tengo un arma. La voy a usar (*saca un machete y apunta a todo el público*). Yo también lo sé usar, no me mires. ¡Que no me mires! Baja la mirada (*amenazando a alguien del público, a punto de lanzarle una tajada con su machete*). ¡Que bajas la mirada! Están con ellos, están, lo sé, mis piernas lo saben, la sangre que ya no corre, está muerta entre la tierra de mi piel, ya no puedo más, me van a capturar. ¡Que bajen la mirada! ¡Asesinos! Estoy rodeado, no voy a llegar, así como la milpa no llega a ver el sol de nuevo tras el granizo, así voy a caer, nadie sabrá si alguien me mató. Desde la madrugada las camionetas ya no corrían, el agua estaba cortada y la electricidad empezaba a fallar. Las milpas resisten todo, la tierra, la lluvia, el sol, los bichos, algunas hasta el granizo, pero otras no, caen, la muerte blanca, rodeada de inmensos granizos que parecen granadas, las milpas que quedan ya no sirven para comer. Voy a quedar como las milpas después del granizo. Yo ya sabía lo que iba a venir. Agarré el machete

y me fui de mi casa. No me esperé al repicar de las campanas. Las camionetas parecían malditas, no prendían y las que arrancaban se estrellaban contra los muros, corrían hacia las barrancas o se las tragaban las milpas. No había forma de huir. Sólo quedó el olor seco del plástico de sus escudos. Yo ya sabía lo que iba a venir. Salí y avisé, me hicieron caso tarde y miren, tuvimos que huir.

Sale huyendo despavorido. Entran los cuatro estudiantes, pero en off, el ruido de mucha multitud. Los estudiante 1 y 3 entran corriendo desesperados.

ESTUDIANTE 1 (*deteniéndose*): ¿Qué ocurre? ¿Por qué me haces correr?

ESTUDIANTE 3: No hay tiempo para explicaciones, corre y ya.

ESTUDIANTE 1: ¿Dónde está Ismael?

ESTUDIANTE 3: ¡Qué me importa!

ESTUDIANTE 1: ¿Qué pasa?

ESTUDIANTE 2: Corre, ¿qué no entiendes? Los granaderos vienen detrás de nosotros.

ESTUDIANTE 1: ¿Pero por qué?

ESTUDIANTE 2: No lo sé. Nos hicieron una emboscada, vienen contra nosotros.

ESTUDIANTE 1: ¿Nosotros? (*ligera risa*) No nos pueden hacer nada, tenemos estado de derecho, somos estudiantes. Sabemos dialogar. Si no nos enfrentamos, no nos tiene por qué hacer algo.

ESTUDIANTE 3: Esos hombres no saben de diálogo, nos vienen a reprimir.

ESTUDIANTE 1: Los países de represión sólo se dan en países de África o Centroamérica, pero

aquí no. Los granaderos llegaron para defendernos.

ESTUDIANTE 3: No seas imbécil Carlos, tenemos que huir.

ESTUDIANTE 1: No sé por qué te sobresaltas tanto.

ESTUDIANTE 3: ¿Por qué vine aquí? Yo sólo venía a tomar cervezas y escuchar música. Nunca me dijo que veníamos a defender a los indios.

ESTUDIANTE 1: Piensa que todo es por una buena causa. ¿Quién defiende a los campesinos de hoy? Somos héroes Manuel. En cuanto les platique a mis padres se sentirán orgullosos de mí.

ESTUDIANTE 3: Corre Carlos, si quieres platicar con tus padres.

ESTUDIANTE 1: ¿Te has dado cuenta que agradable es la gente de por aquí? Me siento como en un panal.

ESTUDIANTE 3 (*irritado, agarra al Estudiante 1 por el cuello*): ¡Cállate ya pendejo! Nos van a matar a todos. ¿No escuchas cómo se aproximan? ¿Los oyes? ¿Escuchas el temblor de la tierra, escuchas el ruido que desencadenan? (*se escuchan unos pasos a lo lejos. Lo suelta para cubrirse los oídos*) Me dejan sordo por el ruido que provocan.

Corre, pero el Estudiante 1 lo detiene.

ESTUDIANTE 1: Cálmate. Los granaderos no nos van a hacer nada.

ESTUDIANTE 3 (*tratándose de zafar*): Allí vienen. Déjame huir.

Entra el Estudiante 2 bañado en sangre y sudor.

ESTUDIANTE 3: ¡Ismael! Creí que los granaderos...

ESTUDIANTE 2: Vienen detrás de mí. Están saqueando las casas, golpeando a los hombres, violando a las mujeres, debemos escondernos, no podemos huir. Tienen sitiado todo el pueblo.

ESTUDIANTE 1: Eso no puede ser.

ESTUDIANTE 3: ¿A dónde nos trajiste? Nos van a matar.

ESTUDIANTE 2: Cálmate. Si sigues gritando van a descubrirnos.

VOZ EN OFF: Por allí están.

ESTUDIANTE 3: Corre Carlos. Corre.

ESTUDIANTE 1: No, yo voy a hablar con ellos.

ESTUDIANTE 2: ¿Qué dices? Ellos no son ninguno de tus maestros.

ESTUDIANTE 1 (gritándole a los granaderos): Ei, ei, por aquí.

Entran dos granaderos.

ESTUDIANTE 2 (tapándole la boca al estudiante 1): ¿Qué haces?

ESTUDIANTE 1: Suéltame. Yo voy a hablar con ellos.

ESTUDIANTE 2: Corre Manuel.

Los granaderos se abalanzan sobre el Estudiante 1. Los estudiante 2 y 3 aprovechan la confusión para huir.

ESTUDIANTE 1: Esto es una confusión, verán yo...

GRANADERO: Sí, claro, una confusión (*lo comienzan a golpear hasta que el Estudiante 1 cae al suelo. Los granaderos van detrás de los otros. Oscuro*).

A media luz aparece el lobo con el zorro. Juguetean entre ellos, si es posible que se deslicen entre el público jugando.

LOBO (al zorro): Mi comida. ¿Dónde está mi comida de hoy?

ZORRO: Pero usted me dijo que no tenía hambre señor.

LOBO: Yo nunca dije eso (*le pega al zorro*). Torpe. Ve por mi comida y no regreses sin ella.

El Niño aparece, el Lobo huye de escena y el Niño intenta atrapar al Zorro, no lo consigue, finalmente logra huir. Sale el Zorro. Aparece la Vecina tejiendo. El Niño corre para abrazarla.

NIÑO: ¿Qué haces?

VECINA: Tejo niño.

NIÑO: ¿Qué tejes? ¿Tejes los destinos, los sueños? ¿Sueños y destinos tu sabes tejer?

VECINA: No niño, nada de eso, yo tejo otra cosa. ¿Quieres escuchar un cuento? (*el Niño asienta feliz*) Había una vez un zorro y un lobo que vivían...

NIÑO: Los acabo de ver correr juntos.

VECINA: Shh. Eso no puede suceder, los lobos y los zorros no corren juntos.

NIÑO: Pero éstos sí.

VECINA: Bueno, entonces, otro cuento. Había una vez un pueblo con héroes.

NIÑO: Sí, héroes en un pueblo como éste, héroes, sí.

Entra el Horticultor 2.

HORTICULTOR: Los héroes no existen niño, sólo los hombres que defienden sus tierras, que cuidan a sus hijos, que los protegen a la mitad de la madrugada, hombres que aguantan las órdenes de los gobernadores. ¿Por qué todavía el niño no escucha un cuento así? *(se queda en un segundo plano observándolos).*

VECINA *(tomando al Niño en su regazo):* Había una vez un aeropuerto que unos hombres no pudieron construir.

NIÑO: ¿Qué es un aeropuerto?

VECINA: A donde llegan los aviones.

NIÑO: ¿Qué es un avión?

VECINA: Son pájaros de metal.

NIÑO: ¿Y hacen nidos de plata?

VECINA: No, no los pueden hacer.

NIÑO: ¿Por qué no?

VECINA: Porque los hombres no los saben hacer. Saben hacer la destrucción, pero no los nidos de plata.

NIÑO *(se sale del regazo de la Vecina 1 y va con el Horticultor):* ¿Te sabes cuentos con aeropuertos y pájaros de metal?

HORTICULTOR 2: Pero yo no sé si ella me dejará contártelos.

NIÑO: Ven *(el Niño lo toma de la mano y lo lleva a donde se encuentra la Vecina).*

VECINA: Allí los hombres tenían sus casas, sus escuelas y al final de las calles estaban sus muertos, quietos, sabios, esperando su resu-

recepción. Decían que por las noches llegaban hasta las casas de sus hijos y nietos y comenzaban arrullarlos. Era un pueblo sencillo y feliz.

HORTICULTOR 1: Allí también había hombres que querían dinero, pero es cierto, también hay otros que esperan su resurrección.

VECINA *(al Horticultor):* ¿Por qué no le puedes contar un cuento?

HORTICULTOR 1: ¿Por qué no le cuentas al niño todo? Para que no le vuelva a ocurrir lo mismo que a nosotros.

VECINA: Si tú no quieres contarle cuentos al niño está bien, pero a mí déjame en paz.

NIÑO: ¿Por qué pelean? No peleen.

VECINA: Un día llegó una ola oscura al pueblo, de ella brotaron canguros gigantes montados por hombres extraños que usaban lentes, corbatas, portafolios y trajes grises.

Entran el Gobernador 1 y dos hombres vestidos de trajes grises con portafolios.

HOMBRE DE GRIS 2: Yo no sé como vaya a funcionar aquí, pero nosotros no sabemos perder.

GOBERNADOR 1: Pero si la concesión ya es de ustedes.

HOMBRE DE GRIS 1 *(tanto al Hombre de Gris 2 y al Gobernador):* Todavía la corporación no está muy convencida del proyecto.

GOBERNADOR 1: Deducción de impuestos durante los primeros tres años.

HOMBRE DE GRIS 2: Interesante señor gobernador.

HOMBRE DE GRIS 1: Pero todavía no nos conven-

ce.

GOBERNADOR 1 (*maquiavélicamente*): Hay otras corporaciones que ya les interesa el proyecto.

HOMBRE DE GRIS 1: Como sabe, nosotros no acostumbramos hacer negocios arriesgados.

HOMBRE DE GRIS 2: Pero si hay otras corporaciones interesadas nosotros no tenemos nada que hacer aquí.

GOBERNADOR 1 (*corrigiéndose a sí mismo*): Era un simple comentario.

HOMBRE DE GRIS 1: Sus comentarios no nos interesan. Venimos aquí por el proyecto.

HOMBRE DE GRIS 2: No por sus comentarios.

HOMBRE DE GRIS 1: ¿Podemos tener la seguridad de que será un negocio seguro?

GOBERNADOR 1: No hay de qué temer. Todos los convenios serán respetados.

HOMBRE DE GRIS 1: Escuché que los del pueblo están metiendo amparos.

HOMBRE DE GRIS 2: Que no quieren salirse de su pueblo.

HOMBRE DE GRIS 1: Creí que eso ya estaba solucionado.

GOBERNADOR 1: Lo está. No están protestando, simplemente quieren saber las formas en que se va a cubrir el monto por sus propiedades expropiadas.

HOMBRE DE GRIS 2: ¿Entonces sí quieren que se construya el aeropuerto?

GOBERNADOR 1: Desde luego, ellos mejor que nadie saben que la construcción del aeropuerto es para su progreso.

HOMBRE DE GRIS 2: Está bien, lo tomamos.

HOMBRE DE GRIS 1 (*abren los portafolios. Están repletos de fajos de billetes*): Unos sencillos pre-

sentes para usted.

GOBERNADOR 1 (*dirá lo siguiente mientras se lleva el dinero a las bolsas del saco y de su pantalón*): Vamos, que caballeros tan corteses (*termina de llenarse las bolsas*). Acompañenme, vamos a ver los planos del aeropuerto. Por aquí (*salen todos*).

VECINA: Los hombres del pueblo empezaron a hacer manifestaciones para que vieran que no tenían miedo. No querían abandonar a su pueblo, ¿quién cuidaría a sus muertos?, ¿a quiénes los muertos iban a arrullar?

NIÑO: A los pájaros de metal.

VECINA: No niño, los pájaros de metal hacen tanto ruido que no saben oír (*sigue con el relato*). Los hombres del pueblo no querían dejar su pueblo.

HORTICULTOR 2: Yo sí lo quería dejar, quienes no lo querían dejar eran los necios del Frente, fueron ellos quienes comenzaron las protestas, claro, como tenían sus parcelas, por su culpa los granaderos nos dejaron sin nada.

NIÑO: Ay no, que feo, pobrecito pueblo.

VECINA: No podían dejar aquel lugar. Una tarde agarraron sus camionetas, sus palos, machetes y fueron a cerrar una carretera. La desesperación de perder todo lo había convertido en una fuerza que había que temer.

HORTICULTOR 2: Y así siguieron, de una manifestación, siguieron más, sin medir la irritación de aquellos que nos vendrían a callar.

VECINA: Gritaban, marchaban, con su movimiento partían al cielo en dos, sus gritos llenos de ira convocaban a los demás pueblos.

HORTICULTOR 2: Eso a nadie le comenzaba a gus-

tar. Si nosotros y los otros pueblos protestá-
bamos se quedarían sin aeropuerto, los hom-
bres de gris se molestarían y su furia haría
temblar al gobernador.

VECINA: El gobierno temió su enardecimiento,
pensó mejor las cosas, temeroso echó marcha
atrás y los dejó seguir viviendo allí. El aero-
puerto ya no se construiría. Los hombres al
principio ya no lo podían creer, pero después,
entre abrazos y chiflidos se convencieron, co-
menzaron a festejar de la emoción.

NIÑO: Que bonito final.

HORTICULTOR: Yo no podía festejar, esa tarde to-
das mis flores se marchitaron.

NIÑO: Que bonito final.

VECINA: ¿Final?

HORTICULTOR 2: ¿Quién ha dicho que ése fue el
final?

*Salen la Vecina, el Niño y el Horticultor. Entra la Hija
del médico. Sujeta el mismo cartel con números que
portan los delincuentes a la hora de ficharlos. Cada
vez que de un perfil o un frente se debe escuchar un
flash y una luz potente de cámara fotográfica le es-
talla en la cara, esta secuencia se repetirá con los
otros personajes que siguen después de ella.*

VOZ EN OFF: Edad.

HUJA DEL MÉDICO: 22 años.

VOZ EN OFF (gritando): De perfil (*natural*). Estado
civil.

HUJA DEL MÉDICO: Soltera.

VOZ EN OFF: Perfil. Con hijos o sin hijos.

HUJA DEL MÉDICO: Sin hijos.

VOZ EN OFF: Perfil. Domicilio.

HUJA DEL MÉDICO: Calle Ampliación número 25,
interior 911.

VOZ EN OFF: Frente. Nacionalidad.

HUJA DEL MÉDICO: Mexicana.

VOZ EN OFF: Perfil. Profesión.

HUJA DEL MÉDICO: Estudiante de medicina.

VOZ EN OFF: Siguiete (*sale la Hija del médico y
aparece la Lavandera*). Edad.

LAVANDERA: 25 años.

VOZ EN OFF: Perfil. Estado civil.

LAVANDERA: Casada.

VOZ EN OFF: Perfil. Con hijos o sin hijos.

LAVANDERA: Dos niñas.

VOZ EN OFF: Perfil. Domicilio.

LAVANDERA: Avenida Mixtlitl, número 321. San
Salvador.

VOZ EN OFF: Frente. Nacionalidad.

LAVANDERA: Mexicana.

VOZ EN OFF: Perfil. Profesión.

LAVANDERA: Lavo ropa.

VOZ EN OFF: Siguiete (*sale la Lavandera y apa-
rece el Soldado raso*). Edad.

SOLDADO RASO: 23 años.

VOZ EN OFF: Perfil. Estado civil.

SOLDADO RASO: Casado.

VOZ EN OFF: Perfil. Con hijos o sin hijos.

SOLDADO RASO: Con hijos.

VOZ EN OFF: Perfil. Domicilio.

SOLDADO RASO: Calle Pueblo Antiguo esquina
con Pueblo de Madera, número 37.

*Entra el Médico totalmente desesperado, atrás vie-
ne el Vecino. El Médico le va a preguntar a cada uno
de los personajes que están allí, desplazándose con
la mirada perdida, obstruyendo el paso del padre*

con la hija.

MÉDICO: ¿Alguien ha visto a mi hija? (*a la Lavandera*) ¿Usted la vio? Viste una playera holgada y pantalón de mezclilla azul.

LAVANDERA: No la he visto.

HUJA DEL MÉDICO: Padre, aquí estoy. ¿Y los demás?

MÉDICO (*al Soldado raso*): ¿Usted ha visto a mi hija? Tiene sus ojos claros y el semblante triste. ¿Usted la vio? Dígame, ¿la vio? Tenemos poco tiempo para escapar. Si la vio dígame por favor.

SOLDADO RASO: No, no la he visto.

HUJA DEL MÉDICO: Padre, por aquí. ¿Dónde dejó a Mariana Selvas, a las chilenas? ¡Padre!

MÉDICO (*al vecino*): Sí, usted sí, ¿verdad? Usted la conoce muy bien. No puede decir que no la ha visto.

VECINO: No, no la vi.

MÉDICO: Por favor, alguien me la tiene que devolver. Debemos de huir. Vienen por nosotros. Amenazaron con matarnos si no nos largamos de aquí. Hija. ¡Hija!

HUJA DEL MÉDICO: ¿Dónde está la alemana que nos ayudó a curar a los enfermos? ¿También la violaron? ¿Por qué la regresaron a su país? Sólo estaba grabando ¿Qué sabe usted?

MÉDICO: Le dije que no viniéramos aquí, pero ella insistía e insistía. No paraba de decirme...

HUJA DEL MÉDICO: ...hay decenas de heridos papá, tenemos que ir.

MÉDICO: Llegamos al borde del atardecer. La camioneta se quedó sin gasolina llegando a San Salvador, yo ya sabía que algo muy malo iba

a pasar, pero ella insistía, decía que debíamos atender a los heridos, acarrearles la ayuda que otros se habían negado a dar. Ya no sabía que contestarle. Apenas si llevábamos lo indispensable para socorrerles.

HUJA DEL MÉDICO: No deje que se lleven a Mariana, no hizo nada, la detienen injustamente, ella es sólo un estudiante de antropología, venía ayudar, padre haga algo.

MÉDICO: Yo sabía que el infierno iba a estallar en el pueblo. Y estalló.

HUJA DEL MÉDICO: Padre, ¿por qué no me escucha?, ¿por qué?

Sale el Médico, gritando por su hija. La Hija del médico se queda ausente. Silencio suspendido. Se empieza a escuchar un azote incesante de zaguanes durante toda la escena. El Vecino se coloca en el centro.

VECINO: Por allá (*señala hacia un extremo, de allí brota un granadero que lleva arrastrando a uno de los ensangrentados, cruzan de extremo a extremo*). En esa casa también (*señala hacia otro extremo y llevan a otro ensangrentado que vuelve a cruzar la escena*). Ese zaguán también (*señala y ocurre lo mismo*). No se olviden de por allá (*señala y ocurre la misma acción. De pronto señala para todos lados perdiendo el control, los granaderos tiran al suelo a los personajes, el Vecino mientras señala sin control va cayendo, tosiendo cada vez con más intensidad*). Por allá, por allá y por allá y por allá, por allá (*cae definitivamente al suelo*).

La Lavandera se levanta, apenas si se puede sostener de pie, solloza y cubriéndose con pudor el área de su sexo comienza a hablar.

LAVANDERA: Su fuego me sigue calcinando, viejo, no sé cuántas veces pasé por él, no sé si fue el único, todo permanecía oscuro, como si el pueblo estuviera aprisionado en la noche, quisiera escupirles, hacerles lo mismo que ellos hicieron conmigo, yo ni siquiera vi sus caras, como si fuera la noche y no un hombre el que me hubiera violado, todo fue tan rápido, nos tomaron de los cabellos y nos llevaron a la camioneta, donde estaba la montaña de todos a los que habían matado, nos aventaron en medio de los muertos, encima de todos ellos sacaron sus condones y nos empezaron a hacer sus cosas, en ningún momento dejé de pensar en ti y en nuestras hijas, intentaba zafarme, pero sólo conseguía gritar tu nombre: José, José. No se detenían, sentía la humedad de la sangre en mi espalda, arriba de todos los muertos y tú no aparecías, me taparon la boca, se las mordí y entonces me metieron un palo entre las piernas, nada los podía detener, yo no dejaba de gritar, me escupían y sentía como uno a uno iban pasando, yo no quiero un hijo de ellos, yo no, yo sólo quiero que vengas por mí, la cárcel es grande, es grande y nadie me cree. Todos dicen que yo misma me había hecho eso con mis propias uñas, que me arañé, que así le hacían los guerrilleros y que nuestros hombres nos habían enseñado a hacerle así, pero tú nunca me enseñaste eso José. No. Me duele aquí abajo, aquí, pero no

me voy a caer, no, no les daré gusto, mañana seguiré lavando mi ropa, y si los veo les escupiré, hasta quedarme sin saliva, hasta escupirles sangre, ya fue mucho, no podemos más, de pie, debemos seguir de pie.

La Lavandera se derrumba. El Soldado raso se reincorpora lentamente, tiene un aspecto humilde: camiseta y pantalón verde, color ejército.

SOLDADO RASO: Yo nunca supe por qué me detuvieron vecino. Dijeron que había violado a varias mujeres, pero no fue así. Los que realmente las tocaron fueron los soldados de grado superior, yo soy un simple soldado raso, me dijeron que debía pegarle a los habitantes de San Salvador y así fue, pero yo nunca toqué a ninguna mujer, lo juro, yo no fui. Tengo mujer y niños y no quiero que les pase eso, por eso yo no toqué a ninguna mujer. Hay otros ocho detenidos, nuestras mujeres no nos quieren venir a ver, dicen que somos una bola de depravados, que con violadores no quieren vivir. Pero yo no lo hice, yo no fui el único que hizo destrozos en San Salvador, todos los que entramos allí robamos, pegamos, pero yo no violé, uno de mis compañeros sí, pero yo no, él es oficial y no está detenido, ¿por qué? Quiero que mi mujer me visite, ver a mis hijos, decirle que yo no toqué a ninguna mujer. Dígale vecino que yo no las toqué, los que las tocaron usaron condón, yo no sé usar eso, yo no pude ser. Dígale a mi mujer que la necesito, dígale (*se derrumba*).

Aparece el Reportero de la televisión, lleva micrófono en mano e insistentemente lleva su dedo a su oído, simulando que trae un apuntador. Mira un punto fijo, como si lo estuviera enfocando una cámara.

REPORTERO DE TELEVISIÓN: Sí, gracias Carlos. Nos encontramos en el lugar de los hechos, desde temprana hora hemos recorrido el pueblo de San Salvador, todo está en calma. Al parecer hubo casi saldo blanco. Me dicen que sólo hubo seis heridos, de los cuales cuatro son policías. Afortunadamente se reportan estables, excepto uno, que se encuentra en estado de coma, pero los médicos le dan muchas posibilidades de sobrevivencia, al parecer nada grave Carlos (*señalando con su mano y recorriendo el escenario, caminando entre las mujeres violadas*). Como podemos observar, el pueblo de San Salvador se encuentra en una total paz, aquí no ha pasado nada y como ya lo dijo el presidente de la República: (*leyendo unos tarjetones*): “Que las facciones de una minoría violenta no iban a desestabilizar los intereses y el sano orden de la generalidad”. La gente a esta hora ya comienza a salir de sus casas, dirigiéndose a sus escuelas y a sus trabajos, más tranquilos, más seguros, una vez que estos grupos conflictivos que tenían secuestrado a todo un pueblo ya fueron puestos en manos de la autoridad. Quiero comentarte también que se reportan catorce detenidos y sólo al parecer diez saldrán esta misma tarde porque tienen derecho a fianza. Desde luego las vías de comunicación han sido nuevamente abier-

tas a la circulación y ya se puede respirar un clima de paz, después de la situación tan tensa que se venía presentando desde hacía cinco días, cuando un grupo de horticultores, por la fuerza, querían instalarse en la vía pública como si les perteneciera. Finalmente, quiero aclarar que la toma de San Salvador se hizo de manera ordenada, sin incurrir en ningún abuso de poder o represión. Éste es todo mi reporte Carlos, regresamos contigo al estudio (*rompimiento, como si ya saliera del aire*). ¡Que calor hace aquí! (*aparece el Niño, como buscando algo*) ¿Qué haces chiquitín?

NIÑO: Busco, yo estoy buscando señor.

REPORTERO DE TELEVISIÓN: ¿Y qué buscas?

NIÑO: A mis padres y a mis hermanos para que me cuenten un cuento señor.

REPORTERO DE TELEVISIÓN: Pobrecito. Si quieres yo te puedo contar un cuento.

NIÑO (*aplaudiendo*): Sí, un cuento muy bonito.

REPORTERO DE TELEVISIÓN: Bueno, déjame recordar. ¿Cómo va? ¡Ah sí! Había una vez un bosque que estaba en guerra contra los cazadores. El lobo era el amo y señor del bosque, éste intentaba que todos sus súbditos vivieran bien, a veces él les pegaba, pero lo hacía para mantener el orden entre tanto caos. Los que no le obedecían debían ser llevados a manos de los cazadores para que los pudieran matar.

NIÑO: Que lobo. Malo lobo, lobo malo.

REPORTERO DE TELEVISIÓN: Entre los súbditos había un zorro que quería entregar al lobo a los cazadores. Ese zorro era un animalito que sembraba desorden entre los demás animales, a espaldas de su amo, diciéndoles que por el

lobo había guerra y debían entregarlo a los cazadores para encontrar la paz. ¿Te imaginas niño? No, no. Si eso pasaba el caos reinaría en aquel lugar (*suena su celular, contesta*). Bueno... sí... sí... ¿qué?... ¿ahora?... Está bien, sí... voy para allá. Adiós (*cuelga*). Lo lamento niño, ya me tengo que ir.

NIÑO: ¿Y el cuento?

REPORTERO DE TELEVISIÓN: En otra ocasión niño. Ahora ya me tengo que ir. Corre, ve a buscar a tus padres, te deben estar esperando.

Salen cada uno en dirección opuesta. Entran dos granaderos, van ir desapareciendo a los personajes arrastrándolos por el piso.

GRANADERO 1: Como pesan.

GRANADERO 2: ¿Crees que estén vivos?

GRANADERO 1: No lo sé, puede que sí. Tráталos con cuidado, quién quita y todavía están conscientes.

GRANADERO 2: No se mueven.

GRANADERO 1: Obvio que no se van a mover.

GRANADERO 2: Los viejos que echamos a la camioneta se estaban quejando.

GRANADERO 1: Hay que echarlos a la camioneta, así no nos buscamos problemas. Si no están vivos lo de menos es echarlos con los otros cuerpos, pero mientras, hay que subirlos a la camioneta con los otros detenidos.

GRANADERO 2: En la camioneta sólo van a ocupar espacio, yo digo que hay que echarlas al camión para que ya se las lleven y las tiren por allí.

GRANADERO 1: No lo sé. Hay que llevarlos mejor

al ministerio.

GRANADERO 2: ¿Entonces, los echamos a la camioneta con todos los detenidos?

GRANADERO 1: Sí, yo creo que así va a estar mejor.

GRANADERO 2: Como tú veas.

GRANADERO 1: Sí, al ministerio.

Una vez que el escenario se vuelve a encontrar vacío, aparece el Gobernador 2 con el Coronel.

GOBERNADOR 2: ¿Y qué dijeron?

CORONEL: Que sí podíamos proceder, señor gobernador. Ya era justo que les llegara su hora, ¿no le parece señor gobernador?

GOBERNADOR 2: No sé si sea justo o no. Si el otro gobernador prefirió llenarse los bolsillos en lugar de poner orden, yo no, lo único que me queda claro es que están violando muchos derechos constitucionales.

CORONEL: El presidente está al tanto y ha dado su visto bueno para emprender la acción de rescate del pueblo, ha dado la orden de que el ejército intervenga, si a usted le parece señor.

GOBERNADOR 2: Debe intervenir, eso es lo que me ha sugerido mi servicio de inteligencia.

CORONEL: ¿Y qué dijo el presidente municipal Amarillo?

GOBERNADOR 2: Que sí podemos proceder. Al principio decidí echarme la responsabilidad, claro, como vio que no podía, nos empieza a culpar de su ineptitud.

CORONEL: Estuvo bien lo que le contestó señor.

GOBERNADOR 2 (*riéndose y a la vez recordando*): ¿Qué le dije? ¡Ah sí! “No tenemos injerencia

en el pueblo, es un problema que atañe solamente al ayuntamiento de San Salvador”.

CORONEL: Estuvo bien como le respondió.

GOBERNADOR 2: Desde luego. ¿El presidente municipal y su gente ya fueron liberados? (*el Coronel asiente*) ¿Ya no hay nadie en San Salvador?

CORONEL: Nadie. Estamos procediendo tal como nos lo dijo su servicio de inteligencia. Ya sabemos en qué casa están los principales líderes del movimiento, tenemos tres hombres, van ir dos con nosotros en el helicóptero y otro por tierra, un hombre que los conoce muy bien, él les va a ir diciendo a mis hombres para que puedan proceder. Usted sabe, no queremos tener fallos. Capaz de que se nos pasa la mano con alguien del gobierno y después, ¿qué íbamos a decir?

GOBERNADOR 2: Me gusta que actúen así de prudentes.

CORONEL: Bueno, con su permiso señor.

Sale el Coronel. Atrás de él sale el Gobernador 2. Aparecen los dos horticultores, llevan una mesa. La dejan. Aparece una Secretaria. Segundos después entra la Reportera que lleva un periódico entre sus manos.

REPORTERA: Deseo ver al jefe de la redacción.

SECRETARIA: Eso no es posible señorita, se encuentra en una junta muy importante.

REPORTERA: Eso no es cierto, acaba de entrar a su oficina, lo vi.

SECRETARIA: Pero está muy ocupado señorita. No lo puedo molestar.

REPORTERA: ¿Usted también lo va a encubrir?

SECRETARIA: Señorita, no entiendo sus palabras.

REPORTERA (*elevando la voz*): ¡¿Usted también lo va a encubrir?!
SECRETARIA: Le pido que guarde control. Con esa actitud menos la voy a dejar ver al jefe de la redacción.

REPORTERA: ¿Entonces se está escondiendo de mí? ¿Me está esquivando para no darme ninguna explicación?

SECRETARIA: Ya le dije que no sé a lo que se refiere, el jefe no tiene por qué dar cuentas a ninguno de sus reporteros.

REPORTERA: Sabe perfectamente a lo que se refiere. ¿Me puede decir por qué no salió mi artículo publicado y en su lugar hay un anuncio que cubre ese espacio?

SECRETARIA: Seguramente hubo un error de imprenta.

REPORTERA: ¿Y esto qué es? (*le muestra el periódico*) Sé perfectamente cuando es error de imprenta. ¿Tuvieron miedo de publicar mi nota? No mientan, temen al escándalo, a que les censuren el periódico, a que la gente se entere de que han matado a personas y reprimido estudiantes. ¡Asesinos! Dígale al jefe que también es un asesino. Porque los que protegen a los asesinos también lo son.

SECRETARIA: Le pido que guarde compostura señorita y se retire, de lo contrario voy a tener que llamar a seguridad.

REPORTERA: Haga lo que quiera, yo no me largo de aquí hasta que hable con el jefe de la redacción. ¿Me escuchó?

SECRETARIA: Señorita, le pido que mida las con-

secuencias de su comportamiento.

REPORTERA: ¿Y ustedes no piensan medir tampoco las consecuencias de su comportamiento?

SECRETARIA: Le pido que se calme.

REPORTERA: No es justo, ustedes están permitiendo la tortura, el ultraje, la brutalidad, sólo espero que mañana no se les regrese. Con permiso.

Sale la Reportera. Al quitar la mesa de donde escribía la Secretaria aparece el Zorro que se encuentra herido. Entra la Vecina.

VECINA: ¿Qué tienes zorrillo? ¿Qué tienes?

ZORRO: Fue el lobo, fue el lobo el que me volvió a pegar.

VECINA: Pobre zorro, tus heridas parecen una segunda piel.

ZORRO: Ya no quiero que el lobo me pegue, me puede herir con gravedad.

VECINA: Pero estarás más cerca de la muerte, así dejarás de sufrir.

ZORRO: Tengo frío, mucho frío.

VECINA: Seguramente porque estás entre mis brazos, no encuentro otra explicación. Si tú decides yo te libero, no hay nada en este mundo, sólo tus lobos que te atacan sin cesar.

ZORRO: ¿Y qué hay de las puestas de sol? ¿De los niños que pueden jugar conmigo? Ya no lo podría hacer.

VECINA: Es un torpe orgullo querer continuar aquí, el sol nace y muere sin cesar y nunca piensa en su tedioso oficio, así deberías pensar porque nosotros tenemos la misma fun-

ción.

ZORRO: No entiendo lo que dices.

VECINA: ¿Ves esta bola de estambre? Pronto se acabará, pero habrá sido el material para una prenda perfecta, es el humilde pero redituable servicio que venimos a ofrecer aquí.

ZORRO: Duelen las heridas que dejaron sus garras.

VECINA: En ti está dejar de sufrir zorro, ahora debo ir a buscar a un niño para contarle un cuento.

Sale la Vecina dejando al Zorro en el suelo. Entra el Niño.

NIÑO: Zorro, zorrillo no encuentro a mis padres, ¿dónde estarán? Estoy cansado de buscarlos, en el camino he visto a gente que grita, que la lastiman, que corre en medio de la oscuridad, que les roban sus casas, ¿por qué zorro? Entiendo a la tejedora, la entiendo, sí, no debo saber todos los cuentos todavía. ¿También a ti te lastimaron? ¿Quién te lastimó?

ZORRO: El lobo.

NIÑO: Lobo malo, muy malo.

Aparece la Vecina. Una luz que sólo los ilumine.

VECINA: Por fin te encuentro niño, no había parado de buscarte. Quiero contarte un cuento con el “había una vez...” para que después podamos partir.

NIÑO: Sí, quiero escuchar un cuento con el había una vez.

VECINA: Había una vez un zorro...

NIÑO: Sí, yo quiero escuchar había una vez un zorro, yo lo quiero escuchar.

VECINA: Este cuento es de zorros y lobos.

NIÑO: Quizá mis padres me lo vuelvan a contar.

VECINA: Quizá. Había una vez un zorro y un lobo.

Aparece el Lobo y atrás de él se encienden las luces donde está el Zorro, se levanta. Mientras ocurra la escena, el Niño y la Vecina darán vueltas alrededor del Lobo y del Zorro.

ZORRO: Un zorro que tenía al lobo por señor.

VECINA: El zorro y el lobo vivían en un bosque en guerra. La guerra la hacía Ibn-Adán. Un día el zorro dijo a su señor amo, el lobo...

ZORRO: Yo creo que una alianza entre los lobos y los zorros puede ser una solución para cesar con las guerras de Adán.

VECINA: Y el lobo le respondió...

LOBO: Torpe eres en verdad al creer que seremos aliados, tú sólo me sirves. ¡Ahí tienes por tu insolencia!

VECINA (*el Lobo hará la acción que indica la Vecina*): Y el lobo le sacudió una patada que lo tumbó en el suelo medio muerto. Pero el zorro no mostró odio, sólo pudo ofrecer una disculpa, porque en el fondo él sabía que era responsable por los abusos del lobo.

LOBO: Acepto tus disculpas y perdono tu mal paso. Ahora, vete de aquí. Que tu presencia me repugna y no entiendo por qué te comportas así. ¡Lárgate! Vete y si ves algo para cazar, venme a decir, mientras, iré a descansar (*sale*).

VECINA: Y así fue (*el Zorro comienza a recorrer el espacio*). El zorro comenzó a recorrer el bosque, pero cuan grande fue su sorpresa al verlo que vio, atrás de los arbustos había un hoyo profundo que los cazadores habían colocado para el lobo y los animales.

ZORRO: Tengo una idea.

NIÑO: ¿Qué idea fue?

VECINA 1: Espera niño, espera.

ZORRO (*gritando*): ¡Señor! ¡Señor! ¡Venga pronto, señor!

LOBO (*entrando*): ¿Qué pasa?

ZORRO: Por aquí (*conduce al Lobo donde está el hoyo*). Atrás de esos arbustos encontré una madriguera con conejos tiernos que reservé para usted.

LOBO (*dándole un golpe al Zorro*): ¡Quítate! (*el Lobo salta y cae al hoyo*).

VECINA: El lobo cayó al hoyo, pero también el zorro se arrojó.

LOBO: ¿Qué haces insensato?

ZORRO: Esperando que los cazadores de Ibn-Adán vengan aquí.

LOBO: Sólo el desquicio te persigue, si los cazadores vienen nos van a matar.

ZORRO: Que así sea señor. Este juego ridículo de amo y esclavo ha terminado por ofenderme lo suficiente, es justo que busquemos en nuestra muerte igualitaria nuestro perdón.

LOBO: Tu ridiculez asusta, embaucado por un animal sin juicio. Pronto, pon tu lomo para que pueda escapar.

ZORRO: De nada servirá señor, escucho a los cazadores, pronto moriremos los dos. Usted por cosechar mi sentimiento de justicia, yo, por

permitir que pisara mi dignidad.

LOBO: ¿Me has traído a morir contigo? Nuestras vidas no valen lo mismo imbecil.

ZORRO: Compense con esta muerte honorable la vida que no supo conducir.

LOBO: Tu lengua es tan grosera y tus ideas son tan retorcidas que me causan repulsión, ahora comprendo por qué los lobos y los zorros no se pueden entender.

ZORRO: Quizá en la muerte sí nos podemos entender.

LOBO: Yo quiero seguir viviendo. Deja largarme de aquí. Quédate con tu terca idea de morir.

ZORRO: Es justo que ambos muramos si no sabemos los dos qué es la dignidad.

Oscuro del Lobo y el Zorro.

NIÑO: No comprendo. Aquí no hay final feliz. No lo vi. ¿Se salvaron?

VECINA: No lo sé niño, tal vez escaparon, tal vez los cazadores llegaron hasta ellos...

NIÑO: No comprendo.

VECINA: Lo comprenderás cuando seas grande. Ahora, toma mi mano porque vamos a ver a tus papás, ya los encontré. Ellos te contarán el cuento de los hombres de las flores y las aventuras de los granaderos.

NIÑO: ¿Por qué?

VECINA: Porque en la realidad los lobos siempre se comen a los zorros.

NIÑO: Creo que ya entiendo algo, sí, algo sí.

VECINA: Apresúrate, para que ellos te cuenten el cuento de la comadreja y el ratón.

Aparece el Médico. Atrás de él su Hija.

MÉDICO: ¡Hija! ¡Hija! ¿Dónde estás?

HUJA DEL MÉDICO: Padre, aquí estoy.

MÉDICO: ¡Hija! ¡Hija! (*sale completamente desesperado*).

HUJA DEL MÉDICO: Padre aquí estoy (*quiere llorar*).

VECINA: ¿Qué pasa? Las mujeres que cuidan a los hombres no pueden llorar.

HUJA DEL MÉDICO: Ha recorrido el pueblo entero buscándome y yo siempre voy detrás de él diciéndole que me tiene cerca, pero no me puede escuchar, creo que ha enloquecido.

VECINA: ¿Estás segura que no te puede escuchar?

HUJA DEL MÉDICO: Lo persigo y no me hace caso, es como si fuera una maldición, la maldición de este pueblo.

VECINA: Eso pronto pasará. Afortunadamente la hora del arrepentimiento ya quedó atrás, eso es de los vivos.

HUJA DEL MÉDICO: No comprendo.

VECINA: Comprende que ya no hay por qué llorar.

HUJA DEL MÉDICO: Él me dijo que no viniéramos a este pueblo, si lo hubiera escuchado estaríamos junto con mi madre, viendo la televisión, acudiendo a los hospitales, ayudando a discapacitados. Mi madre. ¿Cómo voy a llegar ante ella? ¿Cómo le voy a decir que yo fui la causante de que mi padre enloqueciera?

VECINA: No te preocupes niña (*mostrándole una bola de estambre*). ¿Ves esta bola de estambre?

HUJA DEL MÉDICO: Sí.

VECINA: Con ella mujer, me encargo de tejer y destejer todos los hilos de los hombres.

HUJA DEL MÉDICO: No la comprendo señora. Ahora no la puedo atender, tengo que ir con mi padre.

VECINA (*extendiendo una mano vacía*): ¿Qué ves aquí? ¿Ves algún estambre aquí?

HUJA DEL MÉDICO: Yo no veo ningún estambre.

VECINA: Exacto. ¿Sabes de quién es este estambre? Es tuyo niña, ya no tienes más estambres para tejer.

HUJA DEL MÉDICO: Debo ir a buscar algún médico para mi padre.

VECINA: No niña, tú no puedes ir. Es hora de que partamos.

HUJA DEL MÉDICO: No la entiendo. Discúlpeme, tengo que ir a buscar a mi padre.

VECINA: Es inútil que vayas, tu padre no te puede ver.

HUJA DEL MÉDICO: No la entiendo. Mi padre sí me puede ver.

VECINA: Tu padre no te puede ver. El estambre que ya no tiene hilo es tu vida. Yo cuido el de todos. Los padres no ven a sus hijas muertas. No las pueden ver. Debemos ir a nuestra nueva casa. Nosotros no nos podemos quedar en este pueblo. Fue un trabajo fatigoso el que hice aquí, pero por fin, debo ir a otro parte para continuar. ¿Comprendes?

HUJA DEL MÉDICO: Un poco.

VECINA: Lo terminarás de entender cuando lleguemos allá. Después yo debo seguir mi viaje para tejer y destejer en otros pueblos, como aquí.

HUJA DEL MÉDICO: ¿Pero y mi padre?

VECINA: Lo seguirás cuidando. Las hijas muertas siempre cuidan a sus padres, pero primero debes de conocer tu nueva casa, si quieres luego puedes regresar.

HUJA DEL MÉDICO: ¿Voy a seguir cuidando a mi padre?

VECINA: Lo harás, él te necesita en estos momentos, lo encerrarán en la prisión, pero tú estarás para procurarlo. Ahora, andando.

NIÑO: ¿A dónde vamos?

VECINA: A otro lugar. Allí todo el tiempo te van a contar cuentos y vas a encontrar a tus papás (*empiezan a avanzar. La Hija del médico permanece en el mismo lugar*). El camino es largo, pero allá ellos te van a contar un cuento y otro y otro. Vamos niño.

La Vecina y el Niño avanzan lentamente. Atrás de ellos va la Hija del médico con la misma parsimonia. El escenario se queda vacío.

Oscuro final.

FIN

LAS MORALES

/ **BÁRBARA VITERBO GUTIÉRREZ**

PERSONAJES

MARTA, hermana de **ELENA**, de 35 a 40 años

ANA, amiga de la familia, 35 años

MATILDE, madre de **MARTA** y **ELENA**, 60 años

RAÚL, esposo de **ELENA**, de 38 a 40 años.

ACTO ÚNICO

62

La escena representa un velatorio de medio pelo enclavado en algún barrio popular de la ciudad de México. Al centro del escenario, cuatro candelabros largos enmarcan esquinados el lugar de un féretro que aún no ha llegado; en cada uno de éstos, una lámpara azul, que simula a un flameante cirio. A la derecha, una banca de metal o un sillón viejo y descolorido. Ana se encuentra en escena, de pie, en primer término, fuma nerviosa al tiempo que llora de manera contenida. Camina a su derecha, se sienta en la banca, unos segundos después se levanta inquieta. Su imagen es sencilla, pero denota clase, carece por completo de maquillaje. Termina de fumar y arroja la colilla a un cenicero que se encuentra junto a la banca. En ese momento entra Marta, es una mujer de piel blanquísima, de rostro adusto, apretado y cuyo vestuario denota sobriedad y cuidado, hasta en el más mínimo de los detalles, su arreglo contrasta con el de Ana, por el sobrecargado maquillaje. Al fondo un gran crucifijo de vidrio de espejo, con detalles en negro.

MARTA (sorprendida a Ana): ¿Qué haces aquí?

ANA (quien no se había percatado de la entrada de Marta, voltea hacia ella): Marta...

MARTA: ¿Qué haces aquí? (sin permitir que Ana responda) De seguro te avisó el arrastrado del carpintero.

Ana se acerca a abrazarla, Marta nerviosa intenta rechazar el abrazo.

ANA: Primero me habló Raúl, y luego Quica.

63

MARTA: ¿Quica? ¿Cuál Quica?

ANA: Quica Arámbula.

MARTA (de repente nerviosa e intrigada): ¿Quica? No puede ser. ¿Y ella cómo se enteró?

ANA: También le hablaría Raúl.

MARTA: ¿Raúl? ¿Qué Raúl?

ANA: El mismo que me habló a mí. Raúl Martínez, tu cuñado.

MARTA: Ése no es mi cuñado.

ANA: Bueno, pues él.

MARTA: Eso es una vil mentira. ¿De dónde conoce el carpintero a Quica Arámbula?

ANA: Por tu hermana.

MARTA: Eso es imposible... Elena y tú son otra cosa. ¿Pero Quica? No la creo capaz de arriesgar de ese modo su prestigio, su abolengo.

ANA: No han de tardar en llegar.

MARTA: ¿Quiénes?

ANA: Las Arámbula.

MARTA: ¡Todas!

ANA: Sí.

MARTA: ¡Qué situación! (pausa) ¡No puede ser! Una cosa es Quica, pero las demás... ¿cómo?

ANA (se limpia la cara con un pañuelo): Quica siempre anda con Regina, y a Regina la sigue mucho Encarnación.

MARTA (enciende un cigarro): ¿Y ahora, qué hacer?

ANA: ¿Qué hacer de qué?

MARTA: Para que no vengan.

ANA: ¿Por qué?

MARTA: Mi mamá está afuera.

ANA: ¿Y?

MARTA: No le va a gustar nada que ellas estén aquí.

ANA (*sarcástica*): ¡Qué caray!

MARTA: ¡De verdad Ana...! ¿No te das cuenta?

ANA: No, ¿de qué, eh?

MARTA: ¡Cómo van a venir aquí, a este lugar!

ANA: ¿Qué tiene?

MARTA: ¿Qué estás ciega? Yo no sé si eres idiota o te haces.

ANA (*vehemente*): Por Dios Marta, sabes perfectamente de donde vienen. Son tan corrientes como tú, como yo, como la gente de este lugar.

MARTA: ¡Cómo te atreves!

ANA: Nuestros padres vendían telas en la Merced. ¿O qué, ya se te olvidó?

MARTA: ¡Tú no comprendes!

ANA: ¿Y qué es lo que tengo que comprender?

MARTA: Una cosa es que a ellas y a ti, y a la estúpida de mi hermana, les guste mezclarse con gente de tan bajo nivel, y otra que crean que a mí y a mi mamá también nos gusta. ¿Okey? (*pausa brevísima*) ¡Y con lo chismosas que son las Arámbula!

Pausa larga.

ANA: ¿Y la tía Julia?

MARTA: Se quedó en la casa.

ANA: Cuidando a Fernandito.

MARTA (*molesta*): Evidentemente.

ANA: ¿Ya aprendió a dializarlo?

MARTA (*desconcertada, como quien está pensando en algo distinto*): ¿Cómo?

ANA: ¿Las diálisis, sabe hacerlas?

MARTA: ¿Y tú cómo te enteraste de eso?

ANA: En el funeral de Fernando y Leticia me

comentó que necesitaba aprender a dializar al niño.

MARTA (*reaccionando*): ¡Claro, la tía Julia! ¡La muy imbécil! No fue Raúl quien les avisó a las Arámbula. Fue la Julia ésa... no sé cómo se le ha ocurrido a mi mamá contárselo. A estas horas lo sabrán todas en el club. ¡Qué humillación!

ANA: No exageres, no es para tanto, después de todo, Elena es tu hermana.

MARTA: Eso es lo que más me molesta; al parecer ni muerta nos va a dejar en paz.

ANA (*entre dientes, por lo que ha dicho Marta*): ¡Qué bárbara! (*molesta, camina hacia la salida*).

MARTA (*intenta detenerla*): ¿A dónde vas?

ANA: Suéltame por favor.

MARTA: Ahí vas de chismosa a buscar a mi mamá.

ANA (*contenida*): ¿Me sueltas Marta?

MARTA: ¿Qué le pasó a Elena?

ANA (*zafándose*): Tuvo un accidente (*camina hacia la salida*).

MARTA: ¿No te puedes esperar?

ANA: ¿Para qué quieres que me espere?

MARTA: ¿A qué horas llegaste?

ANA: Poco antes de que llegaras tú.

MARTA: ¿Cuándo te avisaron?

ANA: Hoy en la madrugada.

MARTA: ¿Pero no estabas en Brasil, o sí?

ANA: No, hace un mes que estoy aquí.

MARTA: ¿No me digas? ¿Y por qué?

ANA: Vine a visitar a mi mamá.

MARTA: Ah... ¿y cómo está?

ANA: Bien, dentro de lo que cabe.

MARTA: ¿Por qué no la trajiste?

ANA: Ya no puede salir.

MARTA: ¿Tan mal se ha puesto?

ANA: Sí.

MARTA: Oye Ana... ¿con quién estaba Elena cuando el accidente?

ANA: No sé.

MARTA: Estaba con su hijo, ¿no?

ANA: ¿Con Monchito?

MARTA (*esbozando una sonrisa burlona*): ¿Cómo se llama?

ANA: ¿Qué te dijeron?

MARTA: ¿Monchito? ¿Qué nombre!

ANA: Se llama Ramón. ¿Quién les habló, Marta?

MARTA: No sé, creo que la mamá de Raúl.

ANA: ¿Qué les dijo?

MARTA: Que Elena había muerto y que el niño estaba muy grave en el hospital.

ANA (*contiene la angustia*): No puede ser... ni Quica, ni Raúl me dijeron nada... ¿Estás segura Marta?

MARTA: No, por eso te lo pregunto.

Ana saca de su bolsa un celular y marca un número, va a salir.

MARTA: ¿A quién le hablas?

ANA (*busca evadir la respuesta*): A una amiga...

Cuelga molesta, marca otro número.

MARTA: ¿A Quica?

ANA: No.

MARTA (*mordaz*): Entonces le hablas al arras-

trado del carpintero.

Nadie responde, guarda el teléfono molesta y se sienta llorosa y enojada en la banca.

ANA (*no le importa que la otra la escuche*): El niño siempre estaba con ella.

MARTA: ¿O sea que lo que nos dijeron es posible que sea cierto?

ANA (*molesta*): ¡Carajo, no puede ser! No tiene ni cinco años (*pausa. Enciende un cigarro*). Si lo conocieras... no sabes lo ocurrente que es y lo bonito que está. Se parece mucho a tu papá.

MARTA: Eso no es cierto.

ANA: Y tú cómo lo sabes, si ni lo conoces.

MARTA: Es de suponerse, digo los pinacates como Raúl siempre aportan espermas dominantes.

ANA: ¿Qué?

MARTA (*con fingida lástima*): ¡Ay pobre, no entiendes! Se me olvidaba que ni la carrera terminaste.

ANA: Marta, querrás decir genes, ¿no?

MARTA: ¿Cómo?

ANA: Pues sí, esperma es lo que eyacula el hombre durante el coito.

MARTA (*confundida de repente*): Bueno sí, todo eso... ¿Y? Ha de ser idéntico al naquete del carpintero.

ANA: Pero si te digo que es igualito a tu papá.

MARTA: ¡Estás loca! ¡Eso es imposible! Mi padre era rubio plateado.

ANA: También el niño.

MARTA (*riendo con sarcasmo*): Sí, como no (*pausa brevísima*). ¡Eres una mentirosa!

Marta saca de su bolso un frasquito del que extrae una pastilla que ingiere nerviosa.

MARTA: Ana... ¿Y cómo están por tu casa? ¿Ya se recuperó tu mamá de lo de Janito? Me haces suponer que todos están muy bien y en paz, cuando tienes que andar buscando donde meter las narices, para no aburrirte.

ANA (*sarcástica*): ¡Exacto! ¿Qué comes que adivinas, Marta? Janito hace más de un año que salió de la clínica.

MARTA: Pero recayó ¿no?

ANA (*con intención*): No, como tú... comprenderás.

MARTA: ¿Qué quieres decir?

ANA: Que le va muy bien. Está trabajando con Luis Toledo.

MARTA (*sorprendida al escuchar dicho nombre*): ¿Con Luis Toledo? No puede ser.

ANA: ¿Lo conoces?

Marta la mira con ojos fulminantes.

ANA: Claro, no me acordaba. Te fuiste con él a Compostela. Supiste que se casó con mi prima, ¿no?

MARTA: Sí, con una que se parecía a mí (*ufana*) y que el pobre la tuvo porque nunca me pudo olvidar. ¿Cómo se llama?

ANA: ¿Quién? ¿La que se parecía a ti o con la que se casó?

MARTA (*confundida*): ¿Cómo? Pues es la misma, ¿no?

ANA: No. Pensaba que ya lo sabías. Se casó con

Mili.

MARTA: ¿Cuál Mili?

ANA: La que estudiaba música en Boston. Te has de acordar muy bien de ella; llevaba un escote que le daba hasta el ombligo en una de las reuniones que hacían las Arámbula... que por cierto, se puso a tocar a dúo con Elena; pasó muy discreto tu hermano y le zafó el escote (*ríe nostálgica*). Ella siguió tocando y por más caras que le hicimos Elena y yo, aquella ni caso.

Ana ríe, aunque de inmediato se reprime, al recordar donde se encuentra; la risa se transforma en un gesto triste.

MARTA: ¡Ay sí! La muy exhibicionista.

ANA: Sí, es muy exhibicionista, pero también muy simpática.

MARTA: ¡Uy, a ti todo mundo te parece simpático y ocurrente!

ANA: Y a ti todos te caen gordos.

MARTA: Por eso tú y yo nunca podremos ser amigas.

ANA: ¿No, verdad?

Silencio largo y tenso. Ana enciende un cigarro.

ANA: ¿Qué fue exactamente lo que te dijo la señora Emilia?

MARTA: ¿Quién?

ANA: La mamá de Raúl.

MARTA: Lo que te dije.

ANA: ¿Pero qué les pasó?

MARTA: Quisiera que alguien me lo explicara,

porque esa señora sólo nos dijo que Elena había tenido un accidente, que ella había muerto y que el niño se encontraba muy grave en el hospital.

ANA: ¿En qué hospital?

MARTA: Ni idea.

ANA: ¿Por qué no preguntaste?

MARTA: ¿Yo, cómo se te ocurre? ¡Estás loca! (*con expresión de asco*) ¡Eegg!

ANA: Entonces, ustedes ya se van.

MARTA: No. ¿Por qué?

ANA: Pensé... digo... por lo que estás diciendo...

MARTA (*hipócrita*): Después de todo Elena era mi hermana.

ANA: Claro... ¿hace cuánto que no la veías?, ¿desde que nació el niño o cuando murieron Fernando y Leticia?

MARTA: ¿Cómo?

ANA: Hace mucho que no la veías, ¿no?

MARTA (*entre dientes*): ¡Imbécil!

ANA (*que no la ha oído*): ¿Sí?

MARTA: Nada.

Marta se da la media vuelta para salir. Entra Matilde. Es una mujer de sesenta años, pero que aparenta muchos menos. Su vestuario es muy sobrio y elegante, denota seriedad y cuidado hasta en el más mínimo de los detalles.

MATILDE (*al ver a Ana, sorprendida*): ¡Annie! ¿Pero qué haces aquí? ¿Quién te avisó?

ANA: Matilde (*la saluda con un beso*): Hola...

MATILDE (*alzando un poco la voz, a Marta*): ¡Hija!, ¿a dónde vas?

Marta sale sin responderle.

MATILDE: Annie. ¿Cómo estás?

ANA: Todo ha sido tan repentino.

MATILDE: Tienes toda la razón; por lo mismo quisiera pedirte un favor. No me gustaría que Blanca se enterara que estuviste aquí, con nosotras.

ANA: Matilde, al contrario, está muy apenada porque no pudo acompañarme.

MATILDE: ¡No me digas? ¡Pero creerá que esto ha sido en un sitio mejor!

ANA: No, ella misma ha dado la orden al chofer de traerme aquí.

MATILDE: ¡Válgame el cielo! ¡Qué vergüenza! ¡Lo que habrá dicho!

ANA: No ha dicho nada (*pausa brevísima*). Aquí mismo fue donde se hizo el servicio de su hermano.

MATILDE (*incrédula*): ¿De veras?

ANA: Ajá... tú acompañaste a Elena en aquella ocasión.

MATILDE: Pero esto estaría diferente.

ANA: Un poco, ahora está mucho mejor.

MATILDE (*hipócrita*): ¿Crearás que no me acuerdo?

ANA: Claro, fue hace tanto que...

MATILDE (*abrupta*): Así que el chofer está esperándote.

ANA: Sí.

MATILDE: Tendrás otros compromisos.

ANA: Cancelé una cita que tenía con el médico.

MATILDE (*tomándola del brazo, para conducirla hacia la salida, que se encuentra a su derecha*):

Bueno querida, no sabes cuánto te agradezco el que te hayas tomado la molestia de venir.

ANA (*se zafa de Matilde, discreta*): No es ninguna molestia. Al contrario yo...

MATILDE: Dile a Blanca que hemos recibido sus condolencias. Nosotras también en un rato nos vamos.

ANA: ¿Sin haber acompañado a Elena?

MATILDE: No querrás esperar a que lleguen los parientes de Raúl.

ANA: ¿No? ¿Por qué?

MATILDE: Es gente tan ordinaria. De lo que serán capaces al vernos.

ANA (*fingiendo*): ¿Crees que nos puedan hacer algo?

MATILDE: Claro. No se detienen ante nada.

ANA: Siendo así... ¿por qué no nos vamos las tres? A Marta tampoco le veo muchas ganas de quedarse.

MATILDE: Le dije a Juan que se regresara a la casa, tendría que llamarle para que venga por nosotras.

ANA: No hace falta, yo las llevo.

MATILDE: De ninguna manera... ¿para qué tomartes tantas molestias?

ANA: ¿Yo? No te preocupes... nunca manejo.

MATILDE: ¿Y hacer que se desvíen por nosotras?

ANA: Matilde, nadie se desvía por tres cuerdas.

MATILDE: Preferiría esperar...

ANA: Como gustes...

MATILDE (*despidiéndose de Ana*): ¡Ay hijita, no sabes cuánto te agradezco el que hayas venido hasta acá!

ANA: Sería mejor que yo espere también, no está bien que las deje solas, y menos si como dices la familia de Raúl...

MATILDE: Por nosotras no te detengas...

ANA: Si no te molesta, prefiero quedarme un rato más.

MATILDE: Como quieras. Luego no digas que no te lo advertí.

ANA: Pierde cuidado.

Entra Marta. Matilde da media vuelta y se sienta en uno de los sillones que se encuentran en escena, su hija la alcanza y la mira con intensidad como intentando decirle algo que no puede. Matilde se levanta respondiendo a la mirada de su hija. Entra Raúl, lleva una enorme corona de flores. Es un hombre alto, moreno, muy bien parecido, como de unos 38 o 40 años. Viste un pantalón negro, muy sencillo y una camisa azul arremangada. Al verlo Marta y su madre se petrifican. Él no se ha percatado de su presencia. Va a volver a salir cuando ve a Ana.

ANA: Raúl... (*se acerca a él*).

RAÚL: ¡Anita!

ANA: ¿Cómo estás?

Se abrazan, Raúl contiene el llanto. Ella un poco menos que él, Marta y Matilde miran confundidas la escena.

RAÚL: Siento como si en cualquier momento Elena fuera a entrar por la puerta...

ANA: Es increíble, todo ha sido tan repentino. Apenas la semana pasada estuvimos en Querétaro, en lo de tu primo, y ahora... (*comienza*

a llorar).

RAÚL: Gracias por venir.

Se abrazan de nuevo.

RAÚL: No sé lo que voy a hacer sin mi güerita.

ANA: Tranquilo, después hablamos (*mirando hacia donde se encuentran Marta y su madre*). Por cierto, ¿ya viste a tu familia política?

Raúl voltea hacia donde Ana le ha indicado. Las mira un momento. Camina unos cuantos pasos hacia ellas, se detiene.

RAÚL (contenido): Buenas noches.

MATILDE: Buenas noches, Raúl.

RAÚL: Perdón, pero quién les avisó.

MATILDE: Tú mamá nos llamó.

RAÚL: ¿Mi mamá?

MATILDE: Sí.

RAÚL (con disgusto): ¡Mmm! (*a Matilde*) Vino por el anillo, ¿no?

MATILDE (acercándose a él): ¿Cómo puedes pensar eso? ¡Y en estas circunstancias! No Raúl, de ninguna manera.

RAÚL: Ése fue el pretexto en el funeral de Fernando.

MATILDE: Ahora es diferente; estamos muy arrepentidas y quisiéramos ayudarte en lo que se te ofrezca y...

RAÚL (interrumpiéndola): Gracias doña Matilde, pero si no he ido a pedirle nada durante todo este tiempo, menos lo haré ahora.

MATILDE: Es distinto, tendrás muchos gastos, el niño por ejemplo...

RAÚL: Pierda usted cuidado.

MARTA: ¿Y tardará mucho en llegar?

RAÚL: ¿Quién?

MARTA (altanera): ¿Cómo quién? El cuerpo de Elena.

RAÚL (ofuscado): Sí me permiten, tengo que salir.

MARTA: ¿Pero?

RAÚL: Con permiso.

Raúl sale. Ana sale tras él.

MARTA (escandalizada): ¡Mamá viste! ¡Te das cuenta de cómo nos trató este pinche naco!

MATILDE: Hija, por favor.

MARTA: Mamá vámonos, no tiene caso esperar.

MATILDE: No.

MARTA: ¿Y qué tal si los dos murieron?

MATILDE: Para eso estamos aquí.

MARTA: ¿Para qué? ¿Para velarlos? No estoy loca.

MATILDE: Es la única forma de enterarnos.

MARTA: Por favor, mamá. Los dos han de estar muertos.

MATILDE: ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo Ana?

MARTA: ¡Ash, esa!

MATILDE: ¿Te dijo algo?

MARTA: Se hace la que no sabe.

MATILDE: ¿Y entonces?

MARTA: Dice que el niño estaba siempre con ella.

MATILDE: Eso no significa que esté muerto también.

MARTA: Es lo más probable.

MATILDE: Mientras yo no sepa lo que ha ocurrido con el niño, no pienso moverme de aquí.

MARTA: ¿Y entonces qué vas a hacer?

MATILDE: Esperar que Raúl vuelva y le podamos preguntar.

MARTA (irónica): ¿Y te va a contestar?

MATILDE: ¿Por qué no?

MARTA: Ni lo sueñes.

MATILDE: El niño es mi nieto, y Elena mi hija, está obligado a responderme, ¿o no?

MARTA: Mamá vámonos, por favor.

MATILDE: Si quieres vete tú, yo me quedo.

MARTA: Por favor mamá... (*buscando persuadirla*) ¿Sabías que las Arámbula saben de esto y van a venir?

MATILDE: ¿Qué? ¿Quién les dijo?

MARTA: La tía Julia.

MATILDE: No puede ser, yo no hablé una palabra con ella.

MARTA: ¿No?

MATILDE: No. ¿Para qué? Nos hubiera complicado más el asunto.

MARTA (inquietada, en voz baja): Entonces... ¿cómo se enteraron?

MATILDE: No lo sé... ¿qué raro? Yo no he hablado con ninguna de nuestras amistades. ¿Y tú?

MARTA: Tampoco.

MATILDE: ¿Segura?

MARTA: No.

MATILDE: ¿Y entonces?

MARTA: Fue Ana mamá.

MATILDE: ¿Ana?

MARTA: ¿No ves como se lleva con el carpintero?

MATILDE: Sí, ¿verdad?

MARTA: Aunque claro, ella dice que fue Quica quien le habló.

MATILDE: ¡Pero cómo! Dios mío, ¿será cierto?

MARTA: ¡Mamá, cómo crees!

MATILDE: ¿No?

MARTA: Por favor, todo lo inventó para engatusarnos, para humillarnos y reírse de nosotras.

MATILDE: ¿Será posible?

MARTA: Claro, como si no la conocieras.

Marta camina por el espacio, mientras que Matilde se sienta de nueva cuenta en la banca o sillón que se encuentra en escena.

MARTA: Mamá, ¿y si nos vamos? No podemos estar aquí cuando ellas lleguen.

MATILDE: Hija, en éstas circunstancias no me importa si nos encuentran aquí las Arámbula, las Corcuera o las Vargas.

MARTA: ¡Carajo! (*pausa. Cambio*) ¿Hablaste con el doctor Álvarez?

MATILDE: Sí, antes de salir para acá.

MARTA: Y qué te dijo.

MATILDE: Que en el hospital siempre hay quirófanos disponibles para cualquier emergencia.

MARTA: ¿Tampoco hablaste de eso con la tía Julia?

MATILDE: No, prefiero decirselo cuando sea seguro.

MARTA: Siento que estamos perdiendo el tiempo.

MATILDE: No creo que Raúl se niegue, somos la familia de su esposa.

MARTA: Mamá estás loca, ¿no viste como se

puso?

MATILDE: Ay, hija.

MARTA: Casi me pega.

MATILDE: Eso no es cierto, Marta, no exageres.

MARTA: Es un patán.

MATILDE: Pues sí hija, pero tenemos que intentarlo. Está de por medio la vida de Fernandito.

MARTA: Es inútil hablar con un pobre ignorante que no entiende de razones.

MATILDE: No creas que le va a resultar tan sencillo negarse, después de la cantidad que le pienso ofrecer.

MARTA: ¿Le vas a dar dinero?

MATILDE: Si es necesario.

MARTA: ¡No lo puedo creer!

Marta ríe escandalosamente, al tiempo que camina de espaldas para alejarse de su madre. Ana regresa, parece haber estado llorando, trae un vaso con café en una mano, y un cigarro encendido en la otra. Camina hacia donde se encuentra Matilde.

ANA (con fingida sorpresa): ¡Matilde, siguen aquí! Pensé que se habrían ido.

MARTA (entre dientes, para sí): ¡Idiota!

ANA (que la ha escuchado): ¿Cómo?

MARTA: Si me escuchaste para que te haces la tonta.

Ana bebe de su café y da una bocanada a su cigarro. Matilde va a salir.

MARTA: Mamá... ¿a dónde vas?

MATILDE: A buscar a Raúl.

MARTA: ¿Para qué?

MATILDE: Voy a hablar con él.

MARTA: Te acompaño.

ANA: No lo van a encontrar.

MATILDE: ¿Se fue?

ANA: Sí.

MARTA: ¿A dónde?

ANA: Me parece que al hospital.

MATILDE (ansiosa): ¿Ah, sí? ¿Y a cuál hospital?

ANA: No lo sé, no me dijo.

MARTA (irónica): ¡Por favor, no me hagas reír! ¡A otro perro con ese hueso!

MATILDE (a Marta): ¡Hija!

ANA: ¿Para qué quieren hablar con él?

MATILDE: Queremos saber cómo está el niño de Elena.

ANA: ¿Por qué? ¿Se piensan quedar con él?

MARTA (al mismo tiempo que Matilde): ¡De ninguna manera!

MATILDE (al mismo tiempo que Marta): ¡Tal vez!

MARTA: ¡Pero mamá!

ANA: Yo no lo vería mal.

MATILDE: Comprenderás que no nos corresponde a nosotras decidir sobre el futuro del niño.

ANA: Claro. Aunque se me ocurrió que con la enfermedad de Fernandito, quizá ustedes estarían interesadas en quedarse con este otro.

MARTA: ¿Entonces está bien?

MATILDE: ¿Va a vivir?

ANA: Si así fuera, ¿se quedarían con él?

MARTA (a Ana): ¿Estás loca? ¡Primero muertas!

ANA: Marta no exageres. Este niño también es tu sobrino.

MARTA: Querida, ya te habrás percatado que

entre ellos y nosotras existen grandes, enormes diferencias. La familia de Raúl y la nuestra provienen de lugares totalmente distintos. Es como si quisieras juntar changos con leones en la una sola jaula. No son lo mismo.

MATILDE: Hija, no hables así...

ANA: El niño está muy chiquito, lo podrían educar como ustedes quisieran.

MATILDE: Claro, tienes razón.

MARTA: Mamá, qué te pasa, ¿no te das cuenta de lo que dices? (*furiosa, a Ana*) ¿Cómo te atreves siquiera a sugerir una cosa tan estúpida? ¿Te imaginas lo que pensarían las Barraza o los Núñez?

ANA: Nada, sus hijos tienen amistad con los hijos de Fox, que son adoptados.

MARTA: No, querida, es muy distinto. Estoy segura que él y Lilian buscaron a unos niños que no se vieran tan así.

ANA (*incrédula*): ¿Tan así? ¿Cómo?

MARTA: ¡Tan negros, nacos y feos! ¡Te queda claro imbécil!

MATILDE: ¡Virgen santa!

MARTA: ¡Esta gente no es de nuestra clase, no son como nosotras! ¡Es gente fea, pobre, sucia! ¡Son como animales! ¡Estúpidos, ignorantes y peligrosos!

MATILDE: ¡Marta, te quieres callar!

Marta comienza a llorar, su llanto es rabioso y enardecido.

MARTA (*a su mamá*): ¡No comprendo cómo pudieron permitir que las cosas llegaran tan lejos!

MATILDE: ¡Contrólate, por favor! En cualquier momento podría entrar alguien.

MARTA: ¡Acabas de decir que eso ya no te importa! ¿O sí?

MATILDE: Hija, te lo suplico...

MARTA: Siempre dejaron que la estúpida de Elena hiciera su santa voluntad... siempre...

MATILDE: Eso no es verdad.

MARTA: ¡Elena, todo Elena! Que si era la bonita, la inteligente, la piadosa, la simpática, la consciente, la estudiosa, la buena, la trabajadora, la sencilla, la independiente; además de alegre, entusiasta, gentil, comprensiva, paciente, justa, recta, leal, amigable, sincera, generosa y buena hermana. ¡Ah! Y por si algo faltara, deportista, idealista y activista solidaria.

MATILDE: ¡Cállate, por favor!

MARTA (*sin escuchar a Matilde*): Este espécimen digno de toda alabanza y adulación escoge una carrera acorde con su personalidad y estudia sociología con los porros, drogadictos y acomplexados de la UNAM, quienes le enseñan el maravilloso arte de vestirse con chanclas, jergas y trapos de cocina. Por si esto fuera poco, se vuelve zapatista e indigenista, además de indigente. Pero mi hermanita, quien nunca se conformó con nada, necesitaba el kit completo, y entonces, en una marcha, en el metro, o en Playa Paraíso, conoce a Pepe el Toro, el rey del serrucho y el martillo, y se casa con él, renunciando incluso a su carrera para dedicarse de lleno al carpintero, al Torito y a las causas más nobles y abnegadas.

MATILDE: ¡Qué vergüenza!

MARTA: ¿Te da pena que se enteren? (*ríe*) ¡A mí

no! Que conozcan, que sepan quien fue en realidad Elena. De dónde viene el dinero del que visten y del que tragan.

MATILDE: ¡Te lo suplico hija, no te das cuenta!

MARTA: De lo que me doy cuenta es de lo estúpidos que fueron tú y papá.

MATILDE: Nada de eso, yo siempre me opuse a la manera de actuar de Elena, no puedes decir que yo la solapé.

MARTA: Así fue mientras vivió papá; no podías contradecirlo... ¿Cómo? Pero después de que él murió debiste haberte puesto más estricta con ella. No permitirle tantas idioteces.

MATILDE: Y así lo hice, pero no lo podía hacer con tu padre vivo. No tenía porque hacer más pesada su agonía.

MARTA: Mentirosa, la herencia no se la quitaste. Él ni se hubiera enterado.

MATILDE: ¿Pero qué caso tiene estar recordando todo eso? Ya pasó. No ganamos nada. Me importa lo que hagamos de ahora en adelante, tú, yo y Fernandito.

MARTA (a Ana, que durante todo este tiempo se ha encontrado alejada de ellas, sólo observándolas): ¡Anita, pero si aquí estás! ¿Qué te parece Annie? ¿Qué opinas de nuestros dramas familiares! ¿Por qué no les hablas a las Vargas o a las Corcuera para que también se enteren?

MATILDE: ¡Basta! ¡No voy a permitir que continúes con esto! ¡Márcale a Juan...! ¡Te vas con él!

MARTA: ¡Uyy, uy, uy! (remedándola) “¡Márcale a Juan...! ¡Te vas con él!” ¿Por qué nunca le hablaste así a Elena? ¿Por qué no la corriste cuando llegó el día de mi cumpleaños con la

bola de nopales esos que venían de Chiapas y a los que sentó a la mesa junto con todas mis amigas del Rosedal? ¿O el día que vendió el vestido que me regaló la abuela en su lecho de muerte, para pagar la fianza de uno de los indigentes con los que se juntaba? ¿Por qué no le quitaste el anillo de la abuela? ¡Contéstame mamá! ¿Por qué, eh! ¿Por qué!

MATILDE: Marta entiende por favor, no es ni el lugar, ni el momento. No podemos regresar el tiempo.

MARTA: ¡Pero tú sí me podrías contestar!

MATILDE (desafiante, la toma por los hombros): Mira Marta, no puedo arriesgarme a que con tus berrinches y desplantes echés todo a perder. Así que te calmas o te vas.

MARTA: ¡Pero mamá!

MATILDE: ¡Entiende, necesito hablar con Raúl y saber cómo está el niño!

Pausa. Matilde fatigada, se sienta en la banca o sillón en el que se encontraba al inicio de la obra. Marta camina llena de rabia por todo el lugar, después sale. Ana que durante todo lo anterior se mantuvo expectante y confundida, se sienta a un lado de donde se encuentra Matilde.

MATILDE: Me siento muy avergonzada. Tal vez sería mejor que tú te fueras también.

ANA: No te preocupes yo...

MATILDE: Desde el asesinato de Fernando y Leticia, Marta no se ha podido recuperar.

ANA: ¿Y tú?

MATILDE: No sé de dónde he sacado fuerzas.

ANA: Es que aquello fue terrible. Qué suerte

que el niño no murió.

MATILDE: Sí, y yo lo quiero tanto. Es la viva imagen de Fernando mi hijo, cuando tenía su edad.

ANA: Es que no conoces al niño de Elena. Es idéntico a Fernando, tu esposo.

MATILDE: ¡No me digas! ¿Y cómo se llama!

ANA: Ramón, pero le decimos Monchito.

MATILDE: Así se llamaba mi papá.

ANA: Elena se acordaba mucho de su abuelo.

MATILDE: Era un hombre muy bueno.

ANA: Matilde, ¿de verdad te quedarías con el hijo de Elena?

MATILDE: No lo sé, por eso quisiera hablar con Raúl, saber cómo se encuentra el niño, porque si se va a morir... (*cambio*) ¿Y tú de verás no sabes nada?

ANA: No puedo decírtelo.

MATILDE: ¿Por qué? Me parece absurdo y cruel.

ANA: Le hice una promesa a Raúl.

MATILDE: ¡Qué barbaridad! (*pausa*) Dime Ana, ¿qué te hemos hecho para que te portes así con nosotras?

ANA (*un tanto confundida*): No te entiendo.

MATILDE: Para que le seas incondicional a Raúl y no a la gente de tu clase, de tu nivel. Nuestras familias han cultivado una amistad por generaciones. Te has encargado de esparcir nuestros problemas por todas partes.

ANA: Eso no es verdad, Matilde.

MATILDE: No lo niegues, hija; les hablaste a las Arámbula, para ponerlas al tanto. ¿Para qué? Ellas por ningún motivo pisarían un lugar como éste.

ANA: Te equivocas. Quica y Elena se frecuenta-

ban mucho últimamente.

MATILDE (*sarcástica*): ¡No me digas! Y para qué... ¿Para ir al club y que sus hijos convivieran en armonía mientras Raúl juega golf? Por favor...

ANA: Precisamente.

MATILDE: No te creía capaz de llevar una mentira tan lejos.

ANA: Quica está saliendo con un primo de Raúl, que es arquitecto. ¿No lo sabías? Tal vez hasta te lo hayan presentado el día de la boda de Mónica O'Brian.

MATILDE: ¡Lo llevó!

ANA: Claro.

MATILDE: ¡No puede ser!

ANA: En cuanto lleguen les puedes preguntar.

MATILDE: ¡Sinvergüenzas!

Del exterior de la sala provienen los ecos de una multitud que grita y poco a poco se acerca al lugar donde ellas se encuentran. Retumban de nuevo las campanas de una iglesia, apagando un poco el clamor de la manifestación. Marta regresa, viene agitada y con señales no muy obvias de haber ingerido algún tipo de narcótico estimulante; tropieza al entrar y cae. Ana se acerca a ayudarla, pero ella reacciona de inmediato. Marta fija su mirada en Ana, buscando intimidarla. La primera estalla en carcajadas. Ana un tanto desconcertada sale a ver lo que sucede fuera.

MATILDE: Hija... ¿Qué pasa?

MARTA (*levantándose*): ¡Mamá vámonos! ¡Ahí vienen!

MATILDE: ¿Quiénes?

MARTA: La chusma... los parientes de Raúl.

MATILDE: ¿Traen el cuerpo de tu hermana?

MARTA (*sobándose*): No me fijé.

MATILDE (*molesta, adivinando el estado de su hija*): ¿Qué estuviste haciendo?

Marta no contesta.

MATILDE: ¿Cómo sabes que son ellos?

MARTA: Porque son muchos, y vienen hacia acá.

ANA (*regresando; mira inquisitiva a Martha*): Es una de tantas marchas de protesta.

MARTA: ¿Ya ves?

MATILDE: ¿Qué?

MARTA: Raúl se va a tardar. Mejor vámonos, Juan ya puso el carro afuera.

MATILDE: Con la marcha menos nos vamos a poder ir.

ANA: No vienen muchas personas, además los granaderos los están dispersando.

MATILDE: ¡Qué bueno, que les den su merecido por holgazanes y revoltosos!

MARTA: ¡Vaya, hasta que por fin estamos de acuerdo en algo!

MATILDE: ¡Qué contenta te has puesto de repente! Tal pareciera como si nada de lo que ocurre te importara.

MARTA: Te equivocas.

MATILDE: Entonces...

MARTA: Ya me cansé, estoy harta de estar aquí.

MATILDE: Aprovecha que tienes a Juan esperando afuera y vete. Dile que si en una hora y media no le he llamado, entonces que venga por mí.

MARTA (*suplicante, como una niña*): Mamá yo

no puedo irme sin ti...

MATILDE: Entonces espérame.

MARTA: Pero mamá...

MATILDE: ¿Cuántas veces tengo que decirte que necesito hablar con Raúl?

MARTA: Entonces de nada te sirvió haberte quedado a solas con ésta (*en franca referencia a Ana*).

ANA: No, de nada.

MARTA: ¡Qué tal! ¿Y por qué, eh?

ANA: Lo que yo sé, no les va a servir en lo absoluto, a no ser que como dice Raúl lo que ustedes quieran sea sacarle provecho a la situación.

Marta estalla una sonora carcajada.

MARTA: Así que eso dice el carpintero. ¿Qué sabe él de nosotras?

MATILDE: Me parece ridículo. no veo como podríamos querer aprovecharnos de algo tan espantoso como la muerte de mi hija y la desgracia de mi nieto.

ANA: A Raúl le extraña mucho que después de todo lo que ha ocurrido, se presenten de buenas a primeras queriendo colaborar con los gastos del servicio y buscando conocer a Monchito.

MATILDE: Elena es mi hija y su hijo, mi nieto... ¡Cómo no sentirme afectada!

ANA: Tú los corriste, despreciaste a Raúl y maldijiste a Elena el día del entierro de Fernando.

MATILDE: En verdad me siento muy arrepentida, nunca creí que Elena se moriría antes de que yo pudiera pedirle perdón.

MARTA: Mamá no seas ridícula. ¿Perdón por qué?

MATILDE: Por como traté a Elena cuando murió tu hermano. En esa ocasión yo no podía pensar, estaba fuera de mí, desesperada, enojada, molesta... siempre tuve la sensación de que quienes secuestraron y mataron a Fernando eran gente del tipo Raúl.

MARTA: Así es mamá, personas que de ninguna manera merecen nada.

MATILDE: Hija, deja de decir tantas estupideces.

MARTA: No son estupideces mamá, es la verdad. A esas personas, si es que así se les puede llamar, que limpian parabrisas y escupen fuego en las esquinas, más les hubiera valido no haber nacido.

ANA: Eso mismo has de pensar de Monchito.

MARTA: ¿De quién?

ANA: De tu sobrino, el hijo de Elena.

MARTA: No te lo podría decir, porque ni lo conozco.

ANA: Y si te dijera en donde se encuentra, ¿lo irías a ver?

MARTA: Posiblemente.

MATILDE: Yo sí, con mucho gusto.

ANA: ¿Y qué las pondría más contentas? ¿Saber que está en perfecto estado, o descubrir que sólo le quedan unas cuantas horas de vida y que es un inmejorable candidato para la donación de órganos?

MATILDE: ¿Qué es lo que estás insinuando?

ANA: No se puede insinuar lo que es evidente.

MARTA: ¡Desgraciada!

MATILDE: ¡No puedes estar pensando semejan-

te barbaridad de nosotras!

ANA: La mamá de Raúl, que fue quien les llamó para avisarles sobre la muerte de Elena, con toda seguridad, les dijo que el niño se encontraba muy grave en el hospital.

Ellas no responden, sólo la miran furiosas.

ANA: Tan, pero tan grave, que podría morir; entonces ustedes pensaron, por todo lo que les ha dicho el doctor Álvarez, que el niño de Elena, a pesar de ser el hijo de un naco, lleva la sangre de ustedes y que las probabilidades de que el riñón del niño sea compatible con el de Fernandito, son muy altas.

MARTA (*con sarcasmo, aplaude*): ¡Brillante! No me quedan palabras para calificar tus extraordinarias deducciones.

MATILDE: Hija, nosotras venimos con las mejores intenciones. No quisiera irme sin saber lo que sucede con mi nieto... ¿Cómo dices que se llama?

ANA: Ramón.

MATILDE: Claro, como mi padre, y ofrecerles alguna cantidad... todo lo que sea necesario para que si se llega a recuperar, pueda vivir sin ninguna apuración económica, y si no, pues no te he de negar que yo estaría dispuesta a pedirle, a suplicarle, a Raúl que me dé tan siquiera uno de sus riñones para Fernandito. Ana, por lo que más quieras ayúdanos.

ANA: ¿Yo, cómo?

MARTA: Diciéndonos en dónde y en qué circunstancias se encuentra el niño.

ANA (*a Matilde*): Ya te lo expliqué, no puedo

hacerlo.

MARTA: ¿Por qué?

ANA: Se lo prometí a Raúl.

MARTA: ¿Y de cuándo acá prometes quedarte callada? ¡Como si fueras capaz de ello! ¿No será que te lo quieres abrochar, ahora que se encuentra libre?

MATILDE (*furiosa*): ¡Es el colmo!

ANA (*a Matilde*): Con permiso Matilde, me retiro.

Ana sale con paso apresurado.

MARTA (*sarcástica*): ¡Pero si se ofendió la señora!

MATILDE: ¡Ya lárgate de una buena vez! Eres un monstruo. No te soporto. ¡No te quiero ver más!

MARTA: ¡Pero sí tú también te molestaste! No sabes cuánto lo siento.

MATILDE: ¡Imbécil! ¿No te das cuenta de que Ana estaba a punto de decirnos lo que sabe?

MARTA: ¿Y tú no te das cuenta de que es una mentirosa, y que al igual que Elena tiene una fascinación por esta gente?

MATILDE: ¡Por Dios Marta!

MARTA: No pensabas así hace rato, ni hace un mes; bueno no pensabas así cuando Elena conoció al carpintero. ¿Quién te entiende?

MATILDE: ¡No tiene caso seguir hablando contigo! ¡No sé porque te pedí que me acompañaras!

MARTA: ¡Lo sabía, lo sabía! Siempre terminas por decir lo mismo.

MATILDE: ¡Cállate!

MARTA: Tú a mí no me callas.

MATILDE: ¡Soy tu madre!

MARTA: Ojalá no lo fueras. ¡Te aborrezco! ¡Te vomito! Estoy harta de ti.

MATILDE: Entonces por qué no te vas.

MARTA: Si estuvieras en mi lugar, estoy segura que te parecería un deleite ver cómo te arrastras ante el pendejo de Raúl por un riñón.

MATILDE: ¡Esto no te lo voy a perdonar! ¡Eres una maldita infeliz enferma!

Matilde alcanza a su hija del cabello con la intención de propinarle una cachetada. Marta esquiva el golpe y en cambio consigue tirar a su madre al suelo. En su intento por atizar una a la otra el mejor golpe, tiran algunos de los objetos que se encuentran sobre el escenario, como serían los floreros, las flores y las lámparas. La lucha verbal tampoco cesa.

MATILDE: ¡Suéltame desgraciada!

MARTA: ¡Nunca!

MATILDE: ¡Estás loca!

MARTA: ¡Sólo una loca podría seguir viviendo contigo, después de todo lo que me has hecho!

MATILDE: ¡Infeliz! ¡Pero tú no vuelves a poner un pie en mi casa!

MARTA: ¡En tu casa! ¡Si esa casa es mía! ¡Me la dejó mi papá!

MATILDE: ¡No mientras yo viva!

MARTA: ¡Ya veré yo el modo de quitártela!

MATILDE: ¡Sobre mi cadáver!

MARTA: ¡Maldita, te odio! ¡No sé cómo no te has muerto tú también!

Ana y Raúl entran a la mitad de la lucha, primero permanecen expectantes, después lo que ven les causa cierta gracia, al fin se acercan para separarlas.

MARTA (a Raúl, quien intenta alejarla de Matilde): ¡Suéltame imbécil!

MATILDE (sofocada): ¡Bendito sea Dios!

ANA (ayudando a Matilde a levantarse): ¿Estás bien?

MATILDE: Sí, gracias.

Ana y Raúl recogen todo lo que se ha caído durante la pelea. Matilde y Marta, cual niñas regañadas, se sientan en el sillón y recomponen su aspecto. Marta saca de nuevo su frasco con pastillas ingiere una y ofrece otra a su madre quien la engulle también.

MATILDE (después de un rato, se levanta acercándose con discreción a donde se encuentra Raúl): Estoy tan avergonzada. No sé qué fue lo que nos ocurrió...

Matilde trastabilla, mostrando síntomas de mareo, alcanza el brazo de Raúl para detenerse. Éste la ayuda llevándola al sillón.

MATILDE: Gracias, muchas gracias.

RAÚL (después de un momento): Doña Matilde le pido de la manera más atenta, que en cuanto se hayan recuperado, se retiren.

MARTA (que lo ha escuchado, se levanta): Así que ahora tú nos corres. ¿Cómo te atreves infeliz?

MATILDE (tomándola del brazo, la obliga a sen-

tarse, gesticulando para que la obedezca): ¡Marta Matilde Morales, te callas de una buena vez!

MARTA (entre dientes): ¡Estúpidos!

MATILDE (a Raúl): Discúlpanos. Sé que nuestro comportamiento en cada una de las ocasiones que nos hemos visto, no ha sido el más adecuado.

RAÚL: Así es.

MATILDE (al borde del llanto): Permítenos esperar que llegue el cuerpo de Elena, era mi hija, quiero despedirme de ella.

RAÚL: Pero si ya lo hizo en el funeral de su hijo, honestamente no sé a qué vinieron. En vida nos humilló, nos insultó, nos maldijo...

MATILDE: Raúl mi arrepentimiento es sincero, deja que la espere, permíteme conocer a tu niño.

RAÚL: ¿Para qué lo quiere conocer?

MATILDE: Es mi nieto, sangre de mi sangre...

RAÚL: A ver, cálmese doña Matilde. Si usted de verás hubiera estado interesada en conocer a Monchito, lo podría haber hecho antes de que todo esto ocurriera.

MATILDE (suplicante): Entiéndeme Raúl, me encontraba avergonzada, confundida; no quería que ustedes me rechazaran.

RAÚL: ¿Y ahora?

MATILDE: Es muy distinto, soy viuda, dos de mis tres hijos están muertos. No podría haber recibido mejor castigo.

RAÚL (fastidiado): ¿Y eso qué? De verdad no la entiendo.

MATILDE: Ahora estoy dispuesta a todo. A recibir lo poco que quede.

RAÚL: Yo no tengo nada que pueda interesarle.

MATILDE: Te equivocas, hijo.

RAÚL: Las cosas no son como usted las está planteando. Elena no quería volverlas a ver, no quería saber nada de su familia, de las Morales, así les decía (*pausa*). Es mejor que se vayan.

MARTA: Sí, mamá... ¡Vámonos!

MATILDE (*intenta llorar*): Raúl te lo suplico, pídemelo lo que quieras, lo que sea, dinero, una casa, un coche... déjame conocer a tu hijo...

MARTA (*jalando a su madre hacia la salida*): ¡Esto es demasiado! ¡Vámonos te digo!

MATILDE (*A MARTA*): ¡Suéltame!

MARTA: ¡No, estás loca!

MATILDE: ¡Qué me sueltes, te digo!

Matilde se zafa, camina hacia Raúl.

MATILDE: Por favor permíteme conocer al niño, a mi nieto, abrazarlo, besarlo antes de que él muera también.

RAÚL: ¿Pero quién les dijo que Monchito va a morir?

MARTA: Ana.

RAÚL: Eso no es posible.

MARTA (*furiosa, a Ana, jalándola del brazo*): ¡Díselo Ana! ¿O no fuiste tú quien nos dijiste que el niño está muy grave en el hospital?

ANA: Lo único que les dije es que Raúl se encontraba en el hospital, pero eso no significa que el niño se encontrara allí también.

MARTA: Entonces, ¿dónde está?

RAÚL: Aquí afuera junto con todos mis allegados.

MARTA: ¿Y por qué no entran?

RAÚL: Están esperando a que ustedes se vayan.

MATILDE: Todo esto debe tener una explicación. ¿Quién está en el hospital?

RAÚL: No tienen por qué saberlo.

MARTA: El hijo de Elena, al que atropellaron junto con ella.

RAÚL: No, mi hijo se encuentra aquí afuera, ya se los dije.

MARTA: ¡No les creas mamá, están mintiendo!

ANA: El león cree que todos son de su condición.

MARTA: ¿Qué?

ANA: Aquí la única que miente eres tú. ¿No decías cuando llegué que tú no sabías nada? Ahora resulta que estás enterada de todo lo ocurrido.

MARTA (*nerviosa*): La mamá de Raúl se lo dijo a mi madre... (*a Ana*). Y tú me dijiste que el niño siempre estaba con ella.

MATILDE: Así es Ana. ¿Cómo íbamos a dudar de la palabra de la señora o de la tuya?

RAÚL: ¿Qué fue exactamente lo que le dijo mi mamá, doña Matilde?

MATILDE: Que Elena había muerto atropellada y que el niño estaba con ella, que él no había muerto, pero que se encontraba muy grave, en el hospital.

RAÚL: ¿Eso fue todo?

MATILDE: Sí.

RAÚL: ¡Mmm!

MARTA (*desesperada*). ¡Mmm, qué? ¿Y ahora qué nos vas a inventar? Tu mamá nos lo dijo.

RAÚL: El niño que está en el hospital es mi so-

brino, el hijo de mi hermano (*pausa*). Ahora por favor retírense o me voy a ver en la penosa necesidad de hacerlas salir por la fuerza.

MARTA: ¡No te atreverás!

MATILDE: Pero... ese niño estará en condiciones de donar un riñón también.

ANA (*perpleja*): ¡Qué!

MATILDE: Va a morir, ¿no?

RAÚL: No, doña Matilde, no va a morir.

Marta estalla en una sonora carcajada, Matilde la mira, camina unos cuantos pasos hacia la salida. Regresa y se dirige a donde se encuentra Raúl.

MATILDE: Sólo una cosa más, te recuerdo que mi madre me dio un anillo que había sido de su abuela y que ha permanecido en nuestra familia, generación tras generación...

RAÚL (*interrumpiéndola*): Sí, doña Matilde, ya lo sé, el anillo ya no es de Elena porque está muerta y no tuvo hijas: pertenece a las Morales (*sacando una cajita del bolsillo*). Aquí lo tiene, que le aproveche (*entrega la cajita a Matilde*). Ahora si me permiten... (*le muestra el camino hacia la salida*).

Matilde toma la cajita, fijando durante unos segundos su mirada en la de Raúl. Marta arrebata la caja a su madre para revisar de inmediato el contenido. Matilde da la media vuelta, dando la espalda a su yerno.

MATILDE (*besando a Ana*): Hasta luego hija.

MARTA: ¿Mamá, me lo vas a regalar?

Matilde no responde, camina hacia la salida seguida por su hija.

MARTA: ¡Ándale mami! Y te prometo que este año me embarazo, ¿sí?

*Salen. Ana y Raúl permanecen impasibles. Los do-
lientes cargados con flores y coronas comienzan a
entrar. Ruido. Oscuro.*

Atizapán, México,
febrero de 2007.

MÉNAGE À TROIS

/ **OVIDIO RÍOS**

PERSONAJES

**PEDRO
CLEMENCIA
AMALIA**

Escenografía: En el cuarto de un hotel de paso.

PRIMERA ESCENA

En la mesa hay un arreglo floral, una botella de vino tinto y dos velas. Pedro abre la puerta. Clemencia entra con los ojos vendados. Los dos están vestidos de gala.

PEDRO: No hagas trampa.

Pedro pone música: un tango. Le quita la venda.

CLEMENCIA (*sorprendida*): Dijimos...

Pedro la interrumpe y le suplica silencio poniendo su dedo índice en la boca y hace una reverencia para invitarla a bailar. Clemencia acepta.

PEDRO: ¿Cuándo aprendiste a bailar tango?

CLEMENCIA: Nunca... ¿y tú?

PEDRO: No... yo tampoco.

Intentan bailar pero después de dos o tres pisotones se rinden. Los dos ríen. Pedro apaga la música.

CLEMENCIA: No la apagues. Me gusta oírla.

Pedro la enciende. Sirve dos copas de vino.

PEDRO: No pensé que aceptaras bailar.

CLEMENCIA: Pensé que me llevarías...

PEDRO: ¿A dónde?

CLEMENCIA: Así se dice...

PEDRO: Estoy bromeando...

Pedro le da su copa. Suena el celular de Pedro.

PEDRO (*al teléfono*): ¿Sí?

CLEMENCIA: ¿No pudiste ni apagar tu celular?

PEDRO (*al teléfono*): Señorita Amalia. ¿Todos los sábados le tengo que recordar que no es necesario que me marque para ver si se me ofrece algo?

CLEMENCIA: ¡Esto es el colmo!

PEDRO (*al teléfono*): Ya le dije que no juegue con la ouija. Puede invocar espíritus desagradables. Se lo agradecería. Por favor. No me vuelva a llamar en sábado.

Pedro termina la llamada.

CLEMENCIA: ¡Eres de lo peor!

PEDRO: Ya lo voy...

CLEMENCIA (*interrumpe*): ¿Quién era?

PEDRO: Mi secretaria. Olvida la llamada.

CLEMENCIA: La primera vez que me trajiste aquí, dijimos...

PEDRO (*la interrumpe y le da una flor*): Nada... no dijimos nada...

CLEMENCIA: Sabes que no me gustan las flores. Son para los muertos.

PEDRO: Por favor... no eches a perder la fiesta...

CLEMENCIA: Disculpame. Tienes razón. Pero no sé por qué me trajiste aquí.

PEDRO: ¿En serio no lo sabes?

CLEMENCIA: Si es para lo del ménage à trois sabes que no me agrada la idea.

PEDRO (*se sirve otra copa*): No insistiré más. Mejor dime si te gustó la obra.

CLEMENCIA: ¡Por favor! ¿A quién se le puede ocurrir presentar una obra con ese título?

PEDRO: Me sorprendió que no te salieras a media función.

CLEMENCIA: Tenía miedo cuando me dijiste: Te voy a llevar a un ménage à trois.

PEDRO: Si fueran otros tiempos hubiéramos sido el espectáculo.

CLEMENCIA: ¡Nunca lo hicimos en público!

PEDRO: ¿Y la vez que nos metimos al baño de mujeres?

CLEMENCIA: No había nadie.

PEDRO: ¿Y no eran baños públicos?

CLEMENCIA: Ésa no cuenta...

PEDRO: ¿Quieres una que cuente?

CLEMENCIA: No empieces...

PEDRO: ¿Qué tiene?

Suena el celular de Clemencia. Contesta.

CLEMENCIA (*al teléfono*): ¿Bueno? ¿Sí? ¿Bueno? Aquí Clemencia y allá quién. No te escucho. No sé quién seas pero por favor espera mi llamada. Ya tengo aquí tu número, ahorita estoy ocupada (*cuelga*).

PEDRO: ¿Y bien?

CLEMENCIA: Perdón. ¿En qué nos quedamos?

PEDRO: ¿Quién era?

CLEMENCIA: Mi secretario.

PEDRO: ¿Cómo? Si ni siquiera supiste quién te llamaba.

CLEMENCIA: Si ya sabes, ¿para qué preguntas?

PEDRO: ¿Por que me reclamas de mi llamada si tú también contestas?

CLEMENCIA (*irónica*): Lo tenía apagado. Lo prendí justo cuando tú contestaste tu llamada...

PEDRO: Si como no...

CLEMENCIA: ¿De qué hablábamos...? Ah sí.

PEDRO (*interrumpe*): ¿No será que estamos aburriéndonos?

CLEMENCIA: No empieces con eso de nuevo...

PEDRO: No quieres hablar del ménage à trois ni de nada. ¿De qué quieres hablar?

CLEMENCIA: De madurar... sigues bebiendo como un adolescente... yo sólo creo que debemos pasar a otra etapa. Hacer cosas distintas. Ya no me gusta nomás el sexo con amor...

PEDRO: ¿Y ahora qué quieres?

CLEMENCIA (*le muestra su copa*): ¿Me sirves más?

Pedro le sirve, chocan las copas y beben.

PEDRO: ¿Por qué el suspenso?

Clemencia se acerca indecisa a Pedro.

CLEMENCIA: Quiero un hijo.

PEDRO (*se atraganta*): ¿Un hijo? ¡Esto es peor que pedir un ménage à trois!

CLEMENCIA: ¿No te gustaría?

PEDRO: Ya lo hemos hablado... ¡Tengo cuarenta años Clemencia! Ya estoy viejo... Debemos dinero en las tarjetas... ¡Estamos en crisis! ¡Por favor!

CLEMENCIA: ¡Siempre hay crisis! ¡Puros pretextos! ¿No sabes que los hijos traen torta bajo el brazo?

PEDRO: ¡Aunque trajeran baguettes!

CLEMENCIA: ¿Tú eliges? ¿Quieres mantener un hijo tuyo o uno ajeno?

PEDRO: ¿Perdón?

CLEMENCIA: Digo que si no me embarazas, podemos adoptar uno.

PEDRO: ¿No hay alternativa?

CLEMENCIA: Nunca te pido nada.

PEDRO: ¡Pero cuando pides!

CLEMENCIA: ¿A poco no te agrada la idea?

PEDRO: ¿Qué pasaría si yo me muero? ¿De qué vas a vivir?

CLEMENCIA: ¿Qué te hace pensar que te vas a morir?

PEDRO: ¡Todos nos vamos a morir!

CLEMENCIA: ¿Y eso qué? ¿Por eso no hay que tener hijos?

PEDRO: Hay que tenerlos cuando se quiere y yo no quiero...

CLEMENCIA: ¿Y a mí que me lleve la chingada?

PEDRO: Así es la vida...

CLEMENCIA: ¿No lo entiendes? Si tenemos un hijo nos puede dar nuevos bríos...

PEDRO: ¿Bríos? ¡Ya no veas tanta televisión!

Clemencia se asoma a la ventana. Reflexiona y lo volteo a ver. Pedro bebe.

CLEMENCIA: Bueno. Acepto.

PEDRO: ¿En serio?

CLEMENCIA (*se sienta en la cama*): Pero que sea con un hombre...

PEDRO: ¿Cómo?

CLEMENCIA: Lo que oíste...

PEDRO: Se supone que es mi capricho, no el tuyo... ¿para qué quiero que alguien más te...?

CLEMENCIA: ¿Me qué?

PEDRO: Te...

CLEMENCIA: ¿No puedes ni decirlo verdad? No te

imaginas que alguien más pueda cogirme...

Pedro se levanta y mira a la ventana. Bebe sin medida.

PEDRO: ¿Cómo quieres que se llame el niño?

CLEMENCIA: ¿En serio?

PEDRO: En serio...

CLEMENCIA: ¿No estarás pensando en morirte?

PEDRO: No.

CLEMENCIA: No lo hagas sólo por la torta que traen bajo el brazo...

PEDRO (enojado): ¡Ya bájale Clemencia!

CLEMENCIA: ¡Pero no te enojés!

PEDRO: Yo sólo quería una noche de placer y tienes que venir con tus planes. ¿De qué sirven las terapias de pareja? Esta charla la pudimos tener en la casa.

CLEMENCIA: Necesitaba un lugar neutral.

PEDRO: Éste no es un lugar neutral.

CLEMENCIA: Tienes razón. Pero me sorprendió que me trajeras aquí.

PEDRO: ¿Qué tiene de sorpresa?

CLEMENCIA: Siempre en hoteles de paso.

PEDRO: Te traje aquí para que fuera más romántico. La primera vez nunca se olvida. Además, todos los hoteles son de paso, ¿no?

CLEMENCIA: Tú dijiste que aquí sería nuestra despedida.

PEDRO: Sí, lo dije. Pero se me olvidó. Lo recordé justo cuando entramos. No quería que lo malinterpretaras.

CLEMENCIA: ¿Qué querías que pensara? Si últimamente te he visto raro.

PEDRO: ¿Raro?

CLEMENCIA: Sabes a lo que me refiero...

PEDRO (enojado): Ya me tienes hasta la madre... lo único que vas a provocar es que agarre mis cosas y me vaya.

CLEMENCIA: ¿Me estás amenazando?

PEDRO: Tómalo como quieras...

CLEMENCIA: ¿Cómo quieres que lo tome? Si vamos a tener un hijo no quiero que sigas con tus mentiras y tus bipolaridades.

PEDRO: ¿Qué?

Clemencia se acerca a la ventana, mira y voltea.

CLEMENCIA (categórica): Deja a tu amante.

PEDRO (nervioso): ¿Cuál amante? (*voltea, como buscándola*) ¿De qué me hablas? (*resignado*) ¿Desde cuando lo sabes?

CLEMENCIA: ¿Importa?

PEDRO: ¿Quién te lo dijo?

CLEMENCIA: ¿Qué te hace pensar que alguien me lo dijo?

PEDRO: ¿Cómo te enteraste?

CLEMENCIA: ¿En serio quieres saber?

PEDRO (temeroso): Sí... no... sí...

CLEMENCIA: Lo siento. Perdiste tu oportunidad.

PEDRO: Pero...

CLEMENCIA: ¡Pobrecito! Deberías verte en el espejo. Para que veas de cerca la cara que traes. Si quisieras comprar un seguro de vida te saldría muy caro por la puritita cara.

PEDRO: Yo nunca quise...

CLEMENCIA: No pierdas tu tiempo. No te culpo de nada.

PEDRO: ¿No?

CLEMENCIA: No, te lo juro... no te culpo de nada.

Yo sé cómo somos las mujeres.

PEDRO (*conciliador*): Cariño. No me lo tomes a mal. Si quieres ahorita voy por mis cosas a la casa y me...

CLEMENCIA (*interrumpe*): ¡Cállate! ¿Pensaste que te iba a dejar libre? No papacito. Ya nomás eso faltaba. Hasta quieres tu premio. No quiero que te vayas. Quiero que la dejes.

PEDRO: Pero...

CLEMENCIA: No te estoy pidiendo tu opinión... ¿o sí?

PEDRO: No...

CLEMENCIA: ¿Qué pensaste al comprarle un seguro de vida y ponerte como beneficiario?

PEDRO: Yo...

CLEMENCIA: ¿Pensabas matarla para cobrar su seguro y darnos una vida digna a tu hijo y a mi?

PEDRO (*falso*): ¡Sí mi amor! ¡Te lo juro! Eso es exacto lo que tenía planeado.

CLEMENCIA: ¿Estás aceptando que planeabas matarla? ¿Tú crees que yo quiero tener un hijo de un asesino?

PEDRO: Tampoco lo querías de un vendedor de seguros.

CLEMENCIA: ¡Agente de seguros! Sabes que la palabra vendedor me molesta...

PEDRO: ¿Entonces? ¿Me perdonas?

CLEMENCIA: No tengo nada que perdonarte. Termina tú relación con ella.

PEDRO: Pero es que ella no va a soportar que la despida.

CLEMENCIA: ¡Pues que la cambien de oficina! No sé lo que tengas que hacer para terminar esa relación. Sólo hazlo.

PEDRO: Pero mi amor. Ella no tiene a dónde ir. Es huérfana de padre.

CLEMENCIA: Y de madre también.

PEDRO: Es una chica muy responsable...

CLEMENCIA: Comprometida querrás decir... (*Pedro asienta con la cabeza*) pero con su jefe.

PEDRO: ¿Dónde va a trabajar?

CLEMENCIA: Pues en un putero...

PEDRO: ¿Qué?

CLEMENCIA: Quise decir que en un chingo de lugares le darían trabajo... que eso no te apure. Tiene muchas habilidades.

PEDRO: ¿Qué quisiste decir?

CLEMENCIA: No quise decir. Dije.

PEDRO: No voy a permitir que la insultes...

CLEMENCIA: ¿Mucho amor? Si tú dices que es muy responsable. Has una carta de recomendación y listo. En cualquier lado la contratarían. Fin de la discusión.

PEDRO: Pero...

CLEMENCIA (*contudente*): Sin peros...

PEDRO: Pero...

CLEMENCIA: Dije sin peros...

PEDRO: No es justo para ella. Ponte en su lugar. Tiene diez años trabajando conmigo.

CLEMENCIA: Ya cállate que me estás colmando el plato.

PEDRO: Hago lo que quieras menos eso.

CLEMENCIA: Quiero un hijo y quiero que la dejes y además quiero cobrar tu seguro.

PEDRO: ¿Perdón?

CLEMENCIA: No pidas disculpas. Ésas las piden por lo regular los malos asesinos. Aunque no será mi caso (*mete la mano a su bolso*).

PEDRO (*temeroso*): ¡No te comprometas Cle-

mencia!

CLEMENCIA: ¡Eso mismo me decía mi madre! (busca en su bolso).

PEDRO: ¡Clemencia!

CLEMENCIA: ¿Me estás llamando por mi nombre o me estás suplicando? (sonríe).

PEDRO: ¡Clemencia! ¡Por favor!

CLEMENCIA: Eres mal actor. No se te distingue el tono.

Clemencia observa su bolsa, saca unos cigarros y un encendedor. Fuma.

Pedro se repone del susto.

PEDRO: ¿Entonces? ¿Me puedo quedar con Amalia?

CLEMENCIA: No señor. Te vas a comprar tu seguro y me pondrás como beneficiaria. ¿Entiendes? Por si no: fingiremos tu muerte.

PEDRO: ¿Perdón?

CLEMENCIA: ¡Que no te disculpes!

PEDRO: ¿Y qué vamos a hacer después?

CLEMENCIA: No sé. Nos iremos lejos o nos quedaremos aquí y te haré un sótano. Ahí te esconderé en lo que vienen a visitarnos a mi hijo y a mí. ¿Alguna duda?

PEDRO: ¿Cómo me voy a morir?

CLEMENCIA: ¿Necesitas ideas?

PEDRO: No. En realidad no. Pero no tengo ni para comprar el seguro.

CLEMENCIA: No te preocupes papacito. Yo te presto.

SEGUNDA ESCENA

En el mismo cuarto de hotel con los mismos elementos de la escena pasada. Amalia abre la puerta de la habitación y guía a Pedro hacia el interior ya que éste tiene los ojos vendados. Pone un tango.

AMALIA: ¡Ya puedes quitarte la venda!

PEDRO (se quita la venda): ¿Ésta era la sorpresa?

Amalia le hace una reverencia y lo obliga a bailar. Ella lo guía.

AMALIA: ¿Ya no te acuerdas?

PEDRO: Cómo olvidarlo.

AMALIA: Siempre me gustará esta habitación.

PEDRO: ¿Incluso ahora?

AMALIA: ¿Qué tiene?

PEDRO: Nada. Es sólo que...

AMALIA: ¿Es sólo que ahora tenemos dinero?

PEDRO: Pensé que no regresaríamos aquí.

AMALIA: Ni modo. Soy nostálgica.

Amalia destapa una botella de vino y una de agua mineral. Le sirve vino y a ella agua.

PEDRO: ¿Vas a tomar agua?

AMALIA: Sabes que no tomo.

PEDRO: Eso era antes ¿no? Hoy es distinto.

AMALIA: Pero sigo siendo la misma. El dinero no me cambiará.

PEDRO: ¿Segura?

AMALIA: ¡Por qué lo dudas! ¿Tú vas a cambiar?

PEDRO: No creo. Yo ya me comportaba como millonario.

AMALIA: Para nada. Los ricos no quieren a sus empleados.

PEDRO: Tú no eras mi empleada. Eras mi compañera.

AMALIA: ¿Quién me dio el empleo?

PEDRO: Bueno. Quedamos que ya no hablaríamos del pasado. ¿Conseguiste lo que te pedí?

AMALIA: Sí mi querido jefecito.

PEDRO: ¿Todo?

AMALIA: Todo.

Amalia va al buró y saca un fólder con papeles que le entrega a Pedro.

PEDRO (*observando los papeles*): Veamos. Credencial del IFE. Pasaporte. Acta de nacimiento... ¿Y el acta de defunción?

AMALIA: ¿Cuál acta de defunción?

PEDRO: Mi acta. ¿Cuál más?

AMALIA: Pensé que no la necesitarías.

PEDRO: ¿Pensaste?

AMALIA: ¿Para qué la quieres?

PEDRO: Creo que no me entendiste. Recuérdalo. El que obedece no se equivoca.

AMALIA: ¿Sólo dime para qué la quieres? Ya cobraste mi seguro. ¿Piensas cobrar el tuyo también?

PEDRO: No.

AMALIA: ¿Cuál es el problema?

PEDRO: ¿Cómo quieres que confíe en ti? No es posible que todo lo estés cuestionando.

AMALIA: No lo cuestiono. Lo único que pensé es que ya tenemos suficiente dinero. Con esto nos alcanza para vivir hasta los ochenta años. Y la verdad es que no creo que vivamos tan-

to.

PEDRO: ¿Y si sí?

AMALIA: Ya le preguntaré a la ouija qué hacer...

PEDRO (*imitándola*): Ya le preguntaré a la ouija qué hacer.

AMALIA: No te enojas amorcito.

PEDRO (*enojado*): ¿Cómo no me voy a enojar?

AMALIA: ¿Te vas a enojar por tu acta de defunción? Puedo ir a Santo Domingo a sacarla.

PEDRO: Sé que puedes. Pero ya es muy riesgoso.

AMALIA: Pues yo no creo que sea tan riesgoso. Los papeles son caros. Además son legales. Yo hasta saqué mi título de abogada. Digo, por si tenemos algún problema.

PEDRO: Tú siempre pensando en todo.

AMALIA: Gracias.

PEDRO: Piensas en todo excepto en mi acta de defunción.

AMALIA: ¿La quieres? Le puedo preguntar a la ouija si podemos arriesgarnos.

PEDRO: Sí, la quiero, pero no voy a dejar que juegues de nuevo con la pinche tabla ésa.

AMALIA: ¿Por qué? ¿A qué le temes? ¿No se supone que ya estoy muerta? Dime para qué la quieres y te la consigo.

PEDRO: No te incumbe. La quiero y punto.

AMALIA: Si no me lo dices tú se lo voy a preguntar a la ouija.

PEDRO: Es para Clemencia. Para que ella cobre mi seguro.

AMALIA: ¡Mira qué buena gente me salió don Pedro!

PEDRO: No te burles.

AMALIA: No te la pasabas quejándote que siem-

pre te trataba mal.

PEDRO: Si pero...

AMALIA: No sé cómo puedes ser tan buena gente con ella...

PEDRO: ¿Buena gente? ¿Te parece “buena gente” que me fugue con mi amante?

AMALIA: Pues a mí me parece romántico...

PEDRO: ¿Romántico? (*imitándola*) A mí me parece romántico... esto es una desfachatez aquí y en China.

AMALIA: Bueno hay lugares en que puedes tener más de una mujer.

PEDRO: ¿Crees que sería romántico que me fuera con otra?

AMALIA: Pues, para la otra sí.

PEDRO: ¡Pero tú no eres la otra!

AMALIA: ¡Ah no! ¿Y entonces quién soy?

PEDRO: ¡Tú eres mi esposa!

AMALIA: Ay, qué carácter.

PEDRO: Perdón. Me confunde todo esto. Pensar que ya no seremos quienes somos. No sé. Iremos lejos. A hacer no sé qué. Me tiene un poco alterado. Pero necesito mi acta de defunción.

AMALIA: Cálmate.

PEDRO: Lo siento. Pero entiende que yo abandono a mi mujer.

AMALIA: Tu mujer soy yo.

PEDRO: Sabes a lo que me refiero.

AMALIA: No. No lo sé. Necesito que cuides más tu lenguaje de ahora en adelante.

PEDRO: Tú no tienes a nadie. No abandonas a nadie. Necesito dejarle por lo menos dinero.

AMALIA: Yo creo que tendríamos que fingir bien tu muerte. Si le dejas el acta de defunción ella sabrá que estás vivo. Y podrá chantajearnos

en cualquier momento. Mejor conseguimos un cadáver, todo quemado o irreconocible o sin cabeza, para que sea tu cuerpo. Al fin que abundan los muertitos últimamente.

PEDRO: ¿Estás celosa?

AMALIA: Yo no soy celosa. Yo soy nostálgica. No se te olvide.

PEDRO: Va a ser un lío. Nos van a meter a la cárcel a todos. Era tan fácil que me trajeras el acta de defunción...

Suena el celular de Pedro.

AMALIA: ¡No contestes! Pueden encontrarnos vía satélite.

Pedro la ignora y se aparta para contestar. Amalia intenta escuchar.

PEDRO: Ajá. Sí. No, gracias. No te preocupes. Estoy bien. Ok (*cuelga*).

AMALIA: ¿Quién era? (*sarcástica*) ¿Tu secretaria? (*enojada*) ¡Contesta!

PEDRO: ¡Era Clemencia! ¿Ya? ¿Estás contenta? ¿Quién más iba a ser?

AMALIA: ¿Qué quería?

PEDRO (*exaltado*): ¡Qué te importa! (*arrepentido*) Perdón. Sólo quería saber si estoy bien.

AMALIA (*enojada*): ¡Ya estoy harta de que me trates como si fuera tu esposa! Puedo soportar a un bipolar, pero a un bimoral, jamás.

PEDRO (*exaltado*): ¡Con mi familia ni te metas!

AMALIA: ¡Ah! ¡Ahora resulta que hasta es de tu familia! Antes lo negabas.

PEDRO: Eso era antes... ¡Ya vámonos! Este lugar

no me agrada.

AMALIA: ¡No decías eso la primera vez!

PEDRO: ¡Debí hacerlo!

AMALIA: ¿Por qué no me cumples mi último deseo como debe ser?

PEDRO: ¡Me pediste que viniera! ¡Ya estoy aquí! ¡Ya cumplí! ¡Dame el acta y vámonos!

AMALIA (*llorando*): ¡Recuerda cuando me cargaste en esta puerta y me hiciste el amor!

PEDRO (*se acerca a la puerta*): ¡Mira hasta tiene un cabello pegado!

AMALIA (*se acerca a la mesa*): ¡O cuando me sentaste en la mesa para comerme!

PEDRO (*se acerca a la mesa*): Sí, aún hay moronas.

AMALIA: ¿Moronas?

PEDRO: Ya vámonos Amalia que tenemos cosas que hacer.

AMALIA: ¡No Pedro! ¡Por favor!

PEDRO: ¿Qué quieres? ¿Para qué me trajiste?

AMALIA: Mi terapeuta dijo que esto resultaría.

PEDRO: ¿Tu terapeuta?

AMALIA: Fui a terapia porque siento que ya no me quieres...

PEDRO: ¡Por favor Amalia! ¡No me salgas con ridiculeces!

AMALIA: La única beneficiaria en tu seguro es la tetona de tu esposa...

PEDRO: ¿Cómo que mi esposa está tetona? ¿Cómo sabes?

AMALIA: ¡Tú me lo contaste!

PEDRO: ¡No mientas!

AMALIA: La verdad es que... lo que se ve no se juzga.

PEDRO: ¿Cómo?

AMALIA: Es que... coincidimos en el spinning.

PEDRO: ¡No puedo creer que tengas el cinismo de hablarle a mi esposa!

AMALIA: Ahora resulta que la cínica soy yo.

PEDRO: No tienes por qué hablarle.

AMALIA: ¿Ahora me prohíbes hablar con quien me plazca?

PEDRO: No entiendo para qué le hablas.

AMALIA: ¡Nunca entiendes nada! Fue pura casualidad.

PEDRO: Sí cómo no...

AMALIA: Coincidimos en el spinning y ella me saludó. No sabía ni dónde meterme.

PEDRO: ¡Ja!

AMALIA: Te lo juro, es lindísima...

PEDRO: ¡Ahora resulta que hasta se te hace lindísima! ¿Por qué no te casas con ella?

AMALIA: ¿La estás celando?

PEDRO: ¡Por favor!

AMALIA: Se portó muy amable conmigo. Me dijo que yo traía una cara fatal para ser tan joven.

PEDRO: No te apures siempre dice lo mismo.

AMALIA: Que mi cara se le hacía familiar.

PEDRO: ¿Te reconoció?

AMALIA: ¿Cómo me va a reconocer?

PEDRO: ¡Cómo no! Si una vez me encontró una foto tuya.

AMALIA: Le dije que su rostro también me era familiar.

PEDRO: No juegues con fuego.

AMALIA: ¡Y vaya fuego!

PEDRO: ¿Bromeas?

AMALIA: En verdad, me dijo que yo estaba muy chavita como para traer esa cara, que la viera

a ella, ya casi en los cuarenta y feliz. Dijo que no le daba pena su edad. Casi deletreó treinta y nueve tan lento cómo pudo. Te juro que me sentí vieja a su lado.

PEDRO: ¿Por qué no te fuiste?

AMALIA: Porque me dijo: ¿sabes cuál es mi secreto?

PEDRO: ¿Y cuál es su secreto?

AMALIA: Adivina.

PEDRO: No estoy para adivinanzas.

AMALIA: ¿Crees que tiene otro?

PEDRO: ¿Sale con otro?

AMALIA: No que yo sepa... pero...

PEDRO: ¡Pero qué!

AMALIA: Me dijo que te ha estado llevando al psicólogo.

PEDRO: ¡Ah!

AMALIA: ¿Se te hace poco? Dijo que la terapia en pareja es muy buena.

PEDRO: No me vengas con eso. ¡Por favor Amalia!

AMALIA: Ella dijo que has cambiado mucho.

PEDRO: Lo hago sólo para darle el avión.

AMALIA: Mira... hilando fechas... desde que vas al psicólogo...

PEDRO: Loquero.

AMALIA: ¡Búrlate! Pero te decía que desde que vas al psicólogo nuestra relación ha cambiado...

PEDRO: No Amalia, estás muy equivocada.

AMALIA: Él les dijo que se trataran como amantes y ahora tú me tratas como si yo fuera tu esposa. Empiezo a creer que los hombres siempre necesitan alguien a quién pisotear. Y pues yo no voy a ser de esas.

PEDRO: Un buen psicólogo no te daría la razón.

AMALIA: ¡Ah no! Pues le dije a mi psicólogo que qué opinaba de que tu sueño dorado fuera un ménage à trois y...

PEDRO: ¡No me vengas con niñerías!

AMALIA: ¿Seguro que es una niñería?

PEDRO: Bueno... ¿y qué te dijo el loquero?

AMALIA: ¡Psicólogo! No se te olvide.

PEDRO: Seguro te dijo que me internaras en una clínica para depravados.

AMALIA: No.

PEDRO: Que eso sólo se ve en las películas.

AMALIA: No.

PEDRO: Bueno, carajo, ya dime.

AMALIA: Él dice que cada pareja puede tener sus propios acuerdos. Que lo decidiéramos entre los dos.

PEDRO: Ah. Ya veo.

AMALIA: Y lo he pensado mucho.

PEDRO: ¿Y?

AMALIA: ¿No adivinas?

PEDRO: ¡No!

AMALIA (*sonríe*): Ya que vas a morir para pasar conmigo la eternidad. He pensado darte la despedida que te mereces.

PEDRO: ¿Qué dices?

AMALIA: Te voy a dar mi último regalo, un jugueto... un ménage à trois...

PEDRO: Pero... Amalia... ni siquiera sabes cómo se escribe.

AMALIA: Eso es lo de menos... y sí sé cómo se escribe.

PEDRO: No te creo...

AMALIA: Pues ve creyéndolo (*deletrea*) m-e-n-a-s-h-a-t-r-u-a. ¡Menash a trua! Con acento en

la última “a”. Acento al revés.

Tocan la puerta. Amalia ve su reloj.

AMALIA: ¡Puntual como francesa!

PEDRO: ¿No será como inglesa?

Amalia se acerca a Pedro y le da un beso. Vuelven a tocar la puerta.

AMALIA: ¡Anda cariño! ¡Ve por tu sueño!

Pedro abre la puerta del cuarto. Clemencia está en la puerta con una pistola.

PEDRO (*hace reverencia, sin ver*): ¡Pase madame!

CLEMENCIA (*con pistola en mano*): ¡Maldito gordo!

Pedro la observa. Trata de abrazar a Clemencia.

PEDRO: Mi amor... deja te explico... no es lo que tú crees...

Clemencia le dispara a quemarropa.

AMALIA: ¡No!

Clemencia se queda paralizada.

PEDRO (*agonizante*): Amalia... traidora...

AMALIA: ¡No! Pedro no digas eso.

Pedro muere.

AMALIA (*a Clemencia*): ¿Por qué?

CLEMENCIA (*a Amalia*): Ya tenemos lo de tu seguro, en una semana cobraremos el de él.

AMALIA: Pero ése no fue el trato.

CLEMENCIA: ¿Quieres poner una queja? Tendrá que ser con tu nueva identidad. Porque si se enteran que fingiste tu muerte para cobrar el seguro, te la vas a pasar muchos años enjaulada.

AMALIA: Te dije de nuestra cita para darle un ménage à trois. No para que lo mataras.

CLEMENCIA: Ajá. Y luego qué. ¿Se irían juntos a algún lugar muy lejano?

AMALIA: ¿Qué dices?

CLEMENCIA: Además, si tantas ganas tienes de sexo. Te cambio un ménage à trois por necrofilia.

AMALIA: ¿Me vas a matar a mí también?

CLEMENCIA: Querida. Tú ya estás muerta.

TERCERA ESCENA

Amalia observa por la ventana. Clemencia entra sin tocar.

CLEMENCIA: Te he dicho mil veces que no te asomes por la ventana.

AMALIA: Mil y una.

CLEMENCIA: Ése es tu problema. Llevas las cuentas de todo.

AMALIA: Sí, las llevo. Pero las llevo bien. Exactas.

CLEMENCIA: ¿Qué quisiste decir con eso?

AMALIA: Sólo eso. Anteayer que viniste a verme me dijiste: “Te he dicho mil veces...”, entonces la de hoy fue la mil uno.

CLEMENCIA: Qué bueno que seas buena para las cuentas. Porque mañana vamos a ir a cobrar el seguro.

AMALIA: ¿Vamos? ¿Pero si me reconocen? Además, deberíamos esperar un poco. En la oficina siempre sospechábamos de quien cobrara el seguro inmediatamente.

CLEMENCIA: No se trata de que piensen bien de nosotras, sino de cobrar y largarnos.

AMALIA: Pero pueden darse cuenta.

CLEMENCIA: Por eso vas a ir tú. Por si notas algo raro...

AMALIA: Pero yo me pongo nerviosa. Me van a cachar muy rápido. Soy muy torpe.

CLEMENCIA: Dime algo nuevo.

AMALIA: Si ya lo sabes, prefiero quedarme con la mitad de mi seguro y tú quédate con lo demás.

CLEMENCIA: Si así lo pones. Te ofrezco una cuarta parte de tu seguro y ahora mismo te olvidas de mí.

AMALIA: No seas tan ambiciosa...

CLEMENCIA: Dame una razón para no serlo...

AMALIA: No todo en la vida es el dinero...

CLEMENCIA: Por favor Amalia. No me vengas con esas tarugadas. ¿Quién dijo que es sólo por dinero?

AMALIA: Pues si no es por dinero lo disimulas muy bien. Además, para qué quieres tanto. Yo debería quedarme con lo de mi seguro y tú con el seguro de Pedro.

CLEMENCIA: Pues sí, totalmente de acuerdo, pero

acompañame a cobrarlo. Si no puedo cobrarlo me quedo como el perro de las dos tortas.

AMALIA: Yo no tengo por qué acompañarte. Hablando de tortas. ¿Me trajiste algo de comer?

CLEMENCIA: ¿No tienes por qué acompañarme? ¡Pedro fue a cobrar tu seguro! Y no. No te traje nada de comer.

AMALIA: Sí, fue a cobrarlo. Porque yo me pongo nerviosa. ¿Qué piensas? ¿Qué como aire?

CLEMENCIA: ¿Y no te ponías nerviosa para andar con un casado?

AMALIA: Era distinto. Él jamás me hubiera hecho daño.

CLEMENCIA: En eso tal vez tengas razón. Él no mataba ni una mosca.

AMALIA: Fui yo la que le pedí que saliéramos.

CLEMENCIA: No me interesa escucharte.

AMALIA: No será fácil cobrar el seguro.

CLEMENCIA: ¿Jamás pensaste que él había comprado el seguro sólo para matarte?

AMALIA: ¿Ahora sí te interesa escucharme? No. Jamás pensé que me quisiera matar. Ese día necesitaba una venta más para completar su bono. Yo le pagué mi seguro.

CLEMENCIA: ¡Qué buena amiga! ¡Siempre tan desinteresada!

Amalia se acuesta en la cama.

AMALIA: ¿Quién fue al entierro?

CLEMENCIA: ¿Para qué preguntas? Vi que andabas rondando.

AMALIA: Fui, pero estaba muy lejos. No alcanzaba a distinguir los rostros.

CLEMENCIA: Fueron todos los de la oficina. Hasta

la señora que hacía la limpieza.

AMALIA: Es que Pedro le daba un aventón a su casa.

CLEMENCIA: ¿Y se lo daba en el carro?

AMALIA: No seas mal pensada.

CLEMENCIA: Si dejamos pasar más días para cobrar el seguro le van a salir queridas por todos lados.

AMALIA: ¡Tú eres la única beneficiaría! No tienes de qué preocuparte...

CLEMENCIA: Sospecho que algo va a salir mal.

AMALIA: ¿Qué podría salir mal? Todo lo tienes fríamente calculado.

CLEMENCIA: No sé. En el entierro alcancé a escuchar que varios compañeros de ustedes saben lo que hicieron. Se me quedaban viendo como una pobre viuda que no debería llorar por su esposo. La cuestión es que hay varios que están planeando morirse para cobrar su seguro.

AMALIA: La verdad es que fue una excelente idea de Pedro.

CLEMENCIA: La idea fue mía.

AMALIA: Fíjate. De quien haya sido, fue muy buena. Ya no pagas tus tarjetas de crédito y te dan una lana.

CLEMENCIA: Sé que hice mal en matar a Pedro, pero ya estaba harta.

AMALIA: ¿Harta? ¿De qué?

CLEMENCIA: De que me pusiera el cuerno. Te juro que yo le di todo. Él no podía tener una queja mía en la cama.

AMALIA: Él no tenía quejas.

CLEMENCIA: No quiero oírte.

AMALIA: Pues no hables. Me siento obligada a

contestarte. O tápate los oídos.

CLEMENCIA: No puedo imaginarlos juntos.

AMALIA: No tienes que hacerlo.

CLEMENCIA: ¿En verdad creías que yo sería capaz de tener un ménage à trois?

AMALIA: ¿Por qué no? Tú dijiste que querías darle ese gustito.

CLEMENCIA: Porque no me gustan las mujeres. Sólo por eso.

AMALIA: ¿Y por eso lo mataste?

CLEMENCIA: Ya te lo dije. Estaba harta. Jamás imaginé que él te propusiera mi idea. Mira que hacerte pasar por muerta.

AMALIA: Él quería dejarte su seguro. Y que tú nunca te enteraras. Además, si no te gustan las mujeres: ¿qué fue lo de la otra vez?

CLEMENCIA: El día de tu muerte se puso a jugar X-Box. No supo, es más, ni siquiera intento ocultarlo. Le pregunté cómo se sentía y dijo que aún no lo podía creer. Era un sinvergüenza.

AMALIA: No lo tomes personal. Él sabía que yo estaba viva. Pero contéstame. ¿Qué fue lo de la otra vez?

CLEMENCIA: Estaba borracha.

AMALIA: Pues yo nunca he estado borracha, pero no creo que eso sea motivo para besar a quien no te gusta.

CLEMENCIA: Quería saber qué sentía Pedro al besarte.

AMALIA: ¿Y por qué me tocaste?

CLEMENCIA: Prefiero no hablar de eso. Él tenía planeado largarse contigo.

AMALIA: Él siempre te quiso. No sé si te sirva de algo.

CLEMENCIA: No me ha servido ni matarlo. Aún así lo odio.

AMALIA: No digas eso.

Clemencia se asoma a la ventana.

CLEMENCIA: Necesito que me acompañes. Por favor.

AMALIA: A mí sí me van a reconocer. No es que no quiera ir. Pero ahora hasta le toman foto a los que cobran el seguro.

CLEMENCIA: Sí, pero, me la van a tomar a mí, no a ti.

AMALIA: No sé. Creo que va a ser una estupidez.

CLEMENCIA: No sé ni cómo cobrarlo. Ayúdame.

AMALIA: No insistas. Ya pensaremos la mejor forma de cobrarlo.

CLEMENCIA: Y tenemos que ir a recoger el dinero de tu seguro.

AMALIA: Eso sí. Cuando quieras. Tengo tiempo libre.

CLEMENCIA: Por mí, vamos ahorita mismo.

AMALIA: ¿Qué tan lejos está?

CLEMENCIA: ¿Cómo? ¿No te dijo dónde guardó el dinero?

AMALIA: Tú eres la que debe de saber.

CLEMENCIA: ¿Yo? ¿Por qué yo?

AMALIA: Yo sólo sé que lo escondió. Pero no me dijo dónde.

CLEMENCIA: No lo puedo creer. ¿Cómo es posible que no le hayas preguntado?

AMALIA: Yo que iba a pensar que llegarías con una pistola. Lo único que me imaginé es que estaría tan feliz, que nos diría que estuviéramos

mos juntos toda la muerte.

CLEMENCIA: Ustedes son los únicos muertos. Yo soy viuda.

AMALIA: Eso tiene solución.

CLEMENCIA: No voy a tolerar ni una vez más que insinúes que tú y yo podríamos estar juntas.

AMALIA: Como tú quieras.

CLEMENCIA: Piensa... piensa... ¿dónde pudo haber guardado el dinero? Es para lo único que ha sido bueno... para esconderme las cosas.

AMALIA: Sí. Me acuerdo que él siempre me decía que nunca le preguntabas nada. Tan fácil que era preguntarle.

CLEMENCIA: Tenía el mal hábito de poner las cosas en su lugar. Pero a mí me desconcertaba que las lleves no estuvieran en la mesa. Hasta que pensaba que tal vez podrían estar en el llavero. No creo que lo haya metido al banco.

AMALIA: ¿Y por qué no le preguntas?

CLEMENCIA: ¿Qué dices?

AMALIA: Con la ouija.

CLEMENCIA: ¿La ouija? ¿No sabes que eso abre puertas con el más allá?

AMALIA: No sé cómo podamos dar con el dinero.

CLEMENCIA: Además no creo que esté muy contento conmigo.

AMALIA: Se han hecho cosas peores.

CLEMENCIA: ¿Peores que qué?

AMALIA: Peores que matar.

CLEMENCIA: No sé. No sé.

Amalia camina por la habitación.

AMALIA: ¿Te gustó?

CLEMENCIA: ¿Qué?

AMALIA: Besarme...

CLEMENCIA: No lo sé. Quisiera decir que no.

AMALIA: A veces me pongo a pensar cómo lo hubiéramos hecho. Lo hubiéramos acabado.

CLEMENCIA: El hubiéramos no existe.

AMALIA: Sí, ya se murió.

CLEMENCIA: Tenemos que conseguir la forma de encontrar el dinero. Después añoraremos el ménage à trois.

AMALIA: Pues tal vez te parezca un disparate pero cuando quiero hablar con mi papá o con mi mamá lo hago con mi ouija.

CLEMENCIA: No te creo. ¿Tienes una ouija? Quiero verla.

Amalia va al ropero y saca su ouija.

CLEMENCIA: Creo que no es buena idea. Qué tal que le hablamos a un espíritu desagradable. Que tal que nos exorciza.

AMALIA: No pasa nada. Sólo hay que ser precavidos. No ser impertinentes. Hablarles despacio. Porque no saben que les hablamos.

Amalia prepara la ouija para jugarla.

CLEMENCIA: Yo no creo que podamos tener mucho control en todo esto.

AMALIA: No necesitamos mucho control. Con poquito.

Las dos se sientan de frente, en la cama, con la ouija en medio.

CLEMENCIA: Yo prefiero que tú platiques con él a solas.

AMALIA: Entre las dos tendremos más energía para llamarlo.

CLEMENCIA: Y si mejor pensamos dónde diablos dejó el dinero.

AMALIA: Nunca lo vamos a encontrar así.

CLEMENCIA: ¿Te molesta si me salgo?

AMALIA: A mí no. Pero a él no sé. Yo creo que si va a venir y no te ve, se puede enojar.

CLEMENCIA: No digas eso.

AMALIA: No pasa nada. Tal vez ya lleva minutos viéndonos y nosotros sin comunicarnos.

CLEMENCIA: Bueno, pero después no digas que no te lo advertí.

AMALIA: Sigue mis instrucciones. Respira profundo. Concéntrate. Piensa en Pedro. No hagas ningún ruido. Vamos a poner los dedos aquí. ¿Hay algún espíritu presente?

No se mueve la flecha.

CLEMENCIA: ¿Y sí hablas con tu papá?

AMALIA: ¿Hay algún espíritu presente?

No se mueve la flecha.

CLEMENCIA: ¿O con tu mamá, hablas con tu mamá?

AMALIA: ¿Hay algún espíritu presente?

Se mueve la flecha.

CLEMENCIA: No mames... ¡tú la estás moviendo!

AMALIA: ¡Cállate! ¿Nos conoces?

CLEMENCIA: ¡Sí! No mames...

AMALIA: ¿Eres tú, mamá?

CLEMENCIA (*asombrada*): Sí, es tu mamá...

AMALIA (*desesperada*): Luego te llamo, ahorita estoy ocupada.

CLEMENCIA: No seas grosera con tu madre.

AMALIA: Tú la llamaste. Piensa sólo en Pedro.

CLEMENCIA: ¿Puedes hablar con John Lennon?

AMALIA: Concéntrate en Pedro.

CLEMENCIA: ¿Para qué hablar con Pedro si podemos hablar con John Lennon?

AMALIA: Para preguntarle por el dinero.

CLEMENCIA: Ay, pero qué ambiciosa eres Amalia.

AMALIA: No lo hago por ambición. Quisiera decirle algunas cosas.

CLEMENCIA: Yo también tengo algunas cositas que decirle a John Lennon.

AMALIA: ¿Hay algún espíritu presente?

CLEMENCIA: No los vayas a molestar.

Se abren abruptamente las puertas del closet.

AMALIA: ¿Eres tú Pedro?

CLEMENCIA: ¿No? ¿Eres tú John? ¿No? ¿Quién eres?

AMALIA: ¿Quieres jugar?

Se abre la puerta del cuarto.

CLEMENCIA: ¡Qué poca educación!

La puerta se cierra lentamente.

AMALIA: Ése no era Pedro. Él nunca cerraba las

puertas.

CLEMENCIA: Ya concentrémonos.

Se abre la puerta muy lentamente.

AMALIA: ¿Hay algún espíritu presente?

Se azota la puerta.

CLEMENCIA: ¿Pedro?

AMALIA: Por fin.

CUARTA ESCENA

Oscuro total. Una luz tenue alumbra a Pedro quien está tirado tal y como quedó el día de su asesinato.

PEDRO (*susurrando*): ¿Eres tú Clemencia?

Silencio.

PEDRO (*susurrando*): Me deslumbras...

Pedro no obtiene respuesta. Se incorpora.

PEDRO (*susurrando*): ¿Vienes por mí? Tráeme una cobija que hace frío (*suplicando*): ¡No me lleves! ¡Soy muy joven! (*impaciente*) ¡Di mi vida por mi esposa! (*enojado*) ¡Iba a hacer el amor con dos mujeres! (*tranquilo*) ¿No me crees? (*impaciente*) Si te lo demuestro... ¿me dejas aquí? (*desesperado*) ¡Ya sé que todos vamos a morir! ¡Pero dame chance de hacer el amor con dos mujeres! ¡Por lo que más quie-

ras! ¡Luché toda mi vida para esto! Y a la hora de la hora te apareces... ¿Cómo morí? ¿Me dio un paro cardíaco? ¿No pude con las dos?

Se ilumina la mitad de la habitación en donde juegan ouija Clemencia y Amalia. Pedro se levanta y se acuesta en la cama. Clemencia se espanta. Amalia recoge la ouija y la guarda en el closet. Pedro se duerme y Clemencia sentada en la cama moviéndole el hombro para despertarlo. Ella tiene su vestido de novia puesto y el traje de él está a un lado de la cama.

PEDRO (con los ojos cerrados): No... no... no...

CLEMENCIA: ¡Pedro! ¡Despierta!

PEDRO: ¡No voy a mirar la luz! ¡No voy a mirar la luz! ¡No voy a mirar la luz!

CLEMENCIA: ¡No la mires pero despierta!

Pedro se despierta alterado.

PEDRO: ¡Déjame! ¡Déjame amar!

CLEMENCIA: Ya pasó amor... ya pasó...

PEDRO: ¿Qué pasó? ¿Qué haces vestida así?

CLEMENCIA (sarcástica): Tranquilo... ya pasó...

PEDRO: ¿Estamos solos?

CLEMENCIA: ¿Qué te pasa?

PEDRO: Estaba muerto...

CLEMENCIA: Es tu conciencia...

PEDRO: ¿Cuál conciencia?

CLEMENCIA: Si es lo que digo... ¿Cuál conciencia?

PEDRO: No seas pesada...

CLEMENCIA: Pesado tú. ¿Cómo es posible que ya estás soñando con un ménage à trois en nuestra noche de bodas? Te la pasaste dicien-

do (imitándolo): quiero un ménage à trois.

PEDRO: ¿Noche de bodas?

Clemencia va al tocador y sirve agua mineral.

CLEMENCIA: Con esta agüita mineral te vas a sentir mejor... tomaste demasiado... quise jugar contigo pero no se pudo.

PEDRO: ¿Tomé? ¿Pero qué tomé?

CLEMENCIA: De todo: wiski, vodka, tequila, cerveza... hasta rompopé...

PEDRO: ¿En la noche de bodas me quedé dormido?

CLEMENCIA: ¡Imagínate lo que dirán mis amigas!

Clemencia se acerca para darle el vaso.

PEDRO: No se los contaste...

CLEMENCIA: No se los voy a contar...

PEDRO (bebe): Tal vez tomé demasiado... sentí que toda mi vida pasó en un segundo...

CLEMENCIA: No empieces de dramático y tómate eso que me urge que te repongas... no pensarás dejarme así... ¿verdad?

PEDRO: ¿Así cómo?

CLEMENCIA: Vestida y alborotada... (se acerca para acariciarlo).

PEDRO: Creo que tomé demasiado...

CLEMENCIA: Y todavía tenemos una botella de champagne...

PEDRO: No sé si pueda...

CLEMENCIA: ¿No me vas a cumplir?

PEDRO: ¡Claro! Pero preferiría cumplirte mañana...

CLEMENCIA: ¡No me digas que eres el hombre del mañana!

PEDRO: No... claro que no... yo te cumplo... pero dame unas horas en lo que me repongo...

CLEMENCIA: No pensarás quitarle lo romántico a la noche... ¿o sí?

PEDRO: Los días también son románticos...

CLEMENCIA: No quiero recordar así mi noche de bodas...

PEDRO: No te quejes... que podría ser peor... yo tengo una amiga que en su noche de bodas se la pasó viendo fútbol...

CLEMENCIA: Ni se te ocurra prender la tele... ¡A todas horas hay fútbol!

PEDRO: Está bien, está bien...

Pedro entra al baño. Clemencia pone música para la ocasión. Y empieza a bailar.

CLEMENCIA: ¿Me vas a cumplir todo lo que me dijiste anoche?

Clemencia desaparece.

PEDRO: Ya sabes que sí amor. Sólo recuérdame qué fue lo que te prometí.

Pedro sale del baño, va hacia la puerta, se asoma, no ve a nadie. Desde el baño se escucha un eructo. Pedro va corriendo.

PEDRO (sorprendido): ¡Amalia!

Amalia sale del baño.

AMALIA: ¡Perdón señor!

PEDRO: ¿Señor? ¡No me digas señor!

AMALIA: Recuerde que nada de confiancitas... si acepté venir aquí, fue sólo para darle un masaje... como usted se merece... y sin que sospechen en la oficina...

PEDRO: ¡Por favor Amalia! ¡Si tú y yo...! ¿Venimos a que me dieras un masaje? ¡Pero si así te traje la primera vez!

AMALIA: ¿Primera vez?

PEDRO: ¡No te hagas! Si bien que te gustó...

AMALIA: ¿Me gustó? Pero si yo... nunca...

PEDRO: ¡Qué dices! ¿Cómo vas a ser virgen si acabas de eructar?

AMALIA (ofendida): ¿Cómo quiere que no eructe después del refresco que me compró en el cine?

PEDRO: A mí no me engañas... las vírgenes no eructan...

AMALIA (casi en llanto): Pero se me salió...

Amalia empieza a llorar. Pedro la consuela.

PEDRO: No llore mi pequeña secre... las buenas secretarias no lloran...

AMALIA: ¿Entonces sí me va a dar el empleo?

PEDRO: ¿Cómo? Pero si tú ya...

AMALIA: ¿Mañana empiezo?

PEDRO (reflexivo): Claro... estoy muerto...

AMALIA: No es para tanto mi querido jefe... ¿va a querer su masaje?

PEDRO: No... déjame solo Amalia...

AMALIA: ¿Me puedo ir? ¿Siempre es así de buen jefe? Primero me lleva al cine, me compra palomitas, luego un refresco... cuando me trajo a

este hotel pensé que quería hacerme el examen de honradez y pues mi madre ya me había advertido que dolía mucho... y yo tenía un poco de miedo...

PEDRO: ¿No sabe acatar órdenes señorita Amalia?

AMALIA: Sí, dígame usted...

PEDRO: ¡Que se vaya!

Amalia se queda atónita. Toma su bolso y sale de la habitación. El cuarto se queda oscuro, Pedro es iluminado.

PEDRO: ¡Ah chinga! ¿Quién anda ahí? ¿Estoy en el infierno? ¿Me voy a quedar en el lugar dónde planeé todo?

PEDRO: ¿Qué le pasó a Clemencia? Necesito saber...

Entra Clemencia, todo sigue oscuro excepto ella y él.

CLEMENCIA: Qué bueno que decidiste venir... te lo hubiera tomado muy mal...

PEDRO: Yo no fui a esa cita estúpida...

Amalia y Clemencia con luz tenue. Juegan Ouija.

AMALIA: ¿Eres tú, Pedro?

Pedro se acerca y les mueve el indicador hacia el sí.

PEDRO: ¿Qué quieren?

CLEMENCIA (a Amalia): ¿Tú lo moviste?

AMALIA (en trance): ¿Quieres jugar?

PEDRO: ¿Jugar?

CLEMENCIA (a Amalia): Pregúntale si está con John Lennon.

AMALIA: ¿Cómo estás?

PEDRO: Un poco traicionado... pero bien.

CLEMENCIA: ¿Escuchaste eso?

Amalia asiente.

AMALIA: Clemencia quiere saber en donde dejaste el dinero.

PEDRO (mueve el indicador de la ouija): Tú lo tienes.

CLEMENCIA (sorprendida): ¡Tú lo tienes! ¿Tú lo tienes?

AMALIA: ¿Dónde?

PEDRO: En tu cuenta...

CLEMENCIA: Sabía que si traicionaste a Pedro me traicionarías a mí.

AMALIA: Pedro... dime dónde está el dinero... tú y yo sabemos que yo no lo tengo...

PEDRO: Primero mi ménage y luego su pinche dinero...

CLEMENCIA: ¡Qué!

Pedro les tira la tabla. Amalia y Clemencia se espantan.

AMALIA: Te dije que se molestaría.

CLEMENCIA: Te dije que era bipolar.

AMALIA: ¡Debimos de hacerle su ménage à trois! Ahora debe estar penando por ahí una caridad...

CLEMENCIA: ¡Por una caridad! ¡Por una cogidita!

AMALIA: ¿Estarías dispuesta a tener un ména-

ge con un fantasma?

Regresa la luz. Desaparecen las dos mujeres. Pedro esta vestido de traje y acostado en la cama. Se levanta, impaciente se acerca a la ventana. Mira su reloj. Prende un cigarro. Tocan a la puerta.

PEDRO: ¿Si?

Clemencia entra con una maleta antes de que él pueda llegar a la puerta.

CLEMENCIA (*reclama*): ¿Sí? ¿No se supone que estás muerto? ¿No te dije que no contestaras nada? (*mirándolo*) ¿Qué se supone que haces con ese traje?

PEDRO: ¿Pus estoy muerto no? ¿No que los muertos se visten de traje?

CLEMENCIA: No puedes vestirme igual que cuando ibas a la oficina. ¿Qué tal que alguien te reconoce?

PEDRO: ¿No me dijiste que no saliera? ¿No que querías verme elegante? ¿No quedaste en traerme ropa?

CLEMENCIA (*pone la maleta sobre la cama*): Aquí está tu ropa... ¿Ya te bañaste?

PEDRO: No hay agua caliente...

CLEMENCIA (*le empieza a quitar la ropa*): ¿Qué querías? Tú dijiste que éste sería un buen hotel...

PEDRO: Dije que aquí no me encontrarían...

CLEMENCIA: Tienes razón. En esta pocilga quién te va a encontrar. Tendrían que ser muy listos.

PEDRO: ¿Quién fue a mi entierro?

CLEMENCIA: Todo mundo. Nunca pensé que tuvieras tantos amigos en la oficina.

PEDRO: No, lo que pasa es que les dan el día libre.

CLEMENCIA: Ah mira, y tú nunca ibas a los entierros.

PEDRO: Ya sabes que no me gustan. No fui ni al mío.

Clemencia le quita el traje. Pedro se queda en boxers y en camiseta, sus calcetas están agujeradas.

CLEMENCIA (*mira sus calcetas*): Era más chico el agujero en el que te enterramos.

PEDRO: ¿Fue el licenciado Pérez?

CLEMENCIA: Claro que fue... cómo iba a faltar, él nunca falta cuando tiene la oportunidad de agarrarme una nalga...

PEDRO: ¡No hables así de mi jefe!

CLEMENCIA: Ya no es tu jefe, recuérdalo.

Clemencia va al baño y abre la regadera.

PEDRO: Si ya no es mi jefe... entonces, ya no tengo compañeros. ¿Y mi cartera de clientes?

CLEMENCIA: ¡Tú fuiste tu mejor cliente!

PEDRO: ¿Ya cobraste el cheque? Ya me imagino.

CLEMENCIA: ¡Hasta me preguntaron si habías dejado testamento!

PEDRO: ¿Cómo voy a dejar testamento si me mataron en un asalto?

CLEMENCIA: Bueno... es que los planes cambiaron... un poco.

PEDRO: ¿Cómo que cambiaron?

Tocan la puerta.

QUINTA ESCENA

Entran Amalia y Clemencia. Lo suficientemente ebrias para que se note y lo suficientemente sobrias para que hablen.

CLEMENCIA: No lo tomes personal pero a mí no me gustan los hoteles... y menos los de paso...

AMALIA: Yo podría decir que vivo en ellos...

CLEMENCIA: Es lo malo de andar haciéndole al muerto...

AMALIA: Igual podría regresar a mi departamento... pero que tal qué se me junta el tianguis...

CLEMENCIA: ¿Tianguis? Déjalos que se junten. Dales donde más les duela.

Clemencia saca una botella de vino.

AMALIA: Te veías divina con ese cheque.

CLEMENCIA: Y tú parecías un espíritu a lo lejos.

AMALIA: ¿Otra de vino?

CLEMENCIA: De vino una más... sólo un trago más...

AMALIA: ¿No te sentirás sola en casa?

CLEMENCIA: ¿Sola? No digas eso...

AMALIA: ¿Qué?

CLEMENCIA: Sola cuando lo tenía que esperar...

AMALIA: Lo siento...

CLEMENCIA: Lo siento más yo...

Clemencia sirve en dos copas, vino tino.

AMALIA: ¿Qué vamos a hacer ahora?

CLEMENCIA: ¡Siempre quise viajar!

Clemencia le da una copa.

AMALIA: ¿Estás segura que quieres seguir bebiendo?

CLEMENCIA: ¡Nunca he estado tan segura de algo! ¡Salud!

AMALIA: Salud...

CLEMENCIA: Por ellos... por las mamás de ellos...

AMALIA: ¡Salud!

CLEMENCIA: Pinche cabrón, se llevó la lana a la tumba...

AMALIA: No... digamos que se quedo con el secreto.

CLEMENCIA: Es tan fácil dar por muerto a alguien en este país.

AMALIA: Entre más lejos vayamos, más fácil será pensar en dónde dejó el dinero... ¿No crees?

CLEMENCIA: No sé...

AMALIA: ¿No sabes?

CLEMENCIA: Creo que estaremos mejor lejos... sin voltear... siempre tendrá formas para fregarnos el rato...

AMALIA: Una vez me dijo que cuando nació en vez de llorar con la nalgada, le cerró un ojo a la enfermera...

CLEMENCIA: Y es verdad... eso me lo contó su mamá... dice que era igualito al padre...

Amalia da un sorbo largo a su copa.

AMALIA: ¿Puedo? (*señalando la botella*).

CLEMENCIA: ¡Por favor! ¡Permíteme servirte!
Pensé que no bebías. Trataba de no beber.
Pero hoy es un día especial.

Clemencia le sirve.

AMALIA: ¡Salud! ¡Por la puta que se lo está cogiendo!

CLEMENCIA: ¡Por la puta que lo parió!

Ríen, chocan las copas y se la terminan de un trago.

AMALIA: ¿A dónde crees que se vaya? La cara que va a poner cuando vea que sólo le dimos la décima parte.

CLEMENCIA: ¿No sé? ¿Importa? Sólo le compré un boleto de ida a no sé donde. Le dije que si se quedaba nos podrías descubrir muy pronto.

AMALIA: No.

CLEMENCIA: ¿Crees que te extrañé?

AMALIA: ¿Cómo?

CLEMENCIA: Siempre que algo pasaba conmigo encontraba refugio contigo.

AMALIA: Ah...

CLEMENCIA: En el fondo, él siempre quiso un hijo... pero tal vez no conmigo...

AMALIA: Lo sé...

CLEMENCIA: Te va a buscar...

Clemencia toma la botella y llena su copa.

AMALIA: Ya sabes cómo son los hombres...

CLEMENCIA: ¿No te refieres a Pedro verdad?

Las dos ríen. Amalia saca su celular y pone la can-

ción Pedro Navajas.

AMALIA (*le ofrece la mano*): ¿Me concede esta pieza?

CLEMENCIA: No empieces de puta...

Amalia la jala. Bailan.

AMALIA: Anda... vas a ver cómo no es tan malo ser puta...

CLEMENCIA: ¿Tienes vocación de puta?

AMALIA: Tengo una puteada vocación...

CLEMENCIA: ¿Tu esposo bailaba contigo?

AMALIA: Nunca me casé, pero, aquél, sí, bailaba...

CLEMENCIA: ¡Qué cagado! Yo sí tenía pero no bailaba...

AMALIA: Tenías querida.

LAS DOS (*cantan*): "...usa un sombrero de ala ancha de medio la'o y zapatillas por si hay problema salir vola'o, lentes oscuros pa' que no sepan qué está mirando y un diente de oro que cuando ríe se ve brillando..."

AMALIA: ¡Bien que te la sabes!

CLEMENCIA: ¡Oye!

LAS DOS (*cantan*): "...Como a tres cuerdas de aquella esquina una mujer va recorriendo la acera entera por quinta vez y en un zaguán entra y se da un trago para olvidar que el día está flojo y que no hay clientes pa' trabajar..."

AMALIA: ¡Ya conocías el oficio!

CLEMENCIA: ¿No será maleficio?

LAS DOS (*bailan y cantan*): "...Mira pa' un la'o, mira pal' otro y no ve a nadie, y a la carrera, pero sin ruido, cruza la calle. Y, mientras tanto,

en la otra acera va esa mujer refunfuñando pues no hizo pesos con qué comer...”.

Amalia y Clemencia bailan y beben. Olvidan las quejas. Cantan y gozan la canción hasta terminar en un beso. Seguirán besándose y se acostarán en la cama. Sigue la canción: “La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida ¡ay, Dios!... Como decía mi abuelita: el que ríe último, ríe mejor...”.
Clemencia se levanta y entra al baño a vomitar. Amalia saca la ouija.

AMALIA: ¡Piérdeme el asco! ¡No seas payasa!

Clemencia vomita.

AMALIA: ¿Hay algún espíritu aquí?

Clemencia vomita.

AMALIA: ¿Hay algún espíritu aquí?

Clemencia vomita. Pedro aparece.

AMALIA: ¡Ya cállate que haces interferencia!

PEDRO (*grita*): ¡Bu! (*normal*) ¡Vengo por lo que prometiste!

Amalia se asusta.

AMALIA: ¡Cállate! Tú estás muerto... y déjame chupar a gusto.

PEDRO: Tú me llamaste... ¿con quién estás?

AMALIA: Contigo...

PEDRO: Estabas con alguien... ¿verdad?, ¿estás con Clemencia?

Pedro apaga la música del celular.

AMALIA: ¿Por qué no te callas? ¿No eres feliz en el inframundo?

PEDRO: Toda la habitación huele a vómito...

AMALIA: ¿Qué?

PEDRO: ¿Qué haces?

AMALIA: Me cogí a tu vieja...

PEDRO: No digas pendejadas...

AMALIA: ¿Quién dice?

PEDRO: Yo digo...

AMALIA: ¿Y tú quien eres?

PEDRO: ¿Con quién estuviste?

AMALIA: ¿Tienes un cigarrillo?

PEDRO: Tampoco puedes fumar...

AMALIA: ¿Quién dice?

PEDRO: Yo digo...

AMALIA: Tú eres un don nadie... déjame de estar chingando...

PEDRO: Qué buena peda traes...

AMALIA: ¡No te pases de listo!

PEDRO: ¿Qué tomaste?

AMALIA: ¿Quieres tomar?

PEDRO: Ajá.

AMALIA: ¡Pues toma! (*le hace “huevos” con la mano*).

PEDRO: Pero si tú no tomas.

AMALIA: Yo no pero tú sí... (*repite los “huevos”*) ¡toma!

PEDRO: ¿No me vas a decir con quién tomaste?

AMALIA: ¡Que con tu vieja!

PEDRO: Ahora sí... resulta que ya te salió el ma-

cho que llevas dentro...

Pedro termina de arroparla. Clemencia escucha desde el baño.

AMALIA: ¿No me vas a coger?

PEDRO: Duérmete...

AMALIA: Duérmete tú... yo quiero seguir chupando...

PEDRO: Vas a chupar faros si no te duermes...

AMALIA: Ya me tienes hasta la madre con tus pinches órdenes...

Clemencia sale del baño.

CLEMENCIA (borracha): ¡Ay... un fantasma!

PEDRO: ¡Mujerzuela! ¡Devuélveme mi dinero!

CLEMENCIA: Yo no hablo con fantasmas.

PEDRO: ¿Qué hacen juntas?

AMALIA: Te estoy diciendo que me cogí a tu vieja y no me crees...

PEDRO: ¿Cómo?

Clemencia regresa a vomitar.

AMALIA: ¡Ya bájale a tu desmadre!

CLEMENCIA: ¿Por qué no te calmas?

PEDRO: ¿Por qué no me calmo? ¡Porque estoy muerto! ¡No tengo nada!

AMALIA: ¡Me tienes a mí, amorcito!

CLEMENCIA: ¡Nunca le creas a una borracha!

PEDRO: ¡Esto lo sabrá la policía! ¡Voy a decirles que me secuestraron! ¡Que me torturaron!

Pedro marca por su celular. Clemencia y Amalia tra-

tan de detenerlo. El forcejeo se convertirá en coqueteo y éste en seducción...

CLEMENCIA: Aun podemos hacerte un ménage à trois...

Pedro se separa el celular de la oreja.

PEDRO: La última vez que me dijeron eso me dispararon... ¿qué me asegura que esta vez así será?

CLEMENCIA: Si en vida sólo tenemos segura la muerte... lo único seguro de un muerto debe ser la vida...

AMALIA: ¡Pero de ahora en adelante yo seré la esposa engañada!

Los tres se disponen al juego.

FIN

ENCARCE— LADOS

/ **GEORGINA MONTELONGO L.**

PERSONAJES

MARCELA, 48 años

LAURA ELENA SADA, 48 años

MUDO, 45 años

ARTURO, reportero de un periódico, 37 años

LUIS, abogado y amigo de **ARTURO**, 38 años

ALONSO DE LA FUENTE, 23 años

EMILIANO, hijo de **LAURA ELENA SADA**, 23 años

EL HULK, 38 años

ESCENA 1

La historia se desarrolla en el departamento de una vieja vecindad; el ambiente es sombrío. Al fondo, vemos un muro con un tragaluz rectangular, por el que sólo se ve la banqueta y pies caminando. La estancia es grande; sin divisiones de cuartos. Hay dos puertas, una que da hacia el baño y otra hacia la calle.

Marcela en una mecedora. El tragaluz queda a la altura de sus ojos, ve fijamente la calle. Escuchamos la cerradura, alguien entra, es el Mudo. Agitado y sonriente, se seca el sudor con un paliacate. Carga una canasta con comida que coloca sobre la mesa. También trae un sobre que esconde detrás de su espalda. Marcela se acerca a él ansiosa...

MARCELA: ¿La trajiste?

Mudo deja de sonreír y saca de la canasta una botella de licor. Se la muestra rápidamente y la guarda como si quisiera esconderla. Ella saca la botella, sirve hasta llenar el vaso, las manos le tiemblan y derrama parte del licor. Bebe con ansiedad y respira complacida. Mudo saca un documento del sobre y, sorpresivamente, le tapa los ojos a Marcela con la mano, ella lo aparta molesta.

MARCELA: ¡Qué haces!

Mudo le muestra el documento.

MARCELA: ¡Un certificado de preparatoria abierta...! ¿Y esto?

Emocionado, Mudo señala su nombre en el certificado. Por breves momentos, Marcela queda sin saber qué decir, para después burlarse.

MARCELA: ¿Es una broma?

Mudo niega. Marcela, despectiva, avienta el documento sobre la mesa.

MARCELA: Vaya, no me lo esperaba. Pensé que con trabajos sabías leer y escribir, nunca creí que estuvieras tan “adelantado”.

Mudo se acerca al tragaluz y le dice que quiere irse de ahí.

MARCELA: ¿Irte? (*pausa*) ¡Ah ya entiendo, déjame adivinar! Seguro que ahora querrás ir a la universidad. Sí, por ejemplo... podrías entrar a la Facultad de Leyes, con esa lengua que te cargas, ¡serías un magnífico abogado!

Mudo enojado, toma su documento y lo guarda en su vieja valija. Marcela da vueltas alrededor de él.

MARCELA: Y qué sigue ahora, ¿convertirte en todo un profesional?, ¿casarte tal vez?, ¿tener un perro?, ¿ir al súper el domingo? (*pausa*) ¡Como si un papel pudiera cambiar tu realidad! (*alterada*) ¡Toda tu vida has sido un indigente, un discapacitado y aunque llevo años de no salir de aquí, eso no significa que

no sepa cómo están las cosas de cabronas allá afuera. ¡No sueñes, por favor!

Marcela se sirve más licor y lo apura de un trago. Mudo escribe en una hoja la palabra, “veterinario” y se lo muestra. Le sugiere que quizá algún día, podrían irse a vivir lejos.

MARCELA: ¿Veterinario? ¿Irnos? A ver, espera, espera, ¿qué es exactamente lo que estás imaginando? *(pausa)* ¡Qué te hace pensar que yo me iría contigo, tú no eres NADIE! Cuando “ella” te trajo, te dijo claramente cuáles iban a ser tus obligaciones. El que vivamos juntos no te da ningún derecho sobre mí. En todo caso, el derecho lo tiene “ella”, que es la que nos mantiene. Imagínate si se entera de tus “grandiosos planes”, ¡es capaz de dejarnos en la calle!

Mudo da un fuerte puñetazo a la mesa. Le enseña otra vez el certificado, para explicarle que por eso decidió seguir estudiando, a pesar de su discapacidad. De pronto, los dos quedan en silencio, mirándose a los ojos. Mudo se acerca y sorpresivamente la besa en la boca.

MARCELA (turbada): ¿Qué haces?

Mudo le dice que la ama y que le duele mucho que beba, siendo que él la considera una mujer talentosa. Marcela se deja caer en la mecedora.

MARCELA: No te burles. ¡Si realmente fuera talentosa, no me habría convertido en... esto!

(pausa) ¿Sabes para qué se necesita talento Mudo? ¡Para VIVIR!, para eso es para lo que realmente se necesita. Y yo nunca...

Mudo se acerca a ella, e intenta besarla otra vez. Marcela lo aparta agresiva.

MARCELA: ¡No te engañes, lo que sientes por mí no es amor, es lástima, y eso no se lo permito a nadie ¿oíste? Tú y tu puta lástima pueden largarse al infierno si quieren. Total, en el peor de los casos, “ella” se encargaría de buscarme otro criado, ¡tampoco creas que eres indispensable!

Mudo la mira y sale furioso de la habitación dando un portazo. Al quedarse sola, Marcela ve la valija y le da de patadas, bebe nuevamente.

MARCELA: ¡Pendejo, no eres más que un pendejo soñador, la gente como nosotros, perdedores, inválidos... no sale Mudo! ¡Somos escoria, grábatelo bien es-co-ria!

Marcela se sienta en la cama, cierra los ojos. Escuchamos el sonido de una gota cayendo.

MARCELA: ¡Lo que me faltaba, te dije que arreglaras esa maldita gotera, ahora tengo que esperar hasta que se te pase el berrinchito, me lleva la chin...!

Ella trastabillea hasta donde está un espejo. La iluminación del escenario queda en penumbras y sólo se ve su reflejo.

MARCELA: ¡Escoria!

Marcela se toca el cuerpo, comienza por la cara. Cada movimiento corresponde con el sonido de las gotas. Al llegar al pubis se aleja del espejo y cae sobre la cama, da vueltas respirando agitadamente. De pronto, abre las piernas y suelta el cuerpo.

MARCELA (grita): ¡Mudooooooooo!

ESCENA 2

Sala de redacción de un periódico. Arturo, reportero de la sección cultural, hace anotaciones. Llega Luis, abogado del mismo periódico, y su amigo desde hace años.

ARTURO: ¿Cómo te fue?

LUIS: Bien, no hubo problema. Lidia tenía las de ganar, lo de las grabaciones ayudó bastante. Además cuenta con todo el apoyo del periódico y, por supuesto, del director.

ARTURO: ¿Grabaciones?

LUIS: Sí, llevaba su grabadora y la prendió cuando discutía con esos tipos; ellos no se dieron cuenta, y al calor de la discusión soltaron dos o tres cosas que los comprometían mucho. Después, ella me dio la cinta y la presentamos en el último periodo de pruebas; costó trabajo, pero afortunadamente logramos vencer al juez y ganamos.

ARTURO: Buena decisión la de grabar, ¿no?

LUIS: Yo diría que muy arriesgada, pero a ella le

funcionó y eso es lo importante.

Suena el teléfono, Arturo contesta.

ARTURO: ¿Qué pasó, ya los tienes?, está bien, estoy ahí en... (ve su reloj) veinte minutos... ah y gracias, te debo una (cuelga). Es un cuate de “cables”. Estoy reuniendo la información para lo del caso de Laura Elena Sada.

LUIS: ¿Sigues en eso?

ARTURO (entusiasmado): Claro, se me a hecho una obsesión descubrirle el juego a esa tipa, por eso empecé con lo de los artículos sobre plagio, para ir “calentando motores”. El reportaje tiene que ser el “broche de oro” que cierre este asunto. Si todo sale como espero, al menos puedo pensar en una buena lana.

LUIS: ¿Y lo del ascenso?

ARTURO: ¡Ya valió madres!

LUIS: ¿Por qué?

ARTURO: ¡Por qué va a ser, por lo de siempre!, mañana llega el nuevo jefe.

LUIS: ¿Quién es?

ARTURO: No recuerdo el nombre, pero eso es lo de menos. De seguro se trata de uno de esos pinches juniorcitos hijos de papi, que no saben un pito de este oficio, pero que tienen vara alta con el consejo directivo, ¡y a los pen-dejos que venimos formados en la fila, que nos lleve el carajo!

Luis no contesta. Arturo mira hacia la calle.

ARTURO: ¡Pinche y jodido país, al parecer hay cosas que nunca van a cambiar!

Luis saca un folder de su porta folios y se lo entrega a Arturo.

LUIS: Es lo último que ha salido sobre el tema, te lo imprimí. Ah y también traigo unas copias que me prestó un cuate que trabaja en Indautor.

ARTURO: ¡Perfecto!

LUIS: Dime algo. ¿De verdad nada más lo haces por la lana que ganarías con el reportaje?

ARTURO: No. Te confieso que traigo “montada en el hígado” a esa tipa, desde aquella vez que rechazó mi cuestionario y evitó a toda costa que yo entrara a esa conferencia.

LUIS: A ver, a ver, cómo está eso.

ARTURO: Estoy harto de toda esa pinche gente que por tener dinero, influencias, se la pasan encajándonos los talones en la cabeza a todos los que no pertenecemos a “su círculo”. Los mejores puestos, los más lujosos restaurantes, viajes, carros, “regalías”; ahí tienes a tus diputados de muestra, ¿no?

LUIS: ¿Y crees que tirándole su teatrillo a esa vieja, vas a acabar con todo eso?

ARTURO: Claro que no, pero al menos me daré el gusto de ponerla en evidencia, delante de todos, para que se le bajen esos humos que se carga, y si además con eso puedo ganar algo de lana, pues qué mejor, ¿no?

LUIS: Y por qué insistes en que la Sada no es la autora de sus novelas. Que te caiga gorda por mamona es una cosa, pero de eso a acusarla de plagio hay un buen trecho. Como abogado y como amigo te digo que debes sustentar

muy bien todo lo que publiques, porque si no, al que se lo pueden cargar es a ti.

ARTURO: Empecé a sospechar porque en sus novelas siempre habla de ambientes jodidos, sórdidos, como si los conociera de toda la vida. Quería preguntarle más sobre este asunto, porque casi siempre responde con vaguedades. Uno de sus guaruras le platicó a un cuate que la tipa se puso de pésimo humor cuando revisó mis preguntas. Dijo que ya había hablado infinidad de veces sobre el asunto y que “lamentaba mi falta de creatividad como periodista”; todos los reporteros que estaban ahí me agarraron de bajada. Eso me encabronó mucho, pero también confirmó mis sospechas. Me dediqué a leer a conciencia todos sus libros y conforme leía... ¡esa nena que nació entre pañales de seda, no es la autora de esas novelas, lo podría apostar!

LUIS: Acuérdate también con quien está casada. No creo que ni el futuro senador Guillermo Sada, ni ella, se quedaran tan tranquilos si lo que piensas resulta cierto, y le sacaras sus trapitos al sol.

ARTURO: Me estoy protegiendo con toda la información posible, tampoco creas que me lanzaría a lo güey.

LUIS (*se levanta y sale*): Pues, suerte y avísame cualquier cosa.

Arturo toma notas.

ESCENA 3

Departamento de Marcela. Ésta observa por el tragaluz. Mudo entra corriendo al departamento. Trae un pájaro herido, envuelto en su paliacate.

MARCELA: ¡Qué pasa, por qué tanto alboroto!

Mudo la ignora y empieza a buscar algo en la cocina. Encuentra una pequeña caja de cartón y con mucho cuidado lo acomoda. Marcela lo observa.

MARCELA: ¡Estoy preguntando qué carajos te pasa, qué es eso!

Mudo sigue buscando. Finalmente ve la botella de Marcela y moja un trapo con licor para limpiar la herida del animal. Marcela reacciona con furia y le arrebató la botella.

MARCELA: ¡Oye, qué haces, esto es mío!

Mudo le hace una seña, ordenándole que se calle. Marcela lo sigue para todos lados.

MARCELA: ¡En lo único que piensas es en traer animales enfermos para curarlos. Hace dos semanas fue el perro atropellado, acuérdate también cuando trajiste la gata que se le ocurrió parir aquí, todo se llenó de chillidos y pelos y ahora...!

Mudo sigue ocupado en auxiliar al pájaro herido y parece no escucharla. De pronto lo saca de la caja y se lo entrega a Marcela.

MARCELA (desconcertada): ¡No pero, por qué me

das esto... qué quieres que haga, toma!

Mudo le pide que le sople aire caliente y que se lo ponga junto al pecho.

MARCELA: ¡Nada más eso faltaba, que me pongas a mí a curar a tus animalejos, como si yo no tuviera nada más que hacer! Aquí el que está jugando a ser veterinario eres tú, no yo. ¡Anda, tenemos que trabajar ya!

Mudo, enérgico, le dice nuevamente que se calle y que haga lo que le pide.

MARCELA: ¡Mira pendejo, tú a mí no me vas a ordenar nada!, ¿oíste?

Mudo la observa suplicante. Ella cede y toma al pájaro, se lo acerca al pecho.

MARCELA: ¡Pero si este animal se está muriendo!

Mudo va por un poco de agua y con una cuchara trata de reanimarlo. Marcela observa y pregunta.

MARCELA: ¿Ya se murió?

Mudo lo toca el cuello con su dedo y niega. Toma al pájaro y lo devuelve a la caja. Marcela toma un libro y comienza a leer.

MARCELA: Escucha esto: "...Hay días como hoy en los que recordarme me da pena. Quisiera no tener memoria o convertirme en el piado-

so polvo para escapar a la condena de mirarme...” (pausa), ah lo olvidaba, tienes que ir a la librería. Le das al empleado la lista que te escribí y que mande la nota adonde siempre.

Mudo observa por el tragaluz y le pide que se acerque. Ella accede.

MARCELA: Los mocasines grises y las pantuflas rosas. Bien, creo que tengo el final de su historia.

Mudo le sugiere que tenga un final feliz.

MARCELA: Eres un pendejo, ¡la vida no tiene finales felices Mudo! (pausa) Por cierto, hay algo que me da curiosidad.

Mudo la observa.

MARCELA (curiosa): ¿A qué horas y en dónde estudiaste?

Mudo le dice que en la iglesia que se encuentra cerca de ahí.

MARCELA (sorprendida): ¿ En la iglesia?

Mudo asiente.

MARCELA (irónica): ¡Ah y... supongo que gracias a su “santísima benevolencia”, te motivaron para que terminaras la prepa, ¿no?

Mudo asiente.

MARCELA: ¿Y por qué quieres ser veterinario?

Mudo le dice que cuando era niño, trabajó en una granja; ahí descubrió su cariño hacia los animales.

MARCELA (pensativa): Hay otra cosa que me da curiosidad.

Mudo la interroga con la mirada.

MARCELA: ¿Por qué no te has ido de aquí?

Mudo no responde sólo la mira intensamente.

ESCENA 4

Interior de un auto. Alonso y Emiliano aspiran cocaína.

EMILIANO (ansioso): ¡Dame eso güey, rápido!

Alonso desenvuelve rápido un sobre.

ALONSO: ¡Espérame tantito güey, se me va a caer!

Emiliano le arrebató el sobre y se da un pase. Respira complacido.

EMILIANO: ¡ Ah, ya me hacía falta, me cael!

Alonso también se da un pase.

ALONSO: Sí, pero llévatela tranquila güey, acuérdate que es poquita y está bendita.

Emiliano abre los brazos y se para en el asiento como si volara.

EMILIANO: ¡Ah, estoy saludando al mismísimo Keops en lo alto de su puta pirámide, me cae!

ALONSO (*se burla*): No mames. Mejor dime, cómo te fue en el examen de teorías...

EMILIANO: ¡El ojete me tronó, por qué crees que ando así! Además el subdirector le habló a mi papá para decirle que reprobé tres materias más, ¡viejo metiche de mierda!

ALONSO: ¿Y?

EMILIANO: ¡Tuve que aguantarme como media hora de choros. Mi jefe me la armó. Además, me bajó la mensualidad y canceló todas mis tarjetas. Ojalá mi mami hubiera estado en México, estoy seguro que me hubiera defendido.

ALONSO (*se burla*): ¡Ay sí, mi mami me defien-de siempre!, ya me tienes hartó con la misma cantaleta!

EMILIANO: ¡Y cuál es tu pedo! Yo no tengo la culpa de que a ti ni te pelen (*con veneno*). Oye, ¿no serás recogido?

ALONSO (*se enfurece y lo toma de la camisa*): No te metas con eso pendejo, ¿de acuerdo?

EMILIANO: ¡Entonces tú tampoco me critiques güey! Además de quererla, la admiro, ¡mi mamá es una escritora de poca, me cae!

ALONSO: Ya, ya, bájale de güevos. No me vuelvo a meter con tu mami ¿Ok?

EMILIANO: Pues más te vale güey (*pausa*). Mejor

dime cómo te fue con tu ruco (*se burla*) también te tronó el vejete de teorías, ¿no?

ALONSO: ¡No sabes, se puso tan loco, que hasta me consiguió trabajo güey!, ¿puedes creerlo?

EMILIANO: ¿Trabajar tú y de qué?

ALONSO: De jefe de quién sabe qué madres, en un periódico.

EMILIANO (*ríe burlón*): ¿De jefe en un periódico? ¡Pero si tú sabes de periodismo lo que yo de aeronáutica!

ALONSO: Y eso qué. Además, no me le puedo poner al brinco, porque es capaz de dejarme sin lana y sin nave. ¡Imagínate güey, yo sin mi nave... me muero!

El celular de Alonso empieza a timbrar, contesta.

ALONSO: ¿Bueno? ...ah sí... no, todavía no pero... no, está bien... no te pongas así Esponjas, vas a tener tu lana, ya sabes que con nosotros no hay pedo güey. No, no vengas, mañana nos vemos... ¿adónde?, ¿y para qué?, okey, okey, a ver, dame la dirección güey (*pausa*), okas, por allá nos vemos a las nueve (*cuelga*).

EMILIANO: ¿Qué quiere?

ALONSO: Dice que ya no nos va a soltar nada hasta que le paguemos y que el dizque jefe quiere vernos mañana.

EMILIANO (*temeroso*): ¡Para qué!

ALONSO: Pues para cobrarnos güey, para qué otra cosa; no creo que quiera nuestro autógrafo, ¿verdad?

EMILIANO (*preocupado*): Y qué vamos a hacer, ¡no tengo un pinche quinto!

ALONSO: Yo menos. Oye pero...

EMILIANO: Qué...

ALONSO: Pues que me acabo de acordar que mañana no puedo, es mi primer día en el periódico y no sé a qué hora salga. Ve tú, ¿no?

EMILIANO (*amenazante*): ¿Estás loco? ¡Por supuesto que no voy a ir solo, así que a ver cómo le haces, pero tú me acompañas pendejo, me cae!

ALONSO: ¡No te prendas Emily!, estaba bromeando, por supuesto que voy contigo. A ver, ¿cuándo te he negado un paro güey?

Alonso lo abraza, Emiliano lo aparta agresivo.

ESCENA 5

Departamento de Marcela. Marcela observa detenidamente al pájaro que aún sigue vivo. Mudo lo ha metido en una jaula.

MARCELA: Todavía no te quieres morir, ¿verdad?

Marcela bebe. De pronto, pone un disco en una grabadora portátil. Escuchamos la canción Piensa en mí de Agustín Lara como fondo; ella prende un cigarro y empieza a cantar. Mudo entra, se acaba de bañar, trae el torso desnudo. Llueve. Sin dejar de cantar, Marcela se le acerca poco a poco y lo mira fijamente, le acaricia el pecho. Él cierra los ojos y aprieta los puños, respira agitado.

MARCELA: Nunca me había fijado en tus ojos Mudo, son bonitos... y brillan.

Mudo le acaricia el cabello, ella la cara.

MARCELA: Y tus labios...

Mudo la toma por la cintura y la besa, ella corresponde con pasión. Semipenumbra en el escenario por algunos segundos, después vuelve iluminación normal. Vemos a Marcela y a Mudo desnudos y abrazados en la cama, duermen. De pronto, alguien abre la puerta del departamento, despiertan asustados. Entra a escena Laura Elena Sada.

LAURA ELENA: Hola dónde est... (se sorprende al observarlos, reacciona con furia) ¿y esto?

MARCELA: ¡Qué haces aquí!

LAURA ELENA: ¡Llevándome grandes sorpresas por lo que veo!

Mudo se viste rápidamente, está indignado. Con señas y gemidos empieza a reclamar a Laura Elena por qué entra así y su actitud prepotente de siempre.

LAURA ELENA: ¡Déjate de manoteos que no te entiendo, no tienes vergüenza! ¡Anda, sal por ahí un rato y déjanos solas. La “señora” y yo tenemos que hablar! ¡Ah y después sigo contigo, esta clase de “servicios”, no estaban incluidos en el trato!

Mudo mira a Marcela.

MARCELA: Déjame a solas con ella por favor.

Mudo ve con furia a Laura Elena y sale del departamento dando un portazo.

LAURA ELENA: ¿Desde cuándo andas con él?

MARCELA: ¡No “ando” con él, pero si así fuera, a ti qué te importa, no tienes ningún derecho a meterte, es mi vida!

LAURA ELENA: ¿Todavía lo niegas, después de lo que acabo de ver?

MARCELA: ¡Ya te dije que no te metas en lo que no te importa!

LAURA ELENA: ¡Ah vaya, ahora resulta... y cuando fui la única que te tendió la mano, ¿entonces sí tenía derecho a meterme?, ¿quieres que te recuerde la cantidad de años que llevo manteniéndote a ti y a ése a cambio de...!

MARCELA: ¡A cambio de mi trabajo!

LAURA ELENA: ¡Trabajo que yo he pagado con mi dinero, que no se te olvide!

Marcela guarda silencio y aprieta los puños.

LAURA ELENA: ¡Si no fuera por mí, quizás ya te hubieras muerto!

MARCELA: ¡Si estuviera muerta, quién te escribiría las historias con las que te has lucido por medio mundo, diciendo que eres la autora!

LAURA ELENA: ¡No faltaría quién, recuerda que en este país hay dos cosas querida: mucho talento... pero también mucha hambre! ¿A poco crees que eres la única que “trabaja” para mí?

MARCELA: ¡Cínica!

LAURA ELENA: No sé por qué te crees el personaje que la literatura mexicana estaba esperando. Sabes perfecto que cuento con un equipo de

profesionales; que siempre revisan conmigo los textos antes de presentarlos a los editores. Por cierto, últimamente has caído en bastantes incoherencias. Yo creo que ha de ser por tus lagunas alcohólicas, ¿no?

MARCELA: ¡Eso es mentira! Yo reviso todos los ejemplares que traes, letra por letra, y prácticamente, no les haces ningún cambio. Lo que pasa es que nunca has querido aceptar tus limitaciones.

LAURA ELENA (*se burla*): ¡Mira nada más, ahora resulta que tú eres la que hablas de limitaciones!, definitivamente el alcohol te ha afectado la mente (*agresiva*), ¿quién es la que se ha limitado toda la vida Marcela?, ¿por qué me entregaste ese “enorme talento”, cuando tú misma hubieras podido sacarle jugo? ¡Qué fácil te resulta señalarme ahora como la villana de esta historia, poniéndote en el papel de víctima, cuando la verdadera villana de ti misma, siempre has sido tú!

Laura Elena ve una botella sobre la mesa, se la muestra a Marcela.

LAURA ELENA: ¡Elegiste esto, y en esa decisión yo nada tuve que ver! (*ambas se miran con odio*) ¡Qué flojera me das! En fin, a lo que vine, dónde están los capítulos que faltan, me esperan mañana en la editorial para la revisión.

MARCELA: No los he terminado.

LAURA ELENA: ¿Qué?

Marcela toma un pequeño globo terráqueo, le da vueltas; para en un punto y se lo enseña a Laura

Elena.

MARCELA: ¡Según me informaste, en estos momentos deberías estar aquí, dijiste que llegabas en quince días!

LAURA ELENA: ¡Ésos son pretextos Marcela. Pero claro, últimamente la “señora” ha tenido actividades más... importantes!

MARCELA (*indignada*): ¡Siempre te he cumplido con el trabajo!

Se hace un silencio tenso. Laura Elena toma su bolso.

LAURA ELENA: ¡Regreso mañana en la noche por el resto de los capítulos. De hecho, debiste entregarme la novela completa, como siempre. ¡Ah!, y dile a ese que no vaya al banco. No van a ver ni un peso más, hasta que me hayas entregado el material que falta. ¡Yo no mantengo “niditos de amor”! (*se detiene antes de salir*) Y déjame decirte que te ves realmente patética, debes estar muy urgida para acostarte con el Mudo, ¡pobrecita! Pero... pensándolo bien, creo que hacen una bonita pareja. ¡Una tierna historia de amor, entre un mudo y una alcohólica! Suena bien como tema de una próxima historia, ¿no crees? (*sale*).

Marcela, furiosa, busca la botella y bebe ansiosa.

ESCENA 6

Redacción del periódico. Arturo entra a la oficina de

reporteros y se sienta frente a su computadora. Trae un folder en la mano. Llega Luis.

LUIS: Vine hace rato, pero no estabas.

ARTURO: Nos citaron en el segundo piso para presentarnos al nuevo jefe.

LUIS: ¿Y qué tal?

ARTURO: Lo dicho. Un escuincle pendejo, que por cierto, ni la carrera ha terminado. Además, se ve que al maricón de Martínez “le gusta el pequeño”, así que ya me imagino por dónde viene la “recomendación”.

LUIS: ¿Tú crees?

ARTURO: ¡Claro y lo peor es que Martínez comentó delante de todos, que voy a ser su “brazo derecho”, por los artículos que estoy publicando!

LUIS: Hasta donde sé, tienes muy buenas críticas por esos artículos.

ARTURO: Sí pero yo trabajaba solo en esto, con reporte directo a Martínez. Y ahora voy a depender de este pendejo, para que él decida qué se publica, cómo y cuándo, ¿cómo la ves?

El teléfono empieza a timbrar. Arturo contesta.

ARTURO: ¡Bueno!... ¿Ya lo tienes?... Está bien, te veo a las cinco en El Negresco, sí, la cantina que está a una cuadra del periódico, pregúntales a los del estacionamiento... órale (*cuelga*).

LUIS: Yo me voy.

ARTURO: ¿Tienes mucha chamba?

LUIS: ¿Por qué?

ARTURO: Acompáñame al Negresco a las cin-

co, para que revises un reporte que me van a entregar. Es algo relacionado con el caso de la Sada.

LUIS: ¿Un reporte?

ARTURO: Sí, con esto que me van a entregar, la información de apoyo está prácticamente completa, pero desgraciadamente, nada de lo que tengo se puede considerar como una prueba contundente, definitiva. Algo que no deje la menor duda del supuesto plagio. ¡Y así no me puedo lanzar, me lleva la ching...!

ESCENA 7

Interior de un cuarto de vecindad. Alonso y Emiliano entran temerosos, los sigue el Hulk.

HULK: ¡Siéntense!

EMILIANO (*tartamudea*): ¡Eeeestamos bien de pie gracias!

Hulk no contesta, sólo los mira y Alonso y Emiliano se sientan de inmediato.

HULK: ¿Traen la lana?

EMILIANO (*tose nervioso*): Lo que pasa es que queremos saber cuánto es exactamente.

HULK: ¡Ustedes saben cuánto es, no se hagan pendejos!

EMILIANO: ¡Creemos que hay un error, lo que nos dijo el Esponjas es mucho dinero!, ¿está seguro que ésa es la cantidad?, no recuerdo que hayamos comprado tanto.

Hulk saca de un cajón una pistola y la pone brusca-mente sobre la mesa. Alonso y Emiliano se levantan asustados.

HULK: ¿Quieren que les refresque la memoria?

Alonso y Emiliano se miran mutuamente.

EMILIANO: ¡Está bien, les pagaremos, pero por favor, dénos tiempo para conseguir la lana!

HULK: ¡La quiero para mañana!

EMILIANO: ¿Mañana?, ¡pero es muy poco tiempo, a lo mejor no alcanzamos a juntarla!

HULK (*toma la pistola y empieza a limpiarla delante de ellos*): He dicho que mañana, y cuidadito con jugar a las escondidas, porque si se me hacen los perdidizos, me puedo enojar, y no saben cómo me pongo cuando me enojo.

Emiliano y Alonso salen a la calle, muy asustados.

EMILIANO: ¡Y ahora, qué vamos a hacer güey!

ALONSO: Pues pagar.

EMILIANO: ¡Y con qué!

ALONSO: Por qué no le pides la lana a tu “mami”. ¿No que te quiere mucho?

EMILIANO: Claro que sí güey, pero se le va a ser raro que le pida tanto. Me va a preguntar para qué la quiero.

ALONSO: Pues dile que es para comprarte una nueva nave y después le haces el teatro de que te la robaron güey.

EMILIANO: ¿Y por qué yo? Por qué no se lo pides a tu ruco.

ALONSO: Porque no tiene güey. Somos ricos de

pura pantalla, el del dinero es mi abuelo y ya parece que el viejo me lo va a soltar así de fácil. Tiene un genio de la chingada, además, yo no me cuento precisamente entre sus nietos favoritos.

EMILIANO: De todas maneras güey, tú también tienes que ver de dónde sacas lana, porque tampoco voy a pagar lo tuyo.

ALONSO: ¿Órale, así de ojete?

EMILIANO (*ansioso*): Oye, ¿traes algo?, ¡necesito meterme algo pronto!

Alonso saca un sobre de su pantalón y empieza a jugar con Emiliano, a que se lo da y se lo quita.

ALONSO: ¡Ah verdad, para esto sí existo, pero para hacerle el paro a tu brother, te portas bien ojete!, ¿quieres esta balita?

Emiliano le arrebata la bala de cocaína y la inhala con desesperación, respira complacido.

EMILIANO: Mi mamá llega hoy en la noche de Argentina, veré qué puedo hacer.

ALONSO: ¡Así se habla Emily! (*irónico*) ¡Estoy... tan orgulloso de ti, me cae!

Emiliano se va. Alonso espera un momento hasta cerciorarse que está solo y marca un número en su celular.

ALONSO (*riéndose*): ¿Hulk? ¡Estuviste genial, me cae; está que se surra del pinche miedo! No cómo crees, ni se las huele... tú déjamelos y ya después se la soltamos, pero necesita pasár-

sela “a secas” unos días. Lo del secuestro de la madre va a ser el único camino que le quede al güey, si no ya sabe que se lo carga (*vuelve a reír*). No, creo que la vieja andaba de viaje, pero no te preocupes, yo me encargo de sacarle la sopa... hay que ver adónde va, a qué horas y bueno, ¿tú sabes cómo se hace “la talacha”, no?... sí, yo te aviso cualquier cosa... ahorita anda como loco buscando qué meterse (*vuelve a reír*), yo la estoy pasando de agasajo güey, no sabes cómo me divierte esto, me cae... oye y no se te ocurra llamarme al cel (*cuelga*).

ESCENA 8

Una cafetería. Laura Elena y Emiliano platican.

EMILIANO: Qué onda ma, ¿me trajiste lo que te encargué de Bariloche?

LAURA ELENA: Sí y está precioso, ojalá te guste.

EMILIANO: Y cómo te fue en el congreso.

Laura Elena saca una polvera de su bolso y se retoca el maquillaje y el peinado.

LAURA ELENA: A mí siempre me va excelente mi amor.

EMILIANO: Es que eres great ma, cada día escribes mejor.

LAURA ELENA: ¡Adulador!, de seguro quieres algo.

EMILIANO: Ay cómo crees. ¿Qué, no puedes recibir un piropo de tu propio hijo?

LAURA ELENA: No es eso, pero te conozco corazón,

y sé que cuando quieres algo te conviertes en un verdadero caramelo.

EMILIANO (*curioso*): Oye ma, ¿te puedo hacer una pregunta?

LAURA ELENA: Si vas a preguntarme cuántos años voy a cumplir, ni lo intentes.

EMILIANO: No ma, en serio.

LAURA ELENA: ¿En serio? Tú nunca hablas en serio, pero en fin pregunta.

EMILIANO: ¿Por qué en tus novelas casi siempre hablas de zapatos, de la manera como camina la gente, de vecindades y de todos esos rollos, como si vivieras ahí; tú qué tienes que ver con eso? Hasta donde sé, nuestra familia siempre ha sido de lana.

Laura Elena se pone muy nerviosa y derrama parte del café sobre la mesa.

LAURA ELENA: Eso no tiene nada que ver, no necesariamente escribes sobre lo que has vivido; además, ¡ay mi vida, acabo de cruzar medio mundo, en donde tuve que responder mil preguntas como ésa, y tú me sales con lo mismo!

EMILIANO: Tienes razón ma, perdóname, tenía curiosidad eso es todo... la neta es que me siento súper orgulloso de ti. ¡En la universidad todavía se habla del último premio que ganaste!

LAURA ELENA: No hablaré de eso, mejor, dime lo que quieres de una vez.

EMILIANO: ¡Pues verás, lo que pasa es que acabo de ver una nave impresionante, no sabes...!

LAURA ELENA: Ah, ya salió el peine, ¡pero si aca-

bas de cambiar de auto Emiliano!

EMILIANO: Sí, pero es que no has visto éste, ¡me cae que está de poca y además el cuate que lo vende, me da un súper precio; pero... ¡tengo que llevarle el dinero mañana!

LAURA ELENA (*intrigada*): ¿Y por qué la prisa?

EMILIANO: Lo que pasa es que mi cuate tiene problemas de lana y le urge vender su nave, por eso me la está dando a ese precio. Pero me dijo que sólo me aguantaba hasta mañana.

LAURA ELENA: ¡Ah, y aparte con condiciones, vaya!

EMILIANO: ¡Ándale ma, no quiero que me lo ganen!

LAURA ELENA: Chiquito tú sabes que conmigo no hay problema, pero no quiero tenerlos con tu padre, ya sabes cómo está por lo de su campaña, anda de un humor, que no se le puede ni hablar. Además, antes tengo que ver lo de esas materias reprobadas, no creas que no me enteré.

EMILIANO: ¡Ay, ya ves cómo eres ma! ¿Qué no me quieres ver feliz?

LAURA ELENA: Sin chantajes o no hay trato.

EMILIANO: Bueno, pero entonces...

LAURA ELENA: Y cuánto quiere.

EMILIANO: Doscientos cincuenta.

LAURA ELENA: ¡Pero Emiliano!

EMILIANO: ¡Ándale ma!, ¿cuento con la lana para mañana?

LAURA ELENA: No tan pronto jovencito, antes déjame hablar con tu padre.

EMILIANO (*toma las manos de su madre entre las suyas y la mira fijamente*): ¿Sabes qué ma? Te adoro, neta, no sé qué haría sin ti.

LAURA ELENA: ¿Tanto melodrama por un coche?

EMILIANO: No ma, en serio.

LAURA ELENA: Emiliano, qué pasa, por qué te pones así, me asustas.

EMILIANO: ¡No sé, de repente sentí mucho miedo!

LAURA ELENA: Te comparto un secreto.

EMILIANO: ¿Cuál?

LAURA ELENA: Que no tienes de qué preocuparte. Recuerda que los buenos escritores, somos eternos...

Ambos ríen y se abrazan.

ESCENA 9

Redacción del periódico. Llega Luis.

LUIS: Perdóname, me salió algo de último momento.

Arturo le entrega un fólder. Luis empieza a leer. Entra Alonso, quien es el nuevo jefe. Luis y Arturo no se dan cuenta de que Alonso anda por ahí y siguen comentando.

LUIS: Está muy completo. Aquí sólo falta que te digan a qué hora se lava los dientes Laura Elena Sada.

Al escuchar el nombre de Laura Elena Sada, Alonso se esconde y pone más atención a la plática de Arturo y Luis. Observa el fólder que Arturo tiene en las manos.

LUIS (intrigado): Se me hace muy raro eso de que acostumbra visitar con frecuencia una vecindad. ¿Qué tiene que hacer una mujer como ella en un lugar así?

ARTURO: Creo que ahí está el punto. La tipa no tiene pinta de “hermana de la caridad” como para pensar que ayuda a los pobres.

LUIS (ve su reloj): Me tengo que ir, tengo una audiencia a la una y ya se me está haciendo tarde.

ARTURO: Te acompaño al elevador.

Luis y Arturo salen. Alonso toma el fólder y lo lee rápidamente. Toma un papel y anota algo. En eso, entra Arturo y lo descubre. Alonso cierra el fólder y simula estar buscando un bolígrafo. Arturo lo observa molesto y toma el fólder.

ALONSO: Perdón, olvidé mi pluma y... ¿no te molesta, verdad?

Arturo no le contesta, después toma su saco y sale con el fólder en la mano. Alonso, marca un número en su celular. Ve para todos lados, cerciorándose de no ser escuchado.

ALONSO: ¿Eres tú?... ¡No sabes lo que me acaba de caer del cielo, es algo sobre la madre de Emily!... Te veo en la noche para contarte (cuelga, para sí mismo): ¡De verdad que los milagros existen, me cae!

ESCENA 10

Una cantina, El Negresco. Luis y Arturo toman una copa. De pronto llega el Mudo con unos periódicos en la mano, le entrega a Luis un papel. Sin que ellos se den cuenta, desde una mesa vecina, Alonso ve y escucha todo. Luis lee en voz alta.

LUIS: ¿Quién de ustedes es Arturo Rentería?, me dijeron en el periódico que aquí lo podría encontrar.

ARTURO (*desconfiado*): Soy yo, ¿por qué?, ¿quién es usted?

Mudo le indica con gestos que no puede hablar y le entrega una carta. A medida que Arturo la lee, su expresión es de sorpresa. Al terminar se la pasa a Luis, quien tiene la misma reacción.

ARTURO: ¡Qué pruebas tiene!

Mudo saca de su valija unos manuscritos y se los entrega a Arturo. Éste los hojea y se los pasa a Luis.

ARTURO: ¡Son manuscritos de algunas novelas de la Sada! (*pausa*) ¿Así que usted vive con la persona que ha escrito esto?

Mudo asiente.

ARTURO: ¿Es su... esposa?

Mudo le dice que no. Que él solamente ha sido su criado y su secretario; escribe a máquina lo que Marcela le dicta. Muy agitado, le dice que ha sido Marcela quien las ha escrito todas.

ARTURO: Cálmese (*ve su reloj*), tenemos tiempo; vamos a tratar de entendernos. Dígame algo, ¿por qué vino conmigo para esto?

Mudo le enseña los periódicos y le señala algo.

ARTURO: Ah, por lo de los artículos sobre plagio que están saliendo en el periódico.

Mudo asiente.

ARTURO: Ya le dije lo que pienso hacer, ¿cuento entonces con su ayuda?

Mudo asiente.

ARTURO: Bien, pues si la señora quedó en recoger mañana los capítulos, no podemos perder esa oportunidad.

Mudo asiente.

ARTURO: Entonces nos vemos hoy por la noche.
LUIS (*al mudo*): Disculpe, tengo una duda, ¿por qué hace usted esto?

Mudo escribe algo y se lo entrega a Luis, él lee en voz alta.

LUIS: Marcela está muy enferma, necesita ayuda.

Dicho esto, Mudo se despide y se va. Luis y Arturo sólo se miran.

ARTURO (*eufórico*): ¡Ésta es la evidencia que necesitaba!

LUIS: Se ve que el mudito anda “hasta las chancas” por ¿cómo se llama?

ARTURO: ¡Marcela, Marcela Lascuráin!

LUIS: ¿Y será verdad todo lo que nos contó?

ARTURO: Me dio la misma dirección que está en el reporte. ¡La vecindad! ¿Te acuerdas?

LUIS: ¡Sí, sí claro!, bueno y ahora...

ARTURO: Mañana en la noche la tengo que grabar, es un hecho.

ESCENA 11

Departamento de Marcela. Mudo entra y encuentra a Marcela acostada, se ve muy demacrada.

MARCELA: ¿Dónde estabas?

Mudo se encoge de hombros.

MARCELA: ¡Aquí es donde tienes que estar, para eso te pagan! ¿Ya arreglaste la gotera?

Mudo la ignora.

MARCELA: ¡Te estoy hablando, por qué estás así!

Mudo sigue en la misma actitud. Intenta darle de comer, pero ella lo rechaza.

MARCELA (*agresiva*): ¡No tengo hambre, ya te

dije que quiero un trago, por qué vaciaste la botella!

Mudo se pone a recoger un poco el departamento.

MARCELA: ¡Con una chingada!

Mudo sigue sin hacerle caso.

MARCELA (*grita*): ¡Que quiero un trago! ¿Ahora tampoco oyes?

Mudo va hacia donde está el pájaro y lo observa. Al parecer, el ave se ha salvado, él sonríe.

MARCELA: ¡Aún no hemos hablado de lo que pasó ayer!

Mudo la observa, sin reacción alguna.

MARCELA: ¡Ah entiendo, por lo que veo, lo único que querías era acostarte conmigo y después mandarme a la chingada!

Mudo golpea fuertemente la mesa y sale furioso del departamento dando un portazo. Marcela va hacia un mueble en donde tiene guardada otra botella, bebe y respira complacida.

ESCENA 12

Escena simultánea de Alonso y Emiliano. Este último está muy drogado, mira hacia todos lados temiendo ser descubierto, habla por celular. Alonso,

consciente, también habla por celular. Un cenital ilumina a Emiliano.

EMILIANO: ¿Alonso?... sí güey, ando aquí por la universidad, ven por fa... no... me dijo que a lo mejor mañana, pero que antes tiene que hablar con mi papá. No güey, estoy bien... estoy... en la puerta del cielo, me cae... no, de verdad, todo está, ¡chido!, pero escúchame, ¡quiero que me consigas de la buena güey y pronto!... okas, pero si al rato no me llamas, me lanzo al periódico, a tu casa o adonde sea güey, pero yo te encuentro, me cae... ¡va! (*cuelga*).

El cenital, ahora ilumina a Alonso.

ALONSO: ¡Pásame al Esponjas, rápido! (*pausa*) ¿Esponjas?... mira, ya tengo la hora y el lugar. Ahora no va a ser una, sino dos “las palomitas enjauladas”; así, ya sabes quién, nos va a tener que soltar la “marmaja” sin chistar. Digo, si quiere ver vivas a sus “palomas”. ¡Habrá más lana para repartir y yo quedo tablas con lo que les debo güey! Sí, al rato les explico a ti y al Hulk cómo va a estar el rollo (*cuelga*). ¡Ni modo Emily, quien te manda tener tanta lana cabrón!

ESCENA 13

Departamento de Marcela. Ella duerme. Entra Laura Elena y cierra dando un fuerte portazo. Marcela despierta.

MARCELA: ¿Qué pasa?

LAURA ELENA: Vengo por los capítulos. ¡Te dije claramente que los quería completos para hoy!

MARCELA (*desperzándose*): No los tengo.

LAURA ELENA (*muy enojada*): ¿No los tienes... por qué?

MARCELA: ¡Porque estoy enferma!

LAURA ELENA: ¡De cuando acá embriagarse es estar “enferma”, pero ya me cansé. Escúchame bien, el trato que hicimos hace años para que tú escribieras las novelas a cambio de que yo te mantuviera, se terminó. No me entregues los capítulos si no quieres, pero a ver ahora qué haces para no morirte de hambre!

MARCELA: ¡Prefiero morirme de hambre antes de seguir así, me tienes harta! ¡Si tanto te urgen los malditos capítulos, escríbelos tú!

LAURA ELENA (*furiosa*): ¡Espero que estés lo suficientemente sobria para darte cuenta de lo que estás diciendo y de las consecuencias que esto va a traerte!

MARCELA: ¡Claro que estoy sobria, fíjate que hasta me están dando ganas de denunciarte, para que todo el mundo sepa quién es en realidad “la talentosa” escritora Laura Elena Sada!

LAURA ELENA: ¡Qué ingenua, seguramente la denuncia de una borracha desconocida, es algo que los jueces van a creer de inmediato!

MARCELA: ¿Tienes... miedo?

LAURA ELENA: ¿Miedo de ti? ¡Por favor! ¿Se te olvida quién soy, las relaciones que tenemos mi marido y yo? Esto él lo arregla en un instante y de mi cuenta corre que si te atreves a ha-

cer algo, termines en la cárcel por el resto de tus días. Para empezar, ¿qué te parece si te la volteo?, te acusaría de difamación, falso testimonio y daño moral. ¡Así que mejor te quedas bien calladita, porque no sabes con quién te pones!

MARCELA: ¿Sabes una cosa?, hasta este momento me estoy dando cuenta de que no he sido la única prisionera de esta historia. En fin, cada quien sus cárceles, ¡pero se debe sentir de la chingada lucirse a expensas del talento de otros; estar cuidándote siempre para que no descubran tu mediocridad.

LAURA ELENA: No puedes negar que lo he hecho muy bien.

MARCELA: Si yo hablara...

LAURA ELENA: ¡No seas estúpida! Aquí y en China, la balanza de la “justicia” siempre se inclina del lado de las monedas. Cómo se nota el “poco mundo” que siempre has tenido querida.

MARCELA: ¡Me das lástima!

LAURA ELENA: ¡Si por alguien debes sentir lástima, es por ti! (*pausa*) Te lo advierto, no te metas conmigo porque te va a pesar. Ah y dile ahora a tu “amorcito” que trabaje para que te mantenga, porque yo, hasta aquí llegué!

Laura Elena toma su bolsa y sale furiosa del departamento. Momentos después, salen del baño Mudo, Arturo y Luis... Marcela, muy sorprendida.

MARCELA: ¿Pero qué significa esto, quiénes son ustedes, por qué están en mi casa?

ARTURO: Discúlpenos señora, no fue nuestra

intención asustarla (*le extiende la mano*), mi nombre es Arturo Rentería, periodista...

ESCENA 14

Vemos a Laura Elena en la calle, va pensativa, y se detiene de una pared. Alonso y Emiliano acercándose al mismo punto.

EMILIANO: ¿Ya llegamos?

ALONSO: Sí. Te prometí que te iba a conseguir de “la buena” a un súper precio y me dieron esta dirección.

EMILIANO: ¡Pero qué vamos a hacer, hay que pagarle al Hulk, y mi mamá todavía no me dice si me va a poder dar el dinero güey!

ALONSO: No te preocupes, ya sabes que siempre te lo da. Además, yo creo que lo de la pistola fue nada más para darnos un sustito. El Esponjas me contó que la poli anda tras ellos. No les conviene matarnos por unos cuantos pesos, llamarían mucho la atención (*pausa*). ¡Ay, no me acuerdo si le puse bien la alarma a la camioneta, mejor voy a ver, por aquí son bien pinches ratas güey!

EMILIANO (*voltea temeroso*): Pero...

ALONSO: ¡Ahorita vengo carajo!, adelántate. Espérame ahí en la esquina.

EMILIANO: ¡No tardes güey!

Alonso desaparece en la oscuridad. Emiliano avanza con miedo, de pronto, mira a una mujer y reconoce a su madre.

EMILIANO (*desconcertado*): ¿Mamá?, ¿tú?, ¿qué haces aquí?

LAURA ELENA (*igual de desconcertada*): ¡Emiliano! ¿Qué es lo que tú haces aquí? (*se acerca para verlo de cerca*) ¡Y en ese estado!

EMILIANO (*se siente descubierto*): Yo...

LAURA ELENA: ¡Yo!

Aparecen dos tipos vestidos de negro (Hulk y Alonso), con medias en la cabeza y pistolas. Hulk los amenaza.

HULK: ¡Quietos o se mueren!

Alonso se abalanza sobre Laura Elena y Hulk sobre Emiliano. Laura Elena y Emiliano forcejean con los delincuentes, de pronto se escucha un disparo. Laura Elena cae lentamente, Emiliano logra zafarse y corre a abrazarla. Hulk detrás de él lo vuelve a sujetar.

EMILIANO: ¡Mamá, mamá!

ALONSO (*muy nervioso*): ¡Qué hiciste pendejo, ése no era el plan, mataste a la vieja, era nuestra minita!

HULK: Yo qué, ella fue (*jadea*), qué hacemos Alonso, ¿nos cargamos al chavo?, ¡el Esponjas ya tiene lista la camioneta!

Al escuchar el nombre de Alonso, Emiliano reacciona con furia y se abalanza sobre él. Hulk trata de quitárselo, Emiliano está como loco.

EMILIANO: ¿Alonso? ¡Maldito hijo de puta!

El Hulk y Alonso golpean a Emiliano para inmovilizarlo.

ALONSO: ¡Vámonos!

HULK: ¡Pero ya lo tenemos cabrón, piensa en la lana!

ALONSO (*grita*): ¡Vámonos te digo, eres un pendejo maricón!

HULK: ¡Órale, pero tú nos pagas güey, de eso me encargo yo!

Alonso y Hulk desaparecen en la oscuridad. Arturo, quién ha escuchado los disparos, llega apresurado. Ve a Emiliano golpeado y llorando, y a Laura Elena muerta, en medio de la calle. Marca un número en su celular. Se escuchan sirenas de policía.

ESCENA 15

Redacción del periódico. Vemos a Arturo sentado frente a su computadora. Llega Luis.

LUIS: ¡Dichosos los ojos, desde que soy gente importante ya ni hablo!

ARTURO (*ríe*): No mames.

Luis le da un abrazo.

LUIS: En verdad, te felicito por lo del ascenso.

ARTURO: Todavía no me la creo hermano, pero gracias, sé que tú sí lo dices de corazón.

LUIS: ¿Se sabe algo de Alonso y Emiliano?

ARTURO: No que yo sepa, los dos andan “desaparecidos”. Lo último que supe, es que a Emiliano

lo sacó su padre del país, de inmediato. Pero al rato, cuando las aguas estén más tranquilas, van a parecer. Sólo que ahora con nuevo look, ya ves que ahora así se acostumbra, ¿no?

LUIS: Por cierto, me comentaron que a pesar del escándalo, Guillermo Sada es favorito para ganar una senaduría en la cámara.

ARTURO: Lo sé.

LUIS: Ándate con cuidado. Oye, ¿y la escritora?

ARTURO: No he sabido nada de ella, ha de seguir encerrada en su casa. No entiendo, creí que lo primero que iba a hacer era gritarle al mundo que ella era la verdadera escritora; pero desde que Laura Elena murió no ha querido ver a nadie. No sabes la cantidad de llamadas que llegan al periódico solicitándole entrevistas, conferencias de prensa, etcétera. Tampoco que yo sepa ha iniciado ningún trámite en Indautor para arreglar lo del pago de sus regalías, no me explico cómo pensará sobrevivir ahora.

LUIS: ¿Y el mudo?

ESCENA 16

Departamento de Marcela. Vemos a Marcela sentada en la mecedora, viendo por el tragaluz, fuma. Mudo aparece con su vieja valija en una mano y su jaula con el pájaro en la otra.

MARCELA: ¿Y eso?

Mudo le dice que se va.

MARCELA (*sorprendida*): ¿Te vas?, ¿adónde?, ¿por qué?

Mudo le dice que ella ahora tiene que empezar una nueva vida.

MARCELA: ¿Una nueva vida?, ¿a qué “nueva vida” te refieres?

Mudo le dice que no puede seguir escondida siempre y que tarde o temprano va a tener que enfrentar al mundo.

MARCELA: ¿Y enfrentar al mundo ahora... para qué?

Mudo tiene el impulso de abrazarla, pero se detiene.

MARCELA (*grita*): ¿Es que no te das cuenta? (*pau-*
sa) ¡Qué lugar va a ocupar una borracha desconocida, si para el mundo entero ella era la escritora, la que autografiaba los libros, la que daba las conferencias, la que recibía los premios, el hecho de que esté muerta, no cambia nada; yo también he estado muerta todos estos años y lo peor es que fue porque yo así lo quise! ¡Cómo pretendes ahora, que yo hable de todo esto en “cadena nacional”! Repetir una y otra vez lo mismo. Convertirme en la “noticia de moda”. Enfrentar a los reporteros que me harán toda clase de preguntas, que estarán pendientes de mis gestos, de si me tiemblan o no las manos o la voz. Estaré en boca de todos, unos para tenerme lástima, otros para burlar-

se, ¡y quién sabe cuantas pendejadas más! No Mudo, me niego a ser un fenómeno de circo o a ser el botín de las televisoras para elevar los “ratings”. A pesar de todo, todavía conservo una pizca de dignidad y te juro que la voy a defender hasta el final. No sé qué carajos voy a hacer conmigo en adelante, pero la voy a defender, ¡me voy a defender!

Marcela respira profundo y después se acerca a la jaula, observa al pájaro.

MARCELA: ¿Sabes?, creo que vas a ser un buen veterinario. ¡Ahora lárgate, qué esperas, aquí ya no tienes nada que hacer!

Mudo va hacia el librero, saca una de su novelas, y se la pone en las manos. También toma el pequeño globo terráqueo, le da vueltas, y se lo entrega. Luego, se acerca y la besa largamente. Después sale del departamento para siempre. Al escuchar que la puerta se cierra, Marcela va hacia la botella y se sirve licor, bebe un poco y después avienta la botella contra la pared. Se calma poco a poco. Toma nuevamente el globo terráqueo, lo observa y se asoma al tragaluz... se hace oscuro lentamente. Escuchamos como música de fondo, la canción Piensa en mí, de Agustín Lara. Oscuro final.

FIN

FINAL FELIZ

/ **ANA DÍAZ SESMA**

PERSONAJES

ANTONIA, Escritora, 40 años

MARINA, prostituta, 32 años

MACUANO, mecánico, 34 años

GONZALO, músico, 40 años

ESCENA 1

Cuarto de motel. Junto a la ventana hay una mesa con dos sillas. Marina termina de tener relaciones con un cliente menudito, al cual tiene amarrado de pies y manos. Hay un látigo sobre la cama.

MARINA (*mientras desata al cliente*): Son seiscientos, papito, y no te estoy cobrando los latigazos. Ésos son aparte.

El cliente paga a Marina. En su cuerpo hay marcas de latigazos recientes. Sale. Marina saca sus guardaditos de abajo del colchón y empieza a contar. Macuano sale del baño con su overol de mecánico.

MACUANO: ¡Uta! Pensé que nunca ibas a acabar, mi reina.

MARINA: El que no acababa era ese cabrón.

MACUANO (*empieza a contar el dinero con ella*): ¡Híjoles! Ya juntamos algo. Me saliste rete chambeadora.

MARINA (*orgullosa*): ¡Ora! Pues tú nada más júntate conmigo.

Ríen y se besan.

MACUANO: Sí, bien chambeadora y con boquita de trailerero. Ni creas que no oí todo lo que le decías al cabrón ése, mientras te lo madreabas.

MARINA: Pus ni modo, al cliente se le tiene que dar lo que pida. Ya sabes lo cochinitos que son algunos, como el flaquito ése. ¡Quién lo viera!

MACUANO: Sí, no me tienes que decir (*excitado*,

suelta puñetazos al aire). ¡Cuántas veces no he estado a punto de salir del baño y madrearme a ese pinche faquir. Sólo me aguanto por respeto a tu trabajo.

MARINA: Más te vale. Ése es de los que siempre paga sin regatear. Ya me entere qué tiene billete.

MACUANO: ¡Voy a creer! Mugre pulgoso. No ha de tener ni donde caerse muerto.

MARINA: ¡Oh, si te lo digo es por algo! Me lo dijo, la Liseth. Que dizque le va re bien en su changarro de mariscos del mercado.

MACUANO: Pues entonces eres una babosa, porque le deberías cobrar el doble.

MARINA: ¡No, pues tampoco me gusta abusar!

Marina guarda el dinero abajo del colchón.

MACUANO: Tú sabrás.

MARINA: Ya me pican las ansias porque llegue el día en que podamos hacernos de un lugarcito para nosotros, Macuano.

MACUANO: Sí, en este cuchitril ya no se puede estar. Ni siquiera el ventilador sirve. Me cae que si aguanto, es sólo por ti.

MARINA: O porque te echaron de tu cuarto de azotea por no pagar la renta.

El Macuano se rasca el pecho, luego empieza a dar manotazos en el colchón tratando de matar una pulga.

MACUANO: ¡Canija pulga de burdel barato! ¡Ya me picó! Diles a tus clientes que se bañen de vez en cuando, chingada.

Marina no responde. Está metida en sus propios pensamientos. Se asoma por la ventana y suspira.

MARINA: Aunque sea un lugar chiquito, pero con una ventana bien grande, de donde se pueda mirar el cielo. No como aquí, que lo único que vemos son las ventanas de los otros moteles y la única brisa que nos llega es el olor a vísceras de animal muerto del mercado.

El Macuano se tira boca arriba sobre la cama y prende un cigarro.

MACUANO: Te conformas con cualquier cosa, mi reina. Se me hace que por eso te quedaste conmigo. Pero yo sí me voy a lo grande. Quiero una pinche casa con las puertas doradas, como las residencias bien acá de los ricachones, y con ventanas de esas que no se ve nada desde afuera, para que te puedas pasear encueradota por toda la casa sin que ningún pendejo te vea. Y nada que algo chiquito, una mansión, con un chingo de cuartos donde quepan todos los chamaquitos que te voy a hacer.

MARINA: Tú siempre estás soñando. Para tener una casota así se necesita tener harta lana. Pero pues nosotros, ni volviendo a nacer.

MACUANO: No seas tan aguafiestas (*apretándole los cachetes*). Aguánteme tantito, mi chula, y va a ver que un día le voy a dar la vida de reina que se merece.

MARINA: Me conformaría que me des de vez en cuando pa' el gasto.

MACUANO: ¡Me lleva! ¿Ya vas a empezar otra vez con lo mismo? Si sabes que me parto el lomo en el taller pa' sacar unos cuantos clavos que apenas me alcanzan.

MARINA: Porque te lo gastas todo en la parranda.

MACUANO: ¡Ahí, vas de nuevo! Pareces disco rayado. Mejor me voy a donde sí me comprendan.

Macuano se levanta. Marina lo detiene.

MARINA: Ay, no te enojés, Macuano. No te lo digo por gacha, sino porque me preocupo por nuestro futuro.

MACUANO: ¿Crees que a mí no? ¿Crees que cuando me voy de pedo no me entra luego el remordimiento? Tú nunca has sentido esa angustia, pero se siente bien gacho (*pausa*). Bueno, ¿y qué no me vas a dar nada de comer?

Marina saca del buró una torta. Se la da a Macuano.

MARINA: Es de huevo con chorizo y pata, como te gustan.

Macuano come voraz.

MACUANO: ¿Me voy a pasar la torta a huevo, sin nada con qué empujármela por el pescuezo?

Marina saca una botella de Pepsi. Sirve en un vaso y se lo pasa a Macuano. Éste toma el refresco.

MACUANO: ¡Huácala, está caliente!

MARINA: ¿Pues qué quieres, muñeco? Cómprame un refri para mantener tus refrescos fríos.

MACUANO: ¡Cómprame, cómprame! Es lo único que saben decir las viejas. Y uno que a duras penas saca pa' irla pasando.

MARINA: Por eso yo soy la que me tengo que chingar trabajando.

MACUANO (*viéndola burlón*): ¿Trabajando? ¡Ja! Bien que te gusta la taloneada, si la gozas. ¿Cómo gemías el otro día con el cachetes de mofle, aquél? (*empieza a emitir pequeños gemiditos*): más, papito, más, y él te contestaba: ¡calla, perra, calla!

MARINA: No mames, Macuano. Sabes que es parte de la profesión.

MACUANO: Y ya no te dije nada porque no tenía ganas de armar panchos, pero ¿crees que no te oí cómo le decías muñeco al licenciadito puñal de la otra noche? Sabes que te dejo hacer cualquier cosa con ellos, pero muñeco aquí, sólo hay uno, y ése soy yo. Si te vuelvo a oír decirle muñeco o muñequito a cualquiera de los maricones que te vienen a coger, te lo juro que ahora sí, no me vuelves a ver ni el polvo. Mira que razones no me faltan pa' largarme de aquí.

MARINA: Cuando te pones así, mejor ni te hago caso.

Macuano sigue comiendo su torta mientras ve a Marina con coraje, quien ha empezado a recoger un poco el cuarto.

MACUANO: Ya me voy. ¿Me das para mi camión?

MARINA: ¿Qué? ¿Otra vez sin feria?

MACUANO: Pues, ¿qué quieres? El culero del Be-toques me volvió a correr del taller.

MARINA: ¿Otra vez? ¿Ahora qué hiciste?

MACUANO: ¡Me lleva la chin..! ¿Por qué siempre quieres saberlo todo? ¿Crees que estoy de ánimo para darte explicaciones en estos momentos? (*abre su torta y la inspecciona*) ¿No tienes unos chipotlitos?

MARINA: Si quieres chipotles, que te los dé tu madre.

MACUANO: ¡Híjoles! Mejor pinto mi raya contigo. Estás de mírame y no me toques.

MARINA: Órale, ya trujiste. Ahueca el ala.

MACUANO: Pus'ora no me voy, fíjate.

El Macuano sigue comiendo su torta muy campante. Toma refresco y eructa varias veces, cada vez más fuerte, esperando la reacción de Marina. Ella lo ve enojada. Él acaba de comer y se levanta. Se peina frente al espejo.

MACUANO: Mejor sí me voy a un lugar donde aprecien lo que valgo. Ahí te ves, muñeca.

MARINA: Pérate, tampoco te pongas así. Ya, vamos a hacer las paces, muñequito.

MACUANO: Después, ahorita necesito mi espacio.

Macuano sale. Marina se queda afligida. Al poco rato tocan la puerta. Ella abre apresurada y se desilusiona cuando ve a Antonia, quien entra y deja su saco y bolso sobre la cama.

ANTONIA: Se acaba de ir, ¿verdad?

MARINA: Sí.

ANTONIA: Entonces, ¿qué esperas para salir de aquí? (*saca una maleta de abajo de la cama y empieza a echar ropa de mujer que va sacando de los cajones*) Ya está pagada la renta del cuarto.

MARINA (*angustiada*): Pero, ¿cómo?, ¿así no más? No me puedo ir sin despedirme, sin darle razón.

ANTONIA: ¡Por Dios, Marina! Sal de aquí antes que regrese.

MARINA: No, no puedo. Es demasiado pronto. Merece otra oportunidad.

ANTONIA: Bueno, ¿tú acabaste de perder la razón por completo o qué? A estas alturas, ya tienes que haberte dado cuenta que el Macuano es una bestia, un bueno para nada, un... un borracho.

MARINA: No, eso no es cierto (*recapacita*). Bueno, sí es cierto, pero estás diciendo sus puros defectos. Además, tú lo pusiste en mi camino, ¿y ahora quieres que lo deje cuando lo tengo más clavado en mi corazón?

ANTONIA: Mira, aunque te duela tienes que echarle cabeza. Piensa en el futuro que te espera con el Macuano.

MARINA: Pues pa' que te lo sepas, si tenemos futuro, ya hasta lo estamos planeando. Vamos a vivir en una casita y a tener una familia...

ANTONIA: Qué ilusa eres (*pausa*). ¿Qué te pasa, Marina? Unos días antes, tú misma dijiste que el Macuano no te merecía. Acuérdate cómo llegó de tomado la otra noche. Después

de decirte que ya estabas vieja, vomitó en tu colcha. Luego se tendió en la cama como un cerdo desparramado y pas, de pronto el caballero se quedó dormido. Todavía tú de mensa, le curaste la cruda en la mañana.

MARINA: Bueno sí... pero después, estaba tan arrepentido el pobre, que me llevó a los mariscos El Rey para contentarme.

ANTONIA (*perdiendo los estribos*): ¡Sí, pero tú pagaste!

MARINA: ¡Otra vez con lo del dinero! Es lo único que te importa... pues fíjate que para mí eso no lo es todo. Ese día se la pasó diciéndome cosas bonitas al oído para que lo perdonara por lo de la noche anterior. También me regaló un collar (*se toca un collar de conchitas que tiene en el cuello*).

ANTONIA (*ve a Marina, incrédula*): ¿Por qué me mientes a mí? Sabes bien que eso nunca sucedió.

MARINA: Tú te crees que lo sabes todo de nosotros, pero no es así.

ANTONIA (*ardida*): Entonces, seguramente se robó ese collar y te inventó que te lo compró. Ese sujeto sería capaz de robarle a su propia madre (*sale, entre dientes*), si viviera todavía.

MARINA: Pues si el Macuano es como es, no es culpa suya. Al infeliz lo golpearon tanto de chamaco, que se quedó sin entendimiento y por eso es como es. Pero en el fondo es bueno.

ANTONIA: ¡Qué ciega estás!

MARINA (*reriminatoria*): La vida se ha emperado con él. Le dio una infancia peor que la mía, con ese padrastro golpeador y una mamá más puta que yo. Ya de nacimiento traía poco

gusto por el trabajo y mucho por el trago, y no conforme con eso, el destino lo pasó a chingar con la punta de amigotes buenos para nada que le puso en el camino y que siempre me lo están sonsacando al vicio.

ANTONIA: ¡Y ni así lo quieres dejar! El tipo me recuerda la imagen del hombre primitivo de las monografías del paleolítico. Un orangután con un poquito de entrenamiento, sería más refinado que él. ¡Y luego, cuando se las da de galán y se vacía esa loción que huele a jabón de baño público, ni quién lo aguante!

MARINA: ¿Qué te pasa? Si yo se la regalé. ¿No te acuerdas? Creo que fue en su cumpleaños. Ese día, cuando llegó del taller todo mugroso y cansado, yo le tenía un pastel con muchas velitas...

ANTONIA (*perdiendo la paciencia*): Por favor, vete antes de que vuelva. Después será más difícil dejarlo.

MARINA: Ya te dije que no me puedo irme así. Además, tengo dos clientes pal rato y esa suerte no la voy a desperdiciar.

ANTONIA: Por eso no te preocupes, ya te conseguí otro trabajo. ¿O qué? ¿Quieres seguir en esto siempre?

MARINA (*reflexionando*): Pus no me va tan mal.

ANTONIA (*impaciente*): ¡Ay, a veces es imposible hablar contigo! Me tienes harta.

MARINA: Yo creo que de quien estás harta es de ti misma. Siempre viendo el lado negativo en todo. Lo amargado se te está reflejando en la cara. ¡Mírate, toda desguanzada y fachosota! En vez de estar arreglando la vida de otros, deberías pensar en un cambio de peinado, te-

ñirte el cabello, maquillarte más, un poquito de arreglo no te vendría mal.

ANTONIA (*mirándose al espejo*): ¿Lo dices en serio?

MARINA: Pues si no te lo digo yo, ¿quién? Ven, siéntate, déjame si quiera ponerte tantito rubor. Te ves enferma.

Antonia se sienta en la cama. Marina saca sus cosméticos y empieza a maquillarla.

ANTONIA: ¡Poquito, eh! No se te vaya a pasar la mano.

MARINA: ¡Oh, tú déjame a mí! Te voy a dejar como artista de telenovela.

ANTONIA (*después de una pausa*): ¿Cómo puedes vivir con ese simio disfrazado de mecánico en este cuartucho de motel?

MARINA: Hay lugares peores. Por lo menos aquí estoy sola con el Macuano. De chamaca vivíamos diez en una pocilga más chica que esto. Yo tenía que dormir con cinco hermanos y...

ANTONIA: Ya lo sé, no me lo tienes que recordar. Pero por eso, por lo mal que la has pasado, deberías de estar feliz de que alguien, o sea yo, te dé la oportunidad de cambiar tu situación.

MARINA: Pues es que ya me acostumbré a esto. Y por cierto, yo nunca te pedí que me ayudaras.

ANTONIA: Eres una malagradecida. Eso es lo que eres.

MARINA: Tan poco estoy tan de la chingada. Además, el Macuano no es un simio. Sus modales no serán los de un señorito, pero pues, ni que yo fuera una princesa. ¡Ay, no te mue-

vas, que te voy a poner mal el bilé! (*pausa*) Cuando se lo propone es rete cariñoso y en la cama es... es... es bien querendón, pero bueno, tú no tienes por qué enterarte de nuestras intimidades.

Antonia ve su reloj alarmada. Se levanta y se ve al espejo. Se quita un poco de rubor con la mano.

ANTONIA: Cuando te montas en tu burro, no hay quien te baje. Tarde o temprano, te convencerás tú misma que puedes aspirar a algo mejor (*viéndose al espejo*). Se te pasó la mano, me dejaste como payaso.

MARINA: No te quites el rubor, que te ves bien guapota, y te verías más si te pusieras de vez en cuando vestido y tacones, no que siempre andas tapada hasta el cuello y de colores tristes... hay que ser más coqueta, mujer, sino, los hombres ni se te acercan (*le desabrocha a Antonia tres botones de la blusa*).

ANTONIA: ¡Ay! ¡Ya casi va a llegar y yo aquí perdiendo el tiempo contigo! ¿Segura no parezco prosti?

MARINA: ¿Esperas a alguien?

ANTONIA: Sí... un amigo.

MARINA: ¿Quién? (*maliciosa*) ¿A poco a ése re guapote con el que te has estado dando tus buenos revolcones? Ay, canija, aunque lo quieras tener bien calladito, esos ojos tuyos de enamorada te delatan. Pero, no lo vas a recibir con esa ropa, ¿verdad? ¿Qué no tienes algo más provocativo?

ANTONIA (*tajante*): Ya me tengo que ir. Gonzalo no tarda en llegar.

MARINA: Pérate, manita. ¿No me lo vas a presentar?

ANTONIA: ¿Estás loca?

MARINA: Después de tanto tiempo de conocerlos, es justo que les platiques a tus amistades de mí. ¿Cuándo te organizas una cenita de parejas? Tú, Gonzalo, el Macuano y yo. Prepararía unos nopalitos en salsa verde que me quedan pa' chuparse los dedos.

ANTONIA: ¡Por Dios! Deja de hablar disparates. Y ni creas que se me olvida a lo que vine... acuérdate que no voy a descansar hasta verte lejos del Macuano.

Antonia se despide de Marina y se dirige a la mesa. Antonia pone una mesa romántica con copas y vino. Mientras tanto, Marina se queda sentada sobre la cama. Al poco rato entra el Macuano muy borracho y feliz.

MACUANO (*cantando y señalando con el dedo a Marina*): Yo sé bien que estoy afuera, pero el día en que yo me muera, sé que tendrás que llorar... llorar y llorar...

Marina acuesta en la cama al Macuano. Le quita los zapatos y lo tapa. Después se sienta junta a él y le acaricia la cabeza.

MARINA: ¡Ay, Macuano! ¿Qué voy a hacer contigo?

MACUANO (*levantando un poco la cabeza*): ...dirás que no me quisiste, pero vas a estar muy triste... (*deja caer la cabeza y se empieza a quedar dormido*).

Oscuro.

ESCENA 2

Iluminación a media luz del área donde está la mesa. Hay una botella de vino en una hielera y un plato de almejas en el centro. Música de fondo para la ocasión. Junto a la ventana hay un estuche de violín. Gonzalo sirve el vino y brinda con Antonia. Ambos en actitud seductora beben y comen almejas. Se tocan sus pies por debajo de la mesa.

ANTONIA (*alzando su copa*): Por este momento, por los dos, por nuestros encuentros.

GONZALO (*chocando su copa con la de Antonia*): Por los instantes compartidos, por el destino que nos juntó, por la libertad del amor.

ANTONIA: Sí, por la libertad del amor.

Gonzalo saca del bolso del saco un pequeño perfume y se lo da a Antonia.

GONZALO: Me acordé mucho de ti en mi viaje.

ANTONIA (*abre el perfume y lo huele*): Perfume de gardenias.

GONZALO: Ah sí, como la canción (*tararea mientras se aproxima a besarla*). "...perfume de gardenias, tiene tu boca..."

ANTONIA (*apartándose delicadamente*): Ay, querido, se te olvidó otra vez que soy alérgica a la gardenia. De tu último viaje también me trajiste unos aceites para el baño con fragancia a gardenia. No los pude usar porque te expliqué

que me lleno toda de ronchas con...

GONZALO: Ay, sí, qué distraído soy. Pero bueno, ya sabes, uno entra al Duty Free y compra lo primero que las señoritas le ofrecen.

ANTONIA (*decepcionada*): ¡Ah, del Duty Free!

GONZALO: Sí, el avión se retrasó y tuve tiempo de recorrer todas las tiendas del aeropuerto, para matar las horas.

ANTONIA: Ah, ya veo.

Gonzalo vuelve a llenar las copas. Brindan otra vez.

GONZALO: Por esta relación sin ataduras.

ANTONIA: Por ti y por mí, por nuestra pasión.

GONZALO: ¡Ah, por cierto! Te tengo otro regalito, además del perfume.

ANTONIA: ¿Otro?

GONZALO: Sí. Escucha.

Gonzalo saca el violín del estuche y toca alguna pieza. Antonia lo escucha extasiada.

ANTONIA: ¡Gonzalo! Eso es sublime, es, es... lo mejor que te he escuchado.

GONZALO: Sí. Pasé meses de desvelo ensañando.

ANTONIA (*coqueta*): No me vas a decir que me lo compusiste a mí, ¿verdad?

GONZALO: ¿Cómo crees? Es de un autor austriaco del siglo diecinueve, pero me emociona tanto... cada vez que escucho esta pieza, me acuerdo de mi maestro de geometría en la escuela que siempre me impulsó a...

ANTONIA (*desilusionada*): ¿De tu maestro de geometría?

GONZALO: Sí, te digo que él siempre me motivó

a ser el número uno y a nunca conformarme en la vida...

ANTONIA: ¿Y no podrías ahora tocarme algo que te recuerde a mí?

GONZALO: Ay, pues no sé, en estos momentos no... mejor en otra ocasión. Ahora tenemos cosas más importantes qué hacer, ¿no crees?

Gonzalo guarda en el estuche su instrumento. Antonia lo abraza y lo besa apasionadamente. Le quita el saco y la corbata.

ANTONIA: Tengo unas burbujas nuevas con aroma a sándalo, ¿te gustaría estrenarlas?

GONZALO: Mmmm, ¿por qué no? Un baño de tina nos va a caer de maravilla.

ANTONIA: ¿Te gusta que te tallen con estropajo o esponja?

Ella lo conduce al baño y cierra la puerta.

GONZALO (*en off*): Prefiero esponjita.

ANTONIA (*en off*): Y yo prefiero estropajo.

Se oye el chorro de agua llenando la tina. Voces y risas de ellos cada vez más lejanas. Se hace oscuro en la mesa y se ilumina la cama. Marina camina de un lado a otro de la habitación. Está nerviosa. El Macuano sigue dormido. Ella se aproxima a él y lo despierta.

MARINA: ¡Órale! Ya despiértate, muñequito, que esta historia tiene que continuar.

El Macuano despierta asustado, después de haber

estado soñando pesadillas. Tarda en cobrar conciencia.

MACUANO: ¡Órenle, estese quieto o me lo voy a tener que surtir parejo!

MARINA (*sacudiéndolo*): Despierta, Macuano... estás en otra de tus pesadillas.

MACUANO (*cobrando conciencia*): Ay, estaba soñando bien gacho, con mi padraastro, ¿tú crees? El muy ojete me estaba haciendo cosquillas en las plantas de los pies y yo ya no podía de la risa, y ya quería que me dejara, porque me dolía la panza de tanta carcajada. Le decía que ya se estuviera sosiego, pero él seguía, y hasta me estaban dando ganas de acomodarle una madriza (*dando puñetazos como de boxeador al aire*), pero me aguantaba porque ya lo veía bien viejito y acabado, y pus me daba lástima. Qué bueno que me despertaste, muñeca.

MARINA: Hasta en tus sueños eres bien noble. Otro en tu lugar, sí se lo hubiera madreado, y sobre todo a ése, después de las palizas que te acomodó de chamaco.

MACUANO: Pues sí, pero ¿qué no dicen que no hay que ser rencoroso? Y bueno, ¿qué no me vas a dar de cenar o qué?

Marina saca del cajón otra torta y una malteada.

MACUANO: ¿Otra vez torta?

MARINA: Pero ésta es de huevo. Ándele, no remilgue. La malteada tiene choco milk para que tengas muchas energías. A ver si se te baja la cruda.

MACUANO (*come voraz*): No me has dado para

mi camión, ni creas que se me olvida.

MARINA: Y tú no me has dicho, ¿por qué te corrió el Betoques del taller? Ya habíamos quedado en que te ibas a poner las pilas.

MACUANO: Ay, ya estás peor que mi mamá. Ahorita no se me hinchan las ganas de dar explicaciones. ¿Sabes qué? No voy a seguir hablando contigo hasta que estés más calmada.

MARINA: Si te hago ver tus errores es porque me preocupo por ti, por nuestro futuro. ¿Qué va a hacer de nosotros si sigues así?

MACUANO: No oigo, no oigo, soy de palo, tengo orejas de pescado.

MARINA: ¡Ay, pareces un mocoso! ¿Sabes qué? ¡Vete al cuerno!

Marina saca del cajón una revista sentimental y se echa en la cama a leer. Ella y Macuano se lanzan miraditas de reojo, ambos disimulando que no están pendiente el uno del otro. Se ilumina la mesa. Antonia sale del baño, en bata y con una toalla en la cabeza. Sirve vino en las copas.

ANTONIA (cantando): “...perfume de gardenias, tiene tu boca...”.

Gonzalo sale del baño. Se está acabando de vestir y tiene el cabello mojado. Antonia le ofrece la copa de vino. Él la rechaza.

GONZALO: ¿Ya viste qué horas son? Quería dormirme temprano pues mañana tengo que seguir estudiando.

ANTONIA: Quédate a dormir, Gonzalo.

GONZALO: Sabes que me encantaría, cariño, pero

ya conoces mis mañas y me gusta dormir solo y a mis anchas, ¿qué le vamos a hacer, preciosa? (toma el estuche del violín y se despide de ella con un beso) Luego hablamos.

ANTONIA: ¿Cuándo?

GONZALO (la ve fijamente antes de salir): Cuando los dos tengamos ganas de volvernos a ver, mi vida. ¡Bye! (camina hacia la puerta y sale).

ANTONIA: Claro, cuando los dos tengamos ganas de volvernos a ver.

Antonia pone a un lado el vino y el plato de ostras. Saca su computadora y se dispone a escribir. Se ilumina la cama. El Macuano termina de comer, se levanta y le quita la revista a Marina.

MACUANO: Préstamela tantito, sólo en lo que voy al baño.

MARINA: ¿No que ya no me ibas a hablar?

MACUANO: Ah, sí es cierto...

Macuano se mete al baño. Marina se queda sentada en la cama. Se levanta y dirige a la mesa. Se sienta frente a Antonia.

ANTONIA (a Marina): ¡Qué carita! Te ves mal.

MARINA: Estoy cansada, últimamente no duermo bien.

ANTONIA: La verdad, es que a mí me pasa igual. Apenas pongo la cabeza en la almohada y comienzo a pensar en la novela, y el poco tiempo que tengo para entregársela a Inés Robles, mi editora. Trato de ganarle tiempo al tiempo, pero en cuanto me siento a trabajar, no me llega la inspiración (reacciona). Bueno, pero

no sé por qué te cuento todo esto a ti, ya bastante tienes con tus cosas.

MARINA: Si pudiera ayudarte lo haría, pero la verdad, no puedo.

ANTONIA: Claro que puedes. Si aceptaras abandonar al Macuano, dejaríamos de tener tantas discusiones sin sentido y la vida para ambas sería más fácil. No me harías perder tanto tiempo.

MARINA: Me pides lo imposible. Ya te expliqué que no puedo irme, no quiero.

ANTONIA: ¿Qué puedo hacer para convencerte, Marina?

MARINA: Ya sé que quieres lo mejor para mí y te lo agradezco en el alma, manita. Pero, pues la verdad, tú crees que me conoces mejor que yo misma, y la neta, no me conoces nadita. Para sentir como yo siento, tendrías que ponerte en mis zapatos y haber vivido lo que yo (*sale*). No se te olvide que tú estás allá y yo acá, la barrera que nos divide ninguna de las dos la podemos brincar. Si me conocieras siquiera un poquito, sabrías que la nueva vida que me tienes preparada, no es para mí. Me voy a morir de tristeza lejos del Macuano.

ANTONIA: ¿De tristeza? Pero si te voy a mandar a Irapuato con tu hermana Gisela, donde vas a tener la vida que te mereces. Claro, al principio te costará un poco de trabajo, pero más adelante...

MARINA (*interrumpiendo*): ¿Con Gisela? Pero si nunca nos hemos llevado bien.

ANTONIA: Eso era antes. Ahora le va a dar mucho gusto volver a verte. La gente cambia si se lo propone, Marina. ¿Todavía no la puedes

perdonar?

MARINA: De chamacas nos peleábamos por las muñecas y de jovencitas por los hombres. Cuando nos hacíamos de palabras, siempre me decía que yo era una puta... (*reflexiva*) Eso era en lo único que tenía razón.

ANTONIA: Ella puso una pequeña estética donde tú aprenderás a hacer cortes de pelo, tintes y permanentes. Con el tiempo vas a tener una gran clientela (*le da unas palmaditas en la espalda, tratándola de animar*). Ya verás, vas a ser un ejemplo para muchos.

MARINA: Yo no quiero ser un ejemplo para muchos, ni qué la chingada. Yo sólo quiero seguir viviendo mi vida. Date cuenta, vamos a comprar una casita con un chingo de ventanas y a tener un montón de chamacos, ¿qué más puedo querer?

ANTONIA: ¿No te gustaría ser feliz?

MARINA: Pues ¿a quién no?

ANTONIA: Entonces, ¿por qué no dejas que yo te ayude a ser feliz?

MARINA: Pero ya te dije que no te pedí que me ayudarás. ¿O que acaso yo te estoy diciendo qué hacer o qué no hacer con tu vida? ¡Cada quien que se rasque con sus propias uñas y a la chingada con todo!

ANTONIA: Bueno, ¡Ya estuvo! No pienso discutir contigo. Te tienes que ir. ¿No lo entiendes? Ya lo tengo todo arreglado. Tú sólo tienes que tomar tus cosas y marcharte (*saca de su bolso un boleto de autobús*). Mira, ni siquiera tienes que preocuparte por el pasaje.

MARINA (*observando el boleto*): ¿Me vas a mandar en tercera clase?

ANTONIA: ¡De cuando acá tan exigente!

MARINA: Estoy muy cansada. No tengo ánimos ahorita para seguir discutiendo. Por lo menos, ofréceme un trago antes de seguir. Siquiera para alegrarme tantito. Siento el corazón todo apachurrado.

Antonia, resignada, sirve una copa de vino.

ANTONIA: Espero que lo aprecies.

MARINA (*da un trago*): Es un vino joven, pero con carácter.

ANTONIA: ¿Desde cuándo sabes tú de vinos?

MARINA: Algo de ti también se me tenía que pegar, ¿no?

ANTONIA (*ardida*): No te queda hacerte la refina.

MARINA (*mientras echa una ojeada al lugar y ve las conchas de los mejillones y las copas de vino a un lado*): Te la pasaste bien anoche, ¿verdad, mosquita muerta?

ANTONIA: No sé de qué hablas.

MARINA: No te hagas, canija (*maliciosa*). ¿Y qué? ¿Están muy enamorados?

ANTONIA: ¡Ay, cómo se te ocurre! (*incómoda*) Ésta es una relación madura, sin compromisos, de adultos. Nos vemos cuando los dos podemos, sin más.

MARINA: ¿Y te dice que está enamorado de ti y todas esas cosas que a las mujeres nos encantan?

ANTONIA: Ya sabes que a mí me chocan esas cursilerías. Yo no soy como tú.

MARINA: Que se me hace que en el fondo eres bien romántica.

ANTONIA: ¡Ya basta! Tengo que terminar la novela en tres días para mandársela a mi editora. Toma tus cosas y sal de una vez por todas.

MARINA: ¿Cuándo se quedaron de ver de nuevo? Porque sí tienes ganas de volverlo a ver ¿verdad? Sí, sí, se te nota en la cara.

Suena el celular de Antonia. Ésta contesta apresurada.

ANTONIA: ¿Bueno? Ah, claro. Si quieres al rato te marco.

MARINA (*emocionada*): ¿Era él?

ANTONIA: Por supuesto que no. No tendría por qué, ni para qué hablarme, si nos acabamos de ver.

MARINA: ¡Chin, qué lástima! Estarías rete contenta si hubiera sido él, ¿verdad? Sólo para oír su voz diciéndote que no puede dejar de pensar en todo lo que hicieron ayer.

ANTONIA: Los romanticismos absurdos yo no los necesito. Esa palabrería a nosotros nos sobra. Sabemos que esta relación es lo que es y ninguno de los dos esperamos nada más. ¿Satisfecha?

MARINA: Ay, mana, a otra con ese blablabla. A todas bien que nos encanta que nos bajen las nubes, aunque sean mentiras, pero bueno, mentiras bonitas al fin y al cabo. Si vieras como se me pone la piel de gallina cada vez que el Macuano me dice cositas al oído...

ANTONIA: Bueno, ya fue suficiente, ¿no crees? Me estás cambiando el tema para rehuir tu situación. Hasta el momento, me ha faltado mucha firmeza contigo, pero creo que no voy

a tener otro camino, más que forzar las cosas.

Macuano sale del baño y se tira en la cama.

MARINA (a Antonia): Mira, mejor dejamos esta discusión para el rato. Ahorita tengo cosas más importantes en qué ocuparme.

Marina se levanta y se dirige a la cama en donde está el Macuano. Antonia los mira atónita desde la mesa.

MACUANO: ¿Ahora sí me vas a dar para mi camión o qué pedo?

MARINA (burlona): No oigo, no oigo, soy de palo tengo orejas de pescado.

MACUANO (abrazándola y besándola): ¡Ah, no sea payasa!

MARINA (divertida): No oigo, no oigo soy de palo...

MACUANO: De palo me la estás poniendo, canija.

MARINA: A ver si como truenas, cruje.

Empiezan a cachondearse en la cama. Oscuro

ESCENA 3

Marina se maquilla frente al espejo. Antonia fuma un cigarro junto a la ventana. Cuando se acaba el cigarro, se sienta en la cama, desde donde ve a Marina, ésta hace un gesto de fastidio.

MARINA: Ay, mana, no vayas a empezar con la

cantaleta de siempre. Ahorita estoy bien apurada y no te puedo atender.

ANTONIA: Por favor, Marina, las dos tenemos que hacer un esfuerzo ¿OK? (se acerca a Marina quien se pinta los labios) Se te ve bien ese color (Antonia se pinta a su vez los labios, pero no le gusta y se quita el labial con un pañuelo). ¿Crees que es muy fácil estar detrás de ti todo el tiempo para resolver tus problemas?

MARINA: Pues mejor deberías arreglar los tuyos.

ANTONIA (saca de su bolsa un boleto de camión): Mira, ya hasta te cambié tu boleto de camión a primera clase. Sales mañana en la mañana.

Tocan la puerta.

MARINA (a Antonia): Es el Macuano.

ANTONIA (extrañada): Pero, él no tendría que aparecer en estos momentos.

MARINA: Perdón Antonia, pero tienes que irte. Yo también le preparé una meriendita a mi novio, igual que tú. No me alcanzó para almejas y vino, pero de todos modos, va a ser algo rete romántico. Ahuecando el ala. No es porque te corra, pero tres son multitud.

ANTONIA: Es insólito. Ahora resulta que todo el tiempo que he gastado pensando en cómo resolver tu situación, lo quieres echar por la borda. Entiende que tu único destino es Irapuato y el del Macuano la cárcel. ¿Se te olvida el poder que tengo para encerrarlo tras las rejas el resto de su vida?

MARINA: ¿Pretendes mandarlo al bote? ¡Eres una...!

Los toquidos en la puerta se oyen más intensos. Marina jala a Antonia y la empuja al baño.

MARINA: Ya me cansé que nos muevas a tu antojo. Tú y yo tenemos que hablar, pero no ahorita.

Forcejean. Marina empuja a Antonia al baño y la encierra. Atora una silla contra la puerta para que Antonia no pueda salir.

Los toquidos incrementan. Marina abre. Entra el Macuano.

MACUANO: ¿Por qué te tardaste tanto en abrirle a tu muñecote? (*le da un beso arrebatador*).

Él trae una botella de ron y botana de frituras varias. Luego de besarla, pone la botana en la mesa, sirve el ron y prende la grabadora. Se escucha una canción de la Sonora Matancera. Beben, comen y bailan.

MARINA: Hoy cancelé a un cliente. Le dije: esta noche nomás hay para mi muñequito.

MACUANO: Y yo dejé a los cuates plantados, así que aquí me tienes, mi reina. Sírvase con el cucharón y no se haga la de la boquita chiquita.

Se ríen y besan. Se oyen unos cohetes afuera. La luz del resplandor de los cohetes se refleja en la ventana. Marina y el Macuano, tomados de la mano se acercan a la ventana para verlos.

MACUANO: ¡Órale! Se siente rete emocionante ver las chispas de luz estallando en el cielo... (*voltea a verla*) Pero lo más bonito es ver los cohetes abrazado de mi reina.

MARINA: En momentos como éstos, siento mi corazón que va a estallar de puritita felicidad, igual que los cohetes en el aire.

MACUANO: ¡Chale! Qué no sea tanto o hasta me vas a hacer creer que esto sí es amor del bueno.

Ambos se quedan viendo por la ventana, como mirando al infinito, hasta que Marina reacciona.

MARINA: ¡Macuano! No podemos dejar que nos separen.

MACUANO: ¿Quién nos va a separar, muñeca?

MARINA: Los días pasan sin que podamos vivir en paz en nuestra casita, sin que nadie nos moleste.

MACUANO: ¿Por qué ahora tan desesperada? Todavía nos falta un chingo para juntar los centavos. Se me hace que primero te hago a los chamacos.

MARINA: Pues entonces tenemos que pensar en algo más. Debes hablar con el Betoques, pedirle que te deje regresar al taller, trabajar horas extras...

MACUANO: ¡Ay, no seas abusadora! Apenas me estoy haciendo a la idea de que el Betoques me despidió y tú ya quieres que regrese con él.

MARINA: Vamos a hacer algo para salir de este cuartucho. Si seguimos aquí, tengo el presentimiento que algo muy malo va a pasar.

MACUANO: ¡Ay, no mames! ¿Cómo qué?

MARINA: Como que tú acabes en el bote, menos.

MACUANO (*riendo divertido*): Pus ni que fuera a robar un banco.

MARINA (*reflexiva*): ¿Robar un banco? No. Esa idea es descabellada (*como si se le prendiera el foco de pronto*), pero robar a alguien más no es tan mala idea. Mira, si tonto, tonto no eres.

MACUANO: Estás bien loca. ¿No te habrá picado la mosca tsé tsé?

MARINA: Sí, eso es... robarle a alguien. Ya estuvo suave de ser los jodidos de esta historia.

MACUANO: Pus es lo que yo siempre he dicho. Si por mí fuera, ya les hubiera birlado la cartera a varios de tus clientes, pero me he aguantado las ganas con tal de que no vayas a perder clientela.

MARINA: ¡Eso es! Uno de mis clientes... (*reflexionando*) Si es verdad que el flaco ése, tiene el puesto de mariscos en el mercado, ha de estar bien forradito de lana.

MACUANO: Te desconozco, pero ya vas, mi reina... ¿cuándo lo atracamos?

MARINA: Pérate tantito, lo tenemos que pensar muy bien.

MACUANO: Pues a lo que nos truje (*empieza a dar puñetazos de boxeador en el aire*). Ya me calentaste la cabeza y ahora no hay quien me pare. La próxima vez que venga, en lo que tú te lo tiras, yo salgo de debajo de la cama sin que me vea, le doy un tubazo en la cabeza, cojo su cartera y me pelo.

MARINA: Ay, Macuano, luego, luego se ve que nunca has tenido varo. La gente pesuda no

anda por la vida con la cartera repleta de billetes. Si le robamos la cartera lo único que vamos a sacar son doscientos clavos si bien nos va.

MACUANO: En eso tienes razón.

Marina se queda un momento pensativa.

MARINA: Mmmm, se me está ocurriendo algo... pon atención: yo lo amarro como siempre, pero esta vez más fuerte, para que el cabrón no se pueda zafar. En eso, tú sales del baño con una media en la cara para que no te vaya a reconocer, haciéndote pasar por un ladrón cualquiera. A los dos nos amenazas con matarnos si gritamos. Para que no crea que somos cómplices, a mí me agarras de los pelos, apuntándome a la cabeza y me dices que te dé toda mi lana. Yo te la doy, luego haces como que me das un golpe y yo caigo desmayada al suelo. A él, le quitas el reloj, que según la Liseth, cuesta un varote y tiene hasta diamantes y que el muy cabrón no se quita ni para dormir.

MACUANO: Me está gustando tu idea.

MARINA: Luego tú vendes el reloj con alguno del montón de maleantes que conoces y con esa lana podemos irnos lejos y empezar una nueva vida, donde nadie nos conozca (*emocionada*). Hay, muñequito, creo que por fin vamos a poder vivir tranquilos.

MACUANO: Bueno, pero antes de salirme con el reloj, sí me lo voy a madrear tantito, por todas las cochinas que te ha pedido que le hagas.

MARINA: Bueno, pero que tampoco se te vaya a

pasar la mano, qué conste, ¿eh?

Se abrazan y besan y se empiezan a secretar al oído. Se meten adentro de las cobijas. Sólo se oyen cuchicheos y risitas. Bajan luces en el área de la cama y se ilumina la parte de la mesa. Antonia logra forzar la puerta del baño y sale. Suena el timbre. Antonia corre a abrir la puerta. Gonzalo entra con un ramo de flores blancas y ella lo ve emocionada. Recibe el ramo.

GONZALO: Hola.

ANTONIA: ¡Gonzalo, qué sorpresa! (*en referencia a las flores*) Ay, qué lindas. Me encantan (*se echa a sus brazos sin ocultar su emoción*). Llegas justo cuando más te necesito. ¡Ay, mi amor, te he extrañado tanto estos días!

Gonzalo la aparta con suavidad.

GONZALO: Es que tengo que hablar contigo... yo, bueno quiero agradecerte...

ANTONIA: Pero pasa, siéntate. ¿Qué te ofrezco de beber? Tengo un vino que estaba guardando para una ocasión especial (*toma una botella de vino y se la enseña*) y qué mejor que este momento (*lo vuelve a abrazar y lo besa*).

GONZALO (*la vuelve a apartar y se sienta*): ¡No abras nada! Bueno, mejor sí. Una copa me va a caer bien.

Antonia descorcha el vino y sirve dos copas. Se sienta en las piernas de Gonzalo quien apura su copa de un solo trago.

ANTONIA (*al oído de Gonzalo*): ¿Te gustó el baño en tina de la última vez? Ahora tengo unas burbujas con aroma a lavanda y anís. ¿Se te antoja estrenarlas?

GONZALO (*vuelve a llenar su copa y bebe para darse valor*): Es que yo te quiero decir... bueno, que desde que te conocí eres alguien muy especial... eres una mujer maravillosa... eres, eres... eres un pedazote de mujer y no te merezco. Yo no te puedo ofrecer nada.

ANTONIA (*conmovida casi hasta las lágrimas*): ¡Gonzalo, mi amor! Había esperado tanto para oírte decir esas palabras. La que no te merezco soy yo. ¡Estoy tan agradecida con el destino por haber juntado nuestros caminos! No te pido nada, dame lo que tú me quieras dar, de aquí en adelante.

GONZALO: Es que creo que no me expliqué bien. No tengo nada que ofrecerte.

ANTONIA: Y yo te repito que me des lo que me puedas dar.

GONZALO: Es que no te puedo dar nada, ni hoy, ni mañana, ni nunca. ¡Antonia! ¡Me pasó lo que jamás imaginé que me sucedería!

ANTONIA: ¿De qué hablas?

GONZALO: ¡Me enamoré, Antonia! Por primera vez en mi vida. Ella es la mujer más maravillosa que he conocido...

ANTONIA: ¿Ella? ¡Noooo! Eso no puede ser. Lo nuestro es algo especial, sin ataduras. Tú no te puedes enamorar de ninguna otra mujer.

GONZALO: Entiéndelo, pasó de pronto, yo no lo busqué. No lo esperaba. Tú eres un pedazote de mujer, pero...

ANTONIA (*sale, llorando*): Pero, ¿qué?, ¿no fui lo

suficientemente comprensiva, cariñosa, pasional, mujer? Sí, es eso... debí haber sido más mujer (*para sí*). Marina siempre me lo decía...

GONZALO: No es eso, bueno, no sé, entiende Antonia, somos adultos, maduros, los dos sabemos que estas cosas pasan. La vida sigue... creo que será mejor que me vaya...

ANTONIA: ¡Noooo! No te puedes ir. Todavía no. Lo menos que me merezco es otra oportunidad. ¡No te muevas de donde estás!

Se ilumina la parte de la cama en donde se han quedado dormidos Marina y el Macuano. Antonia se dirige a Marina y la sacude.

ANTONIA: Despierta, por lo que más quieras.

MARINA (*haciéndole una señal de que guarde silencio*): ¡Vas a despertar al Macuano! Y ahora a ti, ¿qué mosco te picó?

ANTONIA: Rápido, arréglame un poco... Gonzalo me quiere dejar. ¡Apúrate, mujer! No te quedas ahí acostadota.

Marina se levanta. Saca de la cómoda un vestido rojo, tacones. Le hace una seña a Antonia para que la siga hasta el baño. Ambas entran al baño.

MARINA (*mientras ayuda a Antonia a cambiarse de ropa*): Vente pa' acá. Si despertamos al Macuano se va a poner de un humor negro y después yo soy la que lo aguanto (PAUSA). Bueno, ¿y qué razón te da aquél para dejarte?

ANTONIA (*sale del baño transformada. Apenas puede caminar con los tacones*): Ay, ahorita no te puedo contar.

MARINA: Pérame (*saca un labial de su escote y le pinta la boca a Antonia de rojo*). ¡Lista!

Antonia se dirige a la mesa y Marina regresa a la cama. La mesa se ilumina. Gonzalo, con copa de vino en mano, está asomado por la ventana. Voltea a ver a Antonia, un tanto sorprendido. Ella lo abraza.

ANTONIA: ¿Me veo bien?

GONZALO: Bueno... un poco...

ANTONIA: ¿Ya ves? Yo puedo ser lo que quieras para ti. Tu amante, tu amiga, tu confidente, hasta tu puta... sí, sí, tu puta, con mayúsculas. ¿En qué otra mujer vas a encontrar tantas mujeres como en mí?

GONZALO: Por favor, Antonia. Te desconozco. ¿Dónde dejaste la cordura, la razón?

ANTONIA: ¡Al diablo con la cordura y la razón! Tú y yo nos queremos pero nunca hemos tenido el valor de decirlo tal cual.

GONZALO: Es que no quieres entender que...

ANTONIA: Lo único que puede entender es que yo te quiero y tú a mí. No hay más que hablar.

GONZALO: ¡Basta! ¿Qué no puedes comprender que estoy enamorado de una mujer maravillosa con la que quiero estar de hoy en adelante y esa mujer no eres tú?

Silencio. Antonia lo ve horrorizada.

GONZALO: Lo nuestro fue, fue algo especial... una relación madura, entre adultos, libre, te repito, eres un mujerón, siempre te estaré agradecido, pero ahora...

ANTONIA: No soy suficiente para que te quedes conmigo, eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

GONZALO: No, no es eso. Bueno sí... será mejor que me vaya.

ANTONIA (*se lanza a sus brazos*): ¡No, no me puedes dejar! Aceptaré cualquier condición.

GONZALO: Entiende, Antonia (*pausa*). Se hace tarde, me esperan.

Gonzalo la aparta y sale. Antonia se queda viendo hacia la puerta, atónita. Antonia se queda mirando por la ventana, con un profundo gesto de desolación. Oscuro.

ESCENA 4

Se ilumina la parte de la cama. Marina está tirada en el suelo. El cliente menudito, está amarrado de pies y manos y con la boca amordazada. Se le aprecia un ojo morado y algunos moretones en la cara. Antonia entra por la puerta. Marina empieza a cobrar conciencia y se incorpora, sobándose la mandíbula.

MARINA: Ay, al bruto del Macuano se le pasaron las cucharadas. Le dije que sólo hiciera la finta (*ve al cliente y se arrepiente de haber hablado*).

ANTONIA: ¡Qué barbaridad! Mira cómo dejó a este infeliz (*jala de los pies al cliente*). Ayúdame, ahora nos tenemos que deshacer de él.

Ambas arrastran al hombre y lo meten al baño. Cierren la puerta.

MARINA: Bueno, pero a ése bien que le gusta que lo maltraten. Además, fue por ponerse tan difícil. ¡Si vieras cómo se resistía a que el Macuano le quitara el reloj! Hasta que no se lo surtió, no se estuvo quieto.

ANTONIA: ¡Qué tontos son los dos, Marina! Del Macuano me puedo esperar cualquier cosa, pero ¿de ti? Te creía más inteligente.

MARINA: ¡Órale! Nomás no ofendas.

ANTONIA: ¿A quién se le ocurre robar un reloj y luego venderlo con el mismo delincuente al que el tipo se lo compró?

MARINA: Pero si todavía ni lo vende. Si no hace ni diez minutos que el Macuano salió de aquí.

ANTONIA: Pero lo va a hacer así. ¿Crees que no lo conozco? Va a ir justo con ése al que le llaman el Tuercas, sin saber que fue ese sujeto quien le vendió el reloj a tu cliente y que a su vez el Tuercas robó a otro tipo. ¿Me sigues?

Marina asienta con la cabeza.

ANTONIA: El Tuercas, como es lógico, luego, luego reconoce el reloj que el Macuano le quiere vender y acepta, a sabiendas que ese día está de suerte. Paga al Macuano cincuenta mil pesos. Macuano no cabe en sí de la felicidad. Hasta piensa a dónde te va a llevar a bailar en la noche, pero antes, se cruza en su camino la Gloria, esa cantina a donde siempre va con sus amigos a emborracharse. Sin embargo, lo que no sabe el desdichado, es que esos billetes son falsos. Por si fuera poco. El Tuercas

pone al tanto de la situación del Macuano al comandante Cisneros, quien es su compadre y amigo de parrandas. La policía encuentra a tu novio en la Gloria con varios rones encima y sin poder articular palabra. Se lo llevan detenido.

MARINA: ¡Eres una perra! Aunque ése es el final que te encantaría para el Macuano, sabes que yo no lo permitiría.

ANTONIA: Y tú sabes que tengo el poder y el control de la situación para hacer que sucedan las cosas tal como digo, y dejar que el Macuano se pudra en la cárcel. Total, en este país es muy fácil.

MARINA: Yo pagaría su fianza.

ANTONIA: ¡Ja! A veces me das tanta ternura. Bueno, cariño, ya me voy. Tengo que trabajar.

Antonia se sienta frente a la computadora y escribe. Marina la ve suplicante.

MARINA: Por favor, no. Tú no puedes hacer eso.

Antonia no hace caso y sigue escribiendo.

ANTONIA: Lo que tiene que pasar, tiene que pasar. Si te has empeñado en hacer tu voluntad sin tomarme en cuenta, yo lo único que puedo hacer es apresurar el desenlace. Agradéceme que te libré del Macuano. De hoy en adelante eres libre.

MARINA: ¿Y para qué quiero ser libre?

ANTONIA: Pues para poder hacer lo que te gusta en la vida, como yo...

Marina la ve suplicante, Antonia le sostiene la mirada, sin dejarse ablandar.

MARINA: ¿Cómo tú? Yo no quiero ser como tú, ni tampoco voy a irme de aquí.

ANTONIA: Estás colmando mi paciencia. Si te sigues resistiendo te juro que en vez de cinco años, el Macuano se va a pudrir en prisión (*pausa. Antonia respira profundo*). No hay nada más que hablar. Prepara tus cosas.

Marina, resignada y triste, saca la maleta de debajo de la cama. La abre y, sin prisa alguna, empieza a empacar. Antonia la ve desde la mesa. Se apiada y se acerca a ella. La ayuda a empacar.

ANTONIA: No es necesario que te lleves toda tu ropa (*toma un vestido muy entallado y escotado. Lo observa*). Vestidos como éstos ya no te van a servir.

MARINA: Pues entonces, quédatelo.

ANTONIA: Bueno, lo voy a guardar para tener un recuerdo tuyo (*se pone el vestido encima de la ropa*).

Marina saca una caja de latón y la guarda en la maleta.

ANTONIA: ¿Qué guardas ahí?

MARINA: Chucherías y una carta que me escribió el Macuano. No le gustaba mucho escribir, por eso guardo ésta como un tesoro (*le da la carta a Antonia*).

ANTONIA (*leyendo fragmentos de la carta en voz alta*): “Eres la mujer más bonita que conozco”

(*volteando a ver a Marina*), puso conozco con ese (*sigue leyendo*): “Haces mi vida muy feliz” (*pausa*) haces sin hache y con ese, ¡Dios mío, qué ortografía! (*continúa*): sinceramente, con ce y siempre tuyo con doble ele.

Antonia se da cuenta que a Marina le escurren las lágrimas. Antonia le da un pañuelo desechable para que se seque los ojos. Marina lo acepta pero continúa llorando inconsolablemente. Se acuesta en la cama. Antonia la ve. Siente compasión por Marina pero no sabe qué hacer. Finalmente saca de su bolsa un boleto de pasaje y lo deja junto a Marina, luego toma el vestido y camina decidida hacia la mesa. Iluminación sobre la mesa.

ANTONIA: Mañana sales en el camión de las ocho.

Antonia se sienta. Mira a su alrededor, percibiendo su soledad. Ve de reojo a Marina, quien se ha quedado dormida, luego se sirve una copa de vino y se sienta. Alza la copa.

ANTONIA: Por este amor sin compromisos, libre como el viento, por el destino que nos unió. Por ti y por mí, Gonzalo.

Antonia se acaba el vino de un solo trago y se vuelve a servir varias veces. De pronto ya deja de servirse vino en la copa y bebe directamente de la botella. Se nota tomada. Se oyen unos cohetes afuera. La luz del resplandor de los cohetes se refleja en la ventana. Antonia se acerca a la ventana con la botella en mano.

ANTONIA: ¡Órale! Se siente rete emocionante ver las chispas de luz estallando en el cielo... pero lo más bonito es ver los cohetes y tú a mi lado. En momentos como éstos, siento mi corazón que va a estallar de puritita felicidad, igual que los cohetes en el aire.

Antonia se queda viendo por la ventana. Suena el teléfono. Está nerviosa y contesta apresuradamente.

ANTONIA (*por teléfono*): ¿Gonzalo? (*pausa. Reacciona*) Ah, eres tú Inés, perdón, pensé que... sí claro, dime... mira, ya sé que quedamos en algo, pero creo que no te puedo entregar la novela en esa fecha, Inés. No. Claro que no estoy tomada (*pausa*). No, no reacciones así. Compréndeme tú también. Todavía no sé cómo acaba (*pausa*). Pues tendrás que hablar con los de la editorial (*se sienta en la cama al lado de Marina que sigue dormida. Antonia le acaricia el pelo con ternura*). Marina necesita más tiempo, yo también. Ya no estoy tan segura si el final que nos espera es el mejor (*pausa*). No, ya te dije que no estoy borracha. Es sólo que tengo que encontrar otro final. Tal vez uno feliz.

Antonia cuelga. Se acuesta junto a Marina y poco a poco se queda dormida. Oscuro.

FIN

LAS QUE NO SIENTEN

/ **KERIM MARTÍNEZ**

PERSONAJES

TODAS HERMANAS DE SANGRE

YOLANDA, la mayor Daniela Carbajal/Alejandra Saenger

ROSALBA, siempre con miedo Violeta Santiago/
Verónica Santoyo

BRISA, muda y deforme Marcela Rigoletti/
Cecilia Noreña

MARCELA, la menor Cecilia Noreña/Andrea
González

El dolor, el recuerdo, las marcas del desamor; el abandono, el resentimiento y sobre todo, la culpa, son sentimientos que se viven a diario como un mal social y al mismo tiempo individual y que se manejan hábilmente en esta obra que ahora nos presenta Kerim Martínez.

En un microcosmos podemos ver el terror que se le tiene a la diferencia, al rompimiento de los moldes establecidos, al “extraño” vuelto víctima, y por qué no, victimario. ¿Qué es lo que asusta al reconocer una deficiencia mental?, ¿cuál es la culpa?, ¿por qué el destierro? Sin embargo, la historia versa alrededor de cuatro hermanas viviendo en el encierro con un dolor profundo que quieren negar. Pero los sentimientos que no vuelan, se pudren en el corazón.

En un espacio sin tiempo estas mujeres reviven acontecimientos para entender su presente. La historia no se cuenta en línea recta; más bien sigue el movimiento emocional de los personajes, el pasado y el presente conviven como sucede en la realidad. Todo es presente en nuestro pensamiento; un hoy nos remite a un ayer y hasta a un posible futuro.

El encierro es la situación dramática que este joven y activo dramaturgo pondera para poner al límite a sus personajes. Cada hermana está psicológicamente bien delimitada y cada una de ellas cumple una función imprescindible dentro de este entramado, característico de una familia nuclear. Todo es verosímil y trágico a la vez.

Vimos crecer poco a poco a Las que no sienten, cambiar de un rosa oscuro a un rojo estridente, atrevido, crítico hacia el comportamiento humano; de una estructura simple a una complejidad narrativa y rompiendo con esquemas sentimentales. Kerim Martínez toma su obra como director y abre interrogantes respecto al punto de llegada, la puesta en escena. Un reto que hoy, como espectadores, participaremos de sus resultados.

Las que no sienten es una historia inusitada, familiar, que de una u otra forma resuena en nuestro interior. El título incita a pensar en lo que callamos, en lo que se esconde, en lo que no nos atrevemos a descubrir y reconocer como propio.

Estela Leñero

Las que no sienten se estreno el 10 de mayo de 2010 en el Foro Shakespeare, bajo la dirección de Kerim Martínez.

Elenco: Violeta Santiago, Andrea González, Daniela Carbajal, Marcela Rigoletti, Cecilia Noreña, Alejandra Saenger, Verónica Santoyo (alternando).

ACTO ÚNICO

236

ESPACIO ESCÉNICO

Nos encontramos en un lugar oscuro. Del techo cuelgan muchas cuerdas blancas de distintos tamaños que van formando una telaraña gigante. Al centro del escenario, una mariposa negra. Se escucha a lo lejos una melodía, pareciera una canción de cuna. Entra a escena una mujer joven pero muy demacrada, mueve su cuerpo por segmentos, parece una muñeca de cuerda. Empieza a cantar.

MARCELA: Éste es un cuento de una familia que fue feliz un tiempo. Ellos pensaban que la alegría no se iría con el viento. ¿Qué pasó después? ¿Quién lo iba a saber?... Ella es Yolanda, fue la primera, sus padres la adoraban. Luego Rosalba, tan angustiada, el miedo invadía su cara. ¿Qué pasó después? ¿Quién lo iba a saber?... (seria) Nació él... Todos sufrieron, se lamentaron. Y sin más lo encerraron. Pobre niño, siempre solito. Todo por ser tontito. Y aunque nunca lo superaron, la madre tuvo otras: una fue Brisa muy rellenita, la otra llamaron Marcela. Ésa soy yo. La última fui. ¡Cómo sufrí! No fui feliz. Éste es un cuento de una familia, que fue infeliz después...

Tres mujeres caminan por el escenario. Lo único que podemos ver en sus rostros es una eterna angustia. Escuchamos una melodía distinta. Esta vez no de niños, sino algo hecho con ruidos, poco a poco aumentando de volumen, formando un ambiente pesado. De pronto, silencio total. Se desvanecen. Cambio de

luz. Las tres mujeres poco a poco se reincorporan.

237

ROSALBA: Se escuchan ruiditos. De esos que sólo puedes escuchar cuando estás solo. De esos que van acompañados de aire frío. Cuando era niña, me gustaba estar sola escuchando el viento golpear mi ventana, escuchando roncar a papá, creyendo que alguien saldría del armario y...

MARCELA: Te comería.

ROSALBA: No. Alguna vez me comieron pero no de niña. Cuando se tiene la piel blandita todo es de otra manera, las cosas parecen tener otra dimensión.

MARCELA: ¿Y qué más escuchabas?

ROSALBA: El crujir del piso de madera. Eso. Las pisadas de Brisa entrando en la habitación. Despacito. Uno y dos. Uno y dos (*más lento*), uno y... (*pausa*) Se detiene cerca de mí. Yo me hago la dormida, me da un beso y se va, sabe que estoy bien, así, sola.

YOLANDA: Quizás por eso dejé de pasar cerca de ti. Porque sabía que preferías estar... sola.

MARCELA: ¿Cómo era su voz?

ROSALBA: Como su nombre.

MARCELA: ¿Brisa? ¿Cómo puede ser una voz así?

ROSALBA: Lo era. Hablaba y... sentías esa frescura en el cuello. Fría. Rica. Hablaba y... de su boca salían animalitos juguetones que brincaban por todas las habitaciones de la casa convirtiéndose en música. Hablaba, hablaba, hablaba...

MARCELA: Hasta que se calló. La verdad, no te entiendo. Nunca la escuché. No tuve el placer

y nunca lo tendré.

ROSALBA: ¡Tú qué sabes! Tal vez...

YOLANDA: No.

ROSALBA: Tal vez...

YOLANDA: No. Tenemos demasiado con lo que está sucediendo. No podemos seguir horadando en lo mismo. Mejor, te contaré una historia como cuando mamá nos presentó y me dijo: "Yolanda, hija, ella es tu hermana, tómalas, siéntelas".

ROSALBA: ¿Y me sentiste?

YOLANDA: No me acuerdo. Yo también era pequeña, no tanto como tú, pero tenía poco de existir. Lo que sí tengo muy presente son tus ojos, es más, siguen iguales, grandes, oscuros, viendo eso que los demás no podemos ver.

MARCELA: Tonterías.

YOLANDA: No hables así.

MARCELA: Ustedes las dicen y no paran, una tras otra y no paran, seguramente Brisa también las decía y por eso un día se detuvo.

YOLANDA: ¿Qué quieres entonces?

MARCELA: Buscar una solución. No podemos seguir así.

ROSALBA: ¿Salir?

YOLANDA: No se puede.

MARCELA: ¡Intentarlo!

ROSALBA: No depende de nosotras, sino de él.

MARCELA: Él es un idiota.

ROSALBA: Un idiota que se está vengando de nosotras y no parará hasta que nos arranquemos la piel de tanta desesperación. Un idiota.

MARCELA: Yo no tengo la culpa de lo que ustedes le hicieron. ¿Por qué tengo que pagar yo? Llegué después que ustedes, que él. Cuando

nací, todo era ya de esa manera, nací en medio de una familia podrida.

YOLANDA: ¡Fuimos felices...! Un tiempo. Al menos, Rosalba y yo.

MARCELA: ¿Y después? ¿Yo? ¿Por qué yo no? ¿Por qué no lo permitieron? Yo no hice nada.

YOLANDA: Precisamente. No hiciste nada. Por eso, también tienes que ser castigada.

MARCELA: Está bien, no discutiré más (*silencio*). Con una condición. Querías contar una de tus historias. Empieza por contar la mía y tal vez pueda entender por qué las repudio tanto. Yolanda, hermana, dime, ¿mamá también me llevó en sus brazos y me presentó contigo?

YOLANDA: No. Naces y mamá quiere desaparecer. Papá te saca de la casa, desnuda. No sabemos a dónde te lleva. Más tarde, Rosalba te encuentra en el patio trasero. Los perros te rodean, no han comido en una semana.

MARCELA (*hacia ella misma*): ¡Por qué no me comieron!

YOLANDA: Eres fuerte, eres especial. Cuando Rosalba te descubre y trata de apartarte de aquellas bestias... la atacan.

ROSALBA: Me muerden, mas no me comen. No, los perros no. Te sostengo en mis brazos y odio a mis padres por haberte hecho eso.

YOLANDA: No digas que los odias. Ellos tenían miedo.

MARCELA: ¿De qué?

YOLANDA (*con otra voz*): ¡Es otra idiota, es otra idiota!

ROSALBA: Ellos lo piensan todo el tiempo. No lloras, no comes, no abres los ojos, sólo babeas. ¡Nunca he visto tanta saliva!

MARCELA: ¿Y no pensaron que no abría los ojos por temor a ver tanta locura?

ROSALBA: Te llevo con mamá y digo: yo la cuido mamita, no es una idiota, es mi muñeca, quiero que sea mi hijita. Mamá está acostada y se da la vuelta.

YOLANDA: Tratamos de ocultarte ese odio. Por mucho tiempo.

MARCELA: Pero no lo supieron hacer. Escuchaba sus gritos mientras dormía. Se desgarraba su garganta. Cuando les conté, ustedes dijeron que...

ROSALBA: ...era tu imaginación.

MARCELA: Pero yo lo sentía tan cerca que...

ROSALBA: ¿Qué?

MARCELA: ¡Quiero saber que hay tras esa puerta! ¡Necesito saberlo! Robo la llave a mamá. Abro la puerta y por fin veo al que gritaba tanto. Me da lástima. Huele feo. Su mano quiere alcanzarme. De pronto, alguien me jala por la cintura y cierra aquella puerta de golpe. Pienso que es mamá pero...

ROSALBA: Es Brisa, ¿verdad?

MARCELA (*asiente*): Ella no dice nada, sus ojos me penetran el cerebro, me regañan, me flagelan.

ROSALBA: Te protegían...

YOLANDA: ...del idiota.

MARCELA: ¡De mi hermano, de nuestro hermano!

YOLANDA: Sí, de ése. El pobre idiota que dejó en silencio a tu hermana Brisa. Ahí tienes tus historias. ¡Cómo te gusta oírlas! Siempre lo pides. No te cansas.

ROSALBA (*a ella misma*): Todas las noches. A

esta hora. Lo decimos.

YOLANDA: Y no te cansas.

ROSALBA: ¡Y no te cansas!

YOLANDA: Dios sabe cuántas veces decimos lo mismo.

MARCELA: Dios no está aquí.

Silencio.

YOLANDA: ¿Cómo puedes quererla, Rosalba? Lo único que hace es reprocharnos.

ROSALBA: Alguien tiene que quererla. Hacer el intento, aunque duela. Es nuestro regalo para aliviar tanto pesar, nuestra muñeca.

MARCELA: Y mira... yo no puedo pensar en quererte, a ninguna, ni a Brisa, a ella menos. ¡Maldita gorda!

YOLANDA: ¡Cállate! Ella sufre (*lo piensa*). Debe sufrir.

MARCELA: ¿Sí? Pues yo no la veo aquí.

YOLANDA: Afortunadamente. Nos ayudará. Tiene que hacerlo.

MARCELA: ¿Cómo? ¿Gritando? (*rie*).

ROSALBA: Brisa debería estar aquí con nosotras (*pausa*). Quizás ya la mató Julián.

MARCELA (*asustando a Rosalba*): ¿Y si se la comió?

YOLANDA: Mejor. Quedaría satisfecho y no vendría por nosotras, no nos comería.

ROSALBA: Alguna vez me comieron, pero no él.

MARCELA: Si tan sólo se compadeciera de nosotras y después de haber matado a la gorda nos regalara una partecita de su cuerpo, podríamos dejar atrás esta agonía.

YOLANDA: ¿Agonía?

MARCELA: ¡Esta hambre!

Rosalba y Yolanda le piden que se calle. Al parecer les duele esto último. Las vemos en el piso, arrastrándose (coreografía transición). Cambio de luz.

PRIMER RECUERDO

YOLANDA (*decidida y contenta*): ¡Me voy!

MARCELA: ¿Qué dices?

YOLANDA: Digo, adiós.

ROSALBA: Te vas con él.

YOLANDA: Sí, con él. Con ellos (*señala su vientre*). Adiós.

MARCELA: Dile que me lleve a mí también.

YOLANDA: No. Sólo hay lugar para una. Adiós.

Marcela sale corriendo, haciendo berrinche.

ROSALBA: Qué fácil suena esa palabra.

YOLANDA: ¿Adiós? No es difícil pronunciarla.

ROSALBA: Creo que nunca podré. A... (*trata de decirlo, hace muecas, le es imposible*). No, nunca.

Yolanda se da la vuelta, mira a su alrededor, sonríe, está a punto de irse, la voz de Rosalba la detiene.

ROSALBA: Piensas que me dejas este gran peso, pero el que te llevas hará que te crezca una joroba tan grande como la de un camello o más. Yo tendré que cuidarlos, pero tú... tú te acabas de robar el alma de cada uno de ellos y eso quema.

YOLANDA: Adiós. Familia. Idiota. Adiós.

Yolanda sale. Rosalba queda sola. Se hinca y tapa su rostro. Marcela entra a escena y queda atrás mirando a su hermana.

ROSALBA (*quedito*): ¡No quiero, no quiero, no quiero! (*se descubre*) Tengo que irme también. No puedo quedarme aquí, con él (*se levanta decidida y camina hacia donde se fue Yolanda, después se detiene*). ¿Pero si afuera también duele? Además, mamá se enojaría... si viviera diría que... tengo que cuidar de ellos, de mi familia, alguien debe hacerlo. No podemos salir de aquí. Nunca. No, no podemos. Yolanda se fue... ella se fue. Hizo mal. Nos dejó. ¿Por cuánto tiempo?

MARCELA: No importa el tiempo. Ella nos necesita.

ROSALBA: ¿Volverá?

Fin del primer recuerdo. Cambio de luz. De nuevo, están las tres juntas.

YOLANDA: Pensaba que nunca iba a hacer en la vida nada que valiera la pena, así me sentía. Lo que son las cosas... en cuanto salí de este infierno supe que sí valió la pena. Fui feliz...

MARCELA: ...un momento.

ROSALBA (*estalla*): ¿Entonces por qué regresaste?

YOLANDA: Porque algo me quemaba, como dijiste. No podía dormir y cuando lo hacía, me invadían sueños horribles, lograste hacerme sentir culpable, Rosalba.

MARCELA: Siempre he querido una madre de

verdad. Como tú. Yo te llamaba Yolanda. Todos los días desde que te fuiste te llamé. Aunque estuvieras lejos podía sentirte, saber dónde estabas, qué hacías, cómo vivías. ¿Por qué tú sí tenías una nueva vida y nosotras no? Nunca estuve segura de que me oías hasta que volviste.

YOLANDA: Fuiste tú... todos los días, a todas horas te escuchaba. ¿Cómo te pudiste meter en mi mente? Esa voz chillona y molesta que tienes estaba dentro de mí, diciéndome... no, exigiéndome que regresara. Conocí el cielo, Marcela, yo sí lo conocí. ¿Por qué hacerme volver?

MARCELA: Para evitar que destruyeras otras vidas. Tarde o temprano tus hijos se darían cuenta del monstruo que habita en ti. No lo hubieras podido ocultar por mucho tiempo.

YOLANDA: Quería cambiar, empezaba a sentir.

Cambio de luz. Coreografía de transición.

SEGUNDO RECUERDO

Yolanda entra a escena por el mismo lugar por donde se fue en el primer recuerdo. Tiene un semblante extraño. Seria, seca... enojada. Tan sólo mira aquellas paredes. Rosalba corre a abrazarla.

ROSALBA: ¡Regresaste! Hermana, aquí estás, de nuevo, aquí estás.

MARCELA: ¿Vienes sola?

YOLANDA: Me traje Hugo.

MARCELA: Y no se atrevió a pasar.

YOLANDA: No.

MARCELA (*sonriendo*): ¿Qué le contaste, hermana?

ROSALBA: La verdad. Eso le contaste. Que nos extrañabas (*con mucho coraje*). Que querías vernos otra vez.

YOLANDA: No puedo quedarme mucho tiempo.

MARCELA (*la rodea y le toca el vientre*): ¿Ya nació?

YOLANDA: Dos. Nacieron dos. Ayer cumplieron diez años.

ROSALBA: Ven hermana, ahora nos platicas. Brisa nos preparó algo para comer. Debes tener hambre.

YOLANDA: ¿Hambre? Mucha. Siento como si no hubiera comido en años.

MARCELA: En diez años.

YOLANDA (*nerviosa*): Perdón. Me voy. Volveré pronto.

ROSALBA: ¡No! Quédate. Un rato.

YOLANDA: No quiero verlos.

MARCELA (*seca*): Nosotras solas los hemos visto estos diez años.

ROSALBA: A él no lo verás, te lo prometo. Y Brisa tiene muchas ganas de estar de nuevo contigo, lo sé. Te está esperando. Te está esperando. Yo sé que te duele verla porque... la quieres. Vamos, Yolanda, ven con tu familia, eso es lo que somos.

Rosalba le ofrece la mano, Yolanda duda pero finalmente la toma. Salen. Atrás de ellas, sale Marcela muy sonriente. Fin del segundo recuerdo. Cambio de luz.

YOLANDA: ¿Y ahora? ¿Se alegran de que esté con

ustedes? ¡Así de juntas!

MARCELA: Por muchas razones, las tres tenemos que estar aquí. No hubiera sido justo que tú no volvieras. Así como dices que yo tengo que ser castigada por no hacer nada. ¿Y tú Rosalba? ¿Por qué estás aquí?

ROSALBA (*apenas se escucha*): Por presentir... y no decir nada, por eso. Por ser cobarde, por tener miedo.

YOLANDA: ¿Y si tú planeaste esto, Marcela? Tal parece que disfrutas la situación.

MARCELA: No, mamita Yolanda. Sé exactamente lo mismo que tú. Entras a casa y cierras esa puerta...

ROSALBA: ...para siempre.

MARCELA: Platicamos, nos vemos, nos odiamos, la gorda nos da de comer, lo disfrutamos tanto y nos dormimos hasta...

ROSALBA: ...despertar en este cuarto lleno de preguntas.

YOLANDA: Lleno del idiota.

ROSALBA: Aún está aquí, alguien nos ve. Nos hará daño. ¡Nos hará daño!

YOLANDA: Pues que nos lo haga de una vez, no soporto esta incertidumbre.

ROSALBA: ¿Cómo escapó? ¿Por dónde? ¿Quién lo ayudó?

YOLANDA: Brisa. Ella. Lo ayudó.

MARCELA: ¿La gorda... ayudarlo? ¿Crees que después de lo que le hizo el idiota, fuera capaz de ayudarlo a escapar?

YOLANDA: Por eso no está con nosotras. Algo echó en la comida y... nos quedamos dormidas. Ella nos trajo. Siento en mi cuerpo sus dedos. Ella nos trajo.

ROSALBA: No creo. Es una víctima. Siempre lo fue, nació para eso.

MARCELA: ¿La gorda?

ROSALBA: Ella no tiene la culpa. Está atrapada en el silencio. La dejamos ahí.

MARCELA (*burlándose*): ¡Pobre gordita! ¡Cómo sufre! Por favor, Rosalba. Su silencio ha sido su mejor arma. Poco a poco fue ganando partido, se fue apartando de nosotras para disfrutar viendo cómo nos hacíamos daño.

ROSALBA: También le hicimos daño.

MARCELA: No. Nosotras no la tocamos. Se hizo inmune al dolor de esta casa. Despacito, muy despacito se fue alimentando de lo poco bueno que quedaba en nosotras, se lo comió, lo devoró, se lo tragó, para después convertirse en la gorda que es. ¡La odio, cómo la odio!

ROSALBA: ¡Cállate! Nosotras no sentimos. ¡No sentimos!

Silencio.

YOLANDA: Es verdad. La gente lo dice. Salgo de esta casa, Hugo me lleva del brazo y todos murmuran a mi paso. ¡Ahí va una de las que no sienten!, dicen. Yo finjo no escuchar y sonrío, Hugo no entiende. ¡Las que no sienten! ¿Por qué lo dicen? ¿Por qué lo dicen? Lo que realmente pasa en esta casa nadie lo sabe, es secreto.

MARCELA: Todos lo saben.

YOLANDA: No. Esta casa está en medio de la nada.

MARCELA: Voy a la escuela. Lo escucho a él. Sus gritos. Las otras niñas también lo oyen. Me

miran como culpándome de algo, me da miedo enfrentarlas. Ellas saben.

ROSALBA: ¡Sus gritos... en el pueblo! ¡Pobre Julián!

YOLANDA: ¡Todos saben lo que papá y mamá hicieron con él y que nosotras aceptamos! (*fingiendo la voz de su madre*) ¡Un idiota tiene que estar encerrado! ¡Un idiota puede lastimar a los demás! ¡Un idiota es como el demonio!

ROSALBA: Las palabras de mamá.

MARCELA (*a Yolanda*) ¿Y si el idiota tan sólo quería una caricia?

Cambio de luz. Coreografía de transición. Se escucha un grito. Vuelve la luz.

TERCER RECUERDO

Yolanda está asustada. Entra Rosalba.

YOLANDA: ¿Qué pasa, por qué gritas?

ROSALBA: No encontraba a Brisa. Vi uno de sus listones del cabello afuera de la puerta prohibida. ¡Sin candados! Y entré. Está recostada en un rincón, envuelta en un charco de sangre morada. Creo que la mató.

YOLANDA: ¿La dejaste ahí?

ROSALBA: No quiero tocarla. Me da miedo. Me da asco.

YOLANDA: Voy por ella.

ROSALBA: ¡No! No vi al idiota, tal vez escapó.

YOLANDA: No importa. Brisa no puede quedarse ahí.

Yolanda se da la vuelta, sale. A los pocos segundos vuelve a entrar, caminando de espaldas. Enseguida vemos a Brisa con la boca ensangrentada, el cabello revuelto y el rostro verdoso.

YOLANDA: ¡Brisa! Mi amor.

Intenta abrazarla, Brisa la detiene con un gesto.

YOLANDA: ¿Te duele mucho?

Brisa asiente.

YOLANDA: ¿Fue Julián?

Brisa asiente.

YOLANDA: Voy a encerrar de nuevo a ese idiota.

Brisa la detiene levantando un brazo.

YOLANDA: Ya lo hiciste.

Brisa asiente.

YOLANDA: ¿Qué te hizo Brisa? Dime. ¿Qué te hizo?

Brisa abre lentamente la boca, sale más sangre, nos damos cuenta que no tiene lengua. Vuelan mariposas rojas y negras a su alrededor.

YOLANDA (*sus ojos se vuelven cada vez más firmes, nunca se quiebran*): Ve a tu recámara, hermana. Enseguida vamos.

Brisa asiente por última vez. Agacha la cabeza y sale.

ROSALBA: Necesita que alguien la ayude, que la curen. La voy a llevar a...

YOLANDA: No podemos sacar a la niña así. La gente sabría de Julián.

ROSALBA: ¿Quién la va a curar?

YOLANDA: Nosotras lo haremos. Para eso somos hermanas.

ROSALBA: ¿Cómo?

YOLANDA: Ahora aprenderemos. Además, papá no ha llegado y tenemos que evitar que mamá se preocupe, podría afectarle en su estado.

ROSALBA (temerosa): Su bebito podría ser otro idiota.

YOLANDA: Vamos Rosalba, ayudemos a tu hermana.

Yolanda le ofrece la mano a Rosalba, ésta titubea pero finalmente le toma de la mano. Salen. Se apaga la luz.

Fin del tercer recuerdo. Vuelve la luz.

ROSALBA: ¡Mariposas rojas! Las vi volar. Lloraban por Brisa.

YOLANDA: ¡Mariposas negras!

ROSALBA: ¡Eran rojas! Nadie más las vio y yo... no dije nada.

YOLANDA (aparte): Negras, muy negras.

ROSALBA: Esa noche, lo ocultamos, peor para nosotras.

YOLANDA: ¡Mamá nos golpea! ¡La golpea!

ROSALBA: Sin lengua y llena de moretones.

YOLANDA: ¡Te dije mil veces que no abrieras esa puerta! ¿Por qué lo hiciste?

ROSALBA: Las palabras de mamá.

YOLANDA: Brisa llora, quiere contestarle, sus ojos parecen estallar. La rabia de mamá aumenta al no obtener respuesta... y más la golpea.

MARCELA: ¿Por qué mamá fue así con ella?

YOLANDA: Por desobedecer.

ROSALBA: ¿Acaso es un pecado no tener lengua?

MARCELA: ¿Y después?

YOLANDA: Mamá grita y cae al piso. Se retuerce mucho.

ROSALBA: Y esa misma noche naces tú, Marcela, la muñeca. Quizás para calmar el dolor.

YOLANDA (aparte): Para aumentarlo.

Se escuchan pasos.

MARCELA: ¿Qué suena?

ROSALBA: El idiota viene. Viene.

YOLANDA: Calma. No gime. No es él.

ROSALBA: Nos va a matar.

MARCELA: Quizás sólo te coma la lengua.

Cada vez se escuchan más cerca, más fuertes, más lentos.

YOLANDA: No es él.

ROSALBA: No. Es Brisa. La siento. La atrapó.

Entra Brisa. Sonríe ligeramente, camina hacia un rincón del cuarto y se sienta en el suelo. Recarga su cara sobre su mano. Cierra sus ojos.

ROSALBA: ¡Brisa! ¿Qué pasa?

MARCELA: Está ahí pero...

YOLANDA: ...pareciera que no. Déjenla. Nos pondremos más tensas si le hablamos. Nos darán ganas de saber lo que ella no podrá decir y terminaremos por volvernos locas.

MARCELA: Ella sonrió. ¿Por qué lo hizo?

ROSALBA: Tengo miedo.

YOLANDA: Cállense. Ustedes no sienten.

Rosalba y Yolanda congelan la acción. Marcela se separa.

MARCELA: En esta casa está prohibido sentir. Es así, no hay más y nosotras lo aceptamos (*pausa*). Pienso en escapar, en irme lejos volando... volando... como las mariposas. Todas las mañanas me levanto con la esperanza de encontrar unas alas en mi espalda, pero aún no crecen. Lo único que hay es una oruga... (*quedito*) sin alas (*con los ojos llorosos*). Eso es lo que soy.

Rosalba y Yolanda se descongelan. Ha pasado tiempo. Brisa, parece una estatua, su rostro es apacible. Disfruta su estado. Las otras no.

ROSALBA: Y seguimos aquí. ¿Cuánto tiempo habrá pasado?

MARCELA: El suficiente como para perder la razón.

ROSALBA: Ésa la perdimos antes.

YOLANDA: ¿Dónde estarán mis hijos? ¿Me extrañarán? No creo. No les enseñé a amar. No supe cómo. Ni siquiera traté. Y Hugo... ¡qué

paciente fue conmigo! Pobre, nunca supo que sólo fue un pretexto para salir de aquí.

MARCELA: Lo sabe. Por eso te traje. Para deshacerse de ti.

YOLANDA: ¿Y si nunca me quiso? ¿Y si mis hijos se están burlando de mí? ¿Quién soy? ¿La esposa, la madre, la hermana... la maldita?

ROSALBA: Por lo menos sabes que alguien se puede estar burlando de ti. Te queda la duda si te extrañan o no, si te desean lo peor o no. Yo sé que nadie piensa en mí. Nací, crecí y nadie lo notó. Pude no haber existido.

MARCELA: Pero eres (*irónica*). Papá y mamá lo quieren así y después... se van para siempre.

Cambio de luz. Coreografía de transición.

CUARTO RECUERDO

MARCELA: ¿Dónde están, Yolanda? Su cama está vacía.

YOLANDA: Sí, así es.

MARCELA: ¿Y dónde están? Ayer por la noche seguían ahí.

YOLANDA: Quizás no murieron y tan sólo se fueron. No me mires así. Llevaban una semana en esa cama. Se cansaron.

MARCELA: ¿Dónde los enterraste?

YOLANDA: Se fastidieron y nos dejaron, así nada más.

MARCELA: ¿Qué hiciste con mis papás?

YOLANDA: Por una vez en tu vida créeme. No sé donde están. Antes de que te levantas, Brisa y Rosalba revisaron toda la casa y no los

hallaron. ¡Qué importa donde se encuentren!
(*irónica*) Se levantaron y se fueron (*risa nerviosa*).

Marcela se va llorando. Fin del cuarto recuerdo. Cambio de luz.

MARCELA (*con rencor*): Mueren tomados de la mano sin ningún remordimiento, luego se van y nos dejan a nosotras solas para vivir con él eternamente.

YOLANDA: Sus cuatro hijas y su idiota. Todos malditos de la sangre. Nos dan la vida... y después nos abandonan aquí.

ROSALBA: Y a Yolanda no le importa engendrar otros dos, sabiendo lo que tiene dentro. Y ellos engendrarán otros más. Nunca habrá un fin.

YOLANDA: Papá y mamá sí sentían. Lucharon por defenderse y aún muertos luchan. Nosotros somos su castigo.

ROSALBA: Si ellos como hermanos pueden sentir, vivos y muertos... ¿Por qué nosotras no lo hacemos? Tal vez así duela menos.

MARCELA (*sorprendida, en voz baja*): ¡Hermanos!

ROSALBA: ¡Sí, hermanos!

MARCELA: Ya no están.

ROSALBA (*al público*): Ellos nos miran.

YOLANDA: ¿Quiénes?

ROSALBA: Ellos. Miran fijamente. No sé por qué lo hacen. Por lo menos, sé que no estamos solas. ¿Qué hacen aquí? Todos son diferentes. Sólo nos ven, nos sienten. Ellos sí deben sentir. Los veo sufrir, reír, pensar, mirar. Hacen tantas cosas a la vez. Están aquí.

MARCELA: No los veo.

ROSALBA: De alguna manera, sintiendo por nosotras.

MARCELA: ¿Por qué?

ROSALBA: No se vayan...

YOLANDA (*a Marcela*): Por lo menos está tranquila. Sus visiones le ayudarán a sobrellevar esta agonía.

MARCELA: ¿Agonía?

YOLANDA: ¡Esta hambre!

Cambio de luz. Coreografía de transición.

QUINTO RECUERDO. LA CENA

Las tres ríen. Parecen estar muy contentas. Brisa camina a su alrededor.

MARCELA: ¡No puedo más! Tanto comer me va a matar.

ROSALBA: Se dan cuenta. ¡Sonreímos! ¿Por qué?

YOLANDA: Es la comida de Brisa.

ROSALBA: Está feliz de tenerte a su lado.

YOLANDA (*a Brisa*): ¿Por qué no comes un poco?

MARCELA: De nuevo, las tres... las cuatro. Tan juntas.

ROSALBA (*a Brisa*): Llévale un poco a Julián. Dejamos algo.

YOLANDA: ¿Por qué no comes Brisa?

MARCELA: Juntas por siempre.

ROSALBA: Debe tener hambre, lleva dos días sin comer. Dale un poco Brisa.

YOLANDA: ¿Por qué no comes Brisa?

Fin del quinto recuerdo. Oscuro. Cuando vuelve la luz, las tres están de pie mirando las cuerdas que cuelgan. Brisa está en la posición anterior.

ROSALBA: ¡Cuántas cuerdas hay en este cuarto!
¡Cuánto dolor!

MARCELA: ¿Quién las puso?

YOLANDA: Mamá. Una por año. Entra, cuelga su cuerda, el idiota deja de gemir, ella ni lo mira.

MARCELA: ¿Cómo lo sabes?

YOLANDA: Me gusta la escena. Yo estoy escondida. Mamá no se da cuenta. Tan sólo cuelga su cuerda y lo encierra de nuevo.

MARCELA: ¿Para qué las cuerdas?

YOLANDA: Ella cree que su hijo se ahorcará en una de ellas. Nunca pasará. ¡Pobre idiota! Mamá ya no viene. Él se da cuenta y gime tan fuerte porque su madre ya no lo visita, no le trae regalos que adornen su cuarto.

ROSALBA: Gimo más yo, con más fuerza. Sólo que nadie me escucha.

Brisa se levanta y abraza a Rosalba. Las otras quedan asombradas.

ROSALBA: Tú sí me escuchas, hermana. Tú sí.

Brisa niega con la cabeza. Marcela y Yolanda están en risa.

ROSALBA: ¡Cállense, cállense! No se burlen de mí. ¿Están locas o qué? Eso parecen. ¡Locas, locas, locas!

Brisa les indica con un gesto que guarden silencio.

Se escucha una música de cajita musical. Se sitúa en el centro y baila. Al principio con movimientos muy delicados, después parece una niña divirtiéndose. Las otras la miran. Brisa las forma en una fila. Toma a su hermana Yolanda por la cabeza y le besa la frente, después hace lo mismo con Rosalba y por último con Marcela. Brisa las vuelve a formar. Mira a la mayor, le acaricia la mejilla, después la abofetea. Cae al piso. Sigue Rosalba quien vio la escena a anterior y está asustada. Brisa acaricia su mejilla y la abofetea, cae al otro lado. Por último, Marcela. Brisa la acaricia y parece disfrutarlo. Cambia su actitud, levanta su mano para golpear a la menor. Ésta la detiene.

MARCELA: No me culpes a mí. Así te conocí, callada, mustia, humillada por tu propia familia. Somos muy parecidas, Brisa. Sólo que yo no callo mi odio y tú sí. No vengas ahora a reclamar nada.

Rosalba se arrastra hasta Brisa y la toma por los pies.

ROSALBA: ¡Perdóname, perdóname, hermanita!

Yolanda hace lo mismo.

YOLANDA: ¡Cállate ya Rosalba!

ROSALBA: Si ella dejara de existir...

YOLANDA: Si ella dejara de ser...

MARCELA: Ustedes seguirían siendo las mismas. No hay manera de cambiar las cosas. Ni los fantasmas de Rosalba pueden hacerlo.

YOLANDA (con odio): En este mismo momento

podría...

MARCELA: Ella también podría matarlas y no lo hace.

YOLANDA: No.

ROSALBA: Ya nos comió.

Silencio.

MARCELA: Déjenla en paz. Que ella sola se atormente. No la ayudemos.

Marcela la libera. Brisa sonríe. Abre la boca despacio.

BRISA: ¡Gracias!

Brisa se va. No se distingue por donde.

YOLANDA: ¡Habló!

ROSALBA: ¡Gracias!, dijo. ¡Gracias!

MARCELA: Y se fue. La dejamos ir. ¿Por dónde salió?

ROSALBA: Quizás ella nunca estuvo aquí.

YOLANDA: Yo la vi, todas la vimos.

ROSALBA: Es una señal. Brisa y el idiota están jugando con nosotras. Se están riendo. Los puedo escuchar.

MARCELA: ¿Por qué siempre ves y escuchas lo que nosotras no podemos?

ROSALBA: Porque toda mi vida he querido sentir. Por eso. Y así es como lo hago. Así puedo hacerlo. Casi lo logro. Casi siento.

YOLANDA: Entonces, se ríen. Fueron los dos.

MARCELA: ¿Le crees?

YOLANDA: No tengo remedio. Brisa no está. Ro-

salba tiene razón. Si yo estuviera en su posición también me burlaría de nosotras. Terminemos esto de una vez.

MARCELA: ¿Cómo? No hay manera. Entiéndanlo.

ROSALBA: Encontrando una puerta...

YOLANDA: ...que se deje abrir...

ROSALBA: ...y salir...

YOLANDA: ...¡de este encierro!

ROSALBA: Estas paredes cada vez se juntan más. Quieren aplastarnos. Julián lo disfruta (*al público*). Ellos me lo hacen ver con sus rostros (*a sus hermanas*). Moriremos aquí (*a punto de enloquecer*). ¡Encerradas! ¡Solos! En este sitio oscuro... moriremos... (*gritando*) ¡De hambre!

Quedan las tres nuevamente en el piso, empiezan a arrastrarse, igual que las veces anteriores cuando dicen esta última frase, pero detienen en cuanto se escucha una voz gritando.

BRISA: ¡Basta! ¡Cállense! Dejen de hacerlo ya.

Llega Brisa. Las otras están muy asustadas de oír a su hermana hablar.

BRISA (*se calma*): No lo hagan más. No quiero volver a oír sus gemidos. Los escucho siempre... mientras duermo... mientras duerme.

ROSALBA: Pero moriremos...

BRISA (*sonríe*): Rosalba, Rosalba, mi Rosalba. La que me deja tirada en ese laguito de sangre. Julián me regala el silencio y no le das importancia. Ves aquellas mariposas salir de mi boca y no haces nada. Ellas se van, se llevan

mi voz, esa que te gusta tanto, esa que ahora puedes oír.

ROSALBA: No es la misma. Ha cambiado.

BRISA: ¡Animalitos saltarines!, eso. ¿Ya no salen de mi boca?

ROSALBA (*temblando*): No.

BRISA: Hipócrita. Tonta. Sucia. Escoria. Qué ser tan bajo eres, lleno de miedo, aterrorizado por lo que pueda pasar. Pues sí, ahora sientes terror, como siempre que duermo... como siempre que duerme.

YOLANDA: Déjala en paz.

BRISA: La mayor y la más inteligente. Y sí... yo soy la causante de ese repentino sueño. ¿Le gusta mi comida? Creo que sí. Comen como tres cerditas y eso que la maldita gorda soy yo. Aún me duele el cuerpo de cargar tanta grasa, de arrastrarlas al cuarto de Julián, a quien por fin libero después de tantos años de encierro. Acertaste hermana.

YOLANDA: No debo estar aquí. Quiero a mis hijos. Déjame volver con ellos.

BRISA: Al menos tú sí saliste, aunque te duró poco. Quieres a tus hijos y los dejas. ¿Por qué volviste? Será que en el fondo te gusta esta casa y no quieres aceptarlo.

YOLANDA (*explota*): Tú sabes por qué regresé.

BRISA: Así es. No sólo tu voz es la causante, Marcela.

YOLANDA: ¡Cállate!

MARCELA: ¿Quién más quiere que Yolanda esté de nuevo en casa?

BRISA: Papá y mamá. ¿Qué? ¿Todavía creen que se desvanecieron en su cama como angelitos después de morir?

ROSALBA: ¿Dónde están, Yolanda?

YOLANDA (*pasmada*): No podía dejarlos en esa cama. Así... muertos.

ROSALBA (*tajante*): Fue su decisión morir. La nuestra fue dejarlos en esa cama y quedarnos con ellos para siempre.

BRISA: Yolanda me levanta por la noche y me lleva con ellos. Entre las dos arrastramos sus cuerpos por las escaleras.

ROSALBA: ¿Dónde están, hermanita? ¿Dónde?

Silencio.

YOLANDA: Aquí. Entre nosotras.

MARCELA: ¿Qué dices?

YOLANDA: Antes de irme, le regalo al idiota sus cuerpos. Por fin, puede tener a sus padres a su lado.

MARCELA: ¿Dónde están?

YOLANDA: No lo sé. Quizás se los comió.

ROSALBA: Están en este cuarto, en algún lugar. Papá y mamá han estado con nosotras todo este tiempo.

BRISA: Así es. Escuchan sus estupideces. Observan a sus hijas. Se retuercen de dolor (*a Yolanda*). El remordimiento no te deja seguir tu nueva vida y regresas.

YOLANDA: Para llevármelos conmigo. Para enterrarlos y...

BRISA: Eres la peor. Tienes más años y por tanto más negro el corazón. Este imperio de odio no se ha construido solo, tú ayudas, siempre lo has hecho. Quieres ser la reina, desde siempre y ahora lo eres. ¡Aquí estás, en tu trono! Lombriz ponzoñosa. Putrefacta. Mujer de lodo.

MARCELA (*enfrentándola*): ¿Para eso hablas? Para insultarnos. A ver... ¿qué me toca a mí?

BRISA: Ya lo dijiste tú. Somos muy parecidas. Es más, soy tu espejo. No necesito decirte nada. Mírame y te verás.

MARCELA: ¡No! Yo no soy así.

BRISA (*asiente*): Tú lo dijiste. Tú lo sabes, mi linda oruga.

ROSALBA: Moriremos... lo presiento.

BRISA: Piénsalo otra vez, hermana, con más calma. Sabes la respuesta, sólo que para variar te da miedo darte cuenta.

Silencio. Rosalba tiembla, llora, agacha la cabeza.

BRISA: Bajo por primera vez a esta habitación, me quedo pasmada al ver como vive nuestro hermano. ¡Pobre niño! Me acercó a él. Aún en la penumbra, me doy cuenta que es un niño guapo, aunque con unas ojeras muy grandes. ¡Cómo no tenerlas! En esta habitación lo menos que se puede hacer es dormir. Los fantasmas no lo permiten. Su mirada está perdida, busca algo, va de un lado a otro, de un lado a otro hasta que... me mira. Pierdo el equilibrio al toparme con esos ojos, caigo, me golpeo la cabeza. Él me acaricia. Lo abrazo. Lo siento. Después... me besa y... me arranca la lengua. Y lo vuelvo a sentir. Se come mi alma, tan diferente a las de esta casa. No lo culpo. Si no lo hubiera hecho me habría vuelto como ustedes y sólo hablaría para quejarme de ser quien soy.

YOLANDA: No entiendo. Estás hablando.

BRISA: Sí. Lo hago. Cuando duermo... cuando él

duerme. Pensaron que nunca volverían a oírme. Pero son mis hermanas, tienen que hacerlo, todas las noches (*pausa*). Yolanda y Rosalba amablemente curan mi boquita y entonces comienzo a escuchar a mi hermano. Primero se come mi alma para después comunicarse con mi mente. Mi hermano es feliz. Puede platicar con alguien. Ya no está solo y me habla. Dice tanto.

YOLANDA: ¿Qué dijo?

BRISA: Nunca lo sabrán. Más tarde me pregunta cómo es donde yo vivo. A través de mis pensamientos le cuento y se entristece. Le digo cómo son sus hermanas y se entristece más. El odio, cosa que él desconoce, se apodera de su ser. Lo escucho, grita, quiere vengarse, sin saber que es eso.

MARCELA: Le envenenaste el corazón.

BRISA: Como ustedes me lo envenenaron a mí.

YOLANDA (*suplicante*): ¿Saldremos de este lugar?

BRISA (*niega con la cabeza*): No. Quedarán encerradas por siempre. En nuestro sueño. En nuestra pesadilla. En nuestro mundo. Juntas por siempre. Las que no sienten. Ustedes ya no existen. Dejaron de ser. Diles Rosalba.

ROSALBA: Estamos muertas.

Silencio.

MARCELA: Muertas y encerradas en la mente del idiota.

YOLANDA: Siento morir, otra vez...

ROSALBA: Sí, como todas las noches. Él nos vuelve a matar.

MARCELA: ¿Le gustará?

YOLANDA: No creo. Pensó que se libraría de nosotras. ¡Y no! Cierra los ojos y nos ve. Y lo hará hasta que muera. Salió del encierro para darse cuenta que ahora vive en otro que lastima mucho más.

ROSALBA: ¡Pobrecito, tampoco es feliz!

BRISA: Julián está inquieto, a punto de despertar. Necesita concluir esto, una vez más. Hermanas, no pudieron soportar tanta oscuridad, esta plática absurda entre ustedes, esta hambre que... sintieron.

YOLANDA: ¿Cuánto duramos así, vivas?

Brisa hace un gesto a Yolanda para que guarde silencio. Cambio de luz. Coreografía de transición.

ÚLTIMO RECUERDO. LA MUERTE

Rosalba, Yolanda y Marcela están solas de nuevo. Se ven débiles.

MARCELA: ¿Por qué no morimos de una vez?

ROSALBA: Morir y ya. No. Esto es un castigo.

YOLANDA: Nos portamos mal.

ROSALBA: Y si esos regalos que cuelgan no eran para Julián. Y si eran para nosotras...

Yolanda se acerca a Rosalba, le acaricia la cabeza. Después tensa una cuerda y la acomoda en forma de horca. Se escucha canción: Te está esperando. Líneas intercaladas.

Te está esperando

Te está esperando

Te está esperando

YOLANDA: Tienes razón. Son nuestras, mamá nos las dejó.

Las que no sienten

Las que no sienten

Las que no sienten

El idiota... que te ve

El destino... que te come

La muda... que te habla

Y la muerte que... (*efecto*)

ROSALBA: Algunos dicen que somos las que no sienten.

YOLANDA: Así nos llaman.

MARCELA: Quizás porque sentimos de más.

ROSALBA: Las que no sienten.

MARCELA: Sentimos de más.

Te está esperando

El idiota

Te está esperando

El destino

Te está esperando

La muda

YOLANDA: Así somos. Así seremos. Hoy y nunca. En este infierno. Juntas por siempre. Las que no sienten. ¿Por qué?

Las que no sienten

Sentimos de más.

Las que no sienten
 Vivimos de más.
 Las que no sienten
 Y todos los días
 Las que no sienten
 Morimos de más (*efecto*).

Rosalba y Yolanda se cuelgan.

Te está esperando
 El idiota
 Te está esperando
 El destino
 Te está esperando
 La muda
 Te está esperando
 La muerte

MARCELA: Juntas por siempre.

Marcela se cuelga. Fin del último recuerdo. Llega Brisa y las ve. Voltea hacia el público.

BRISA: El idiota sabe que sus hermanas ya no son las de antes. Viene aquí, las ve y está contento. Este cuarto tan triste no está solo. Hay en él tres cuerpos flotando armónicamente (*viendo los cuerpos*). ¿Por qué nos hicieron esto? ¿Por qué no sintieron? (*pausa*) ¿Y tú, Julián? ¿Dónde estás? (*pausa*) Yo me voy, lejos... lejos... calladita como siempre. Él deja de hablarme. Mi mente ya no lo escucha. Solamente cuando duermo, cuando él duerme. Y siempre soñamos lo mismo. Esto que... ahora estoy soñando y quizás... (*al público*) ustedes

también sueñen... hasta que el idiota y yo... despertemos.

Canción de cuna. Se ilumina la cara de Brisa y los tres cuerpos colgados. Se pueden ver las sombras de los padres reflejadas sobre los cuerpos. Brisa canta una estrofa de la canción de inicio.

BRISA: Éste es un cuento de una familia que fue infeliz después...

Nació él. Brisa camina hacia sus hermanas. Poco a poco abre los brazos y vemos la figura de una enorme araña. Oscuro total.

FIN

Después de impartir varios talleres, conferencias y cursos de dramaturgia en el interior de la república y en la ciudad de México, considero que el taller es el medio idóneo donde se puede desarrollar la habilidad de la escritura dramática.

En los talleres de dramaturgia que imparto en el Foro Shakespeare, desde los que empiezan en la escritura hasta los ya experimentados en teatro, se analizan los ejercicios o las obras de teatro que escriben los talleristas y se complementa con la lectura de obras de teatro contemporáneas para aprender estructura, diálogo, progresión dramática, construcción de personajes, manejo del tiempo y todos los elementos necesarios para escribir. A partir de casos concretos, se transmiten los aspectos teóricos y metodologías en la dramaturgia.

Cada participante inicia con un proyecto de escritura para realizarse en un año o busca los temas que podrían ser de su interés a través de ejercicios particulares, según sus necesidades creativas. En el recorrido aprende a analizar las obras de sus compañeros, de dramaturgos contemporáneos mexicanos e internacionales, y a analizar su propia obra. Ejerciendo la crítica y la autocrítica incorpora

a su conocimiento teoría y práctica. Escribe obras, ejercicios teatrales y escenas de entrenamiento.

Por medio del diálogo se aprende a escribir teatro o se perfecciona el estilo. El aprendizaje contempla desde cómo analizar una obra, hasta cómo corregir la mía propia. En el taller se van descubriendo habilidades para desarrollar, carencias que subsanar y se forma el criterio. El objetivo es adquirir una técnica y una disciplina, buscando calidad en los trabajos.

En el Foro Shakespeare se organizan ciclos de lecturas dramatizadas para mostrar las obras trabajadas en el taller y, así, corregir el trabajo con base en el contacto con el espectador.

Así como el teatro se hace de manera colectiva, en el taller de dramaturgia se comparte el reto de hacerse y consolidarse como buen escritor. Se fomenta el compañerismo y nunca la competencia.

ESTELA LEÑERO



ESTELA LEÑERO es antropóloga de profesión con estudios de especialización en teatro en Madrid España. Ha llevado a escena y publicado más de veinte obras de teatro y obtenido diversos premios. Actualmente es columnista en la revista *Proceso*, conductora de un programa de radio en Código DF y próximamente estrenará *Soles en la sombra. Mujeres de la revolución*, con la Compañía Nacional de Teatro, es una obra sobre mujeres en la revolución.

estelateatro@gmail.com

www.estela.dramatgurgiamexicana.com

www.foroshakespeare.com



JESÚS RAMÍREZ es egresado de la ENAH. Ha trabajado como actor, director, productor y dramaturgo, y recibido clases de Beatriz Novaro, Rozina Rivas y Luis Valdéz. Coordinador del área artística de Kidzania enfocado al teatro y al entretenimiento infantil.



BÁRBARA VITERBO GUTIÉRREZ estudió literatura dramática y teatro en la UNAM. Desde hace 23 años ha estado dedicada a la actividad teatral como actriz, directora, maestra y productora. Desde 2006 forma parte del taller de Estela Leñero.



OVIDIO RÍOS trabaja en la Coordinación Nacional de Literatura del INBA. En 2009 obtuvo la beca en la categoría "Jóvenes Creadores" que otorga el CECULTAH. Ha trabajado en las revistas *La grieta*, *Ad vivitum* y *Sic Literatura y otros errores*.



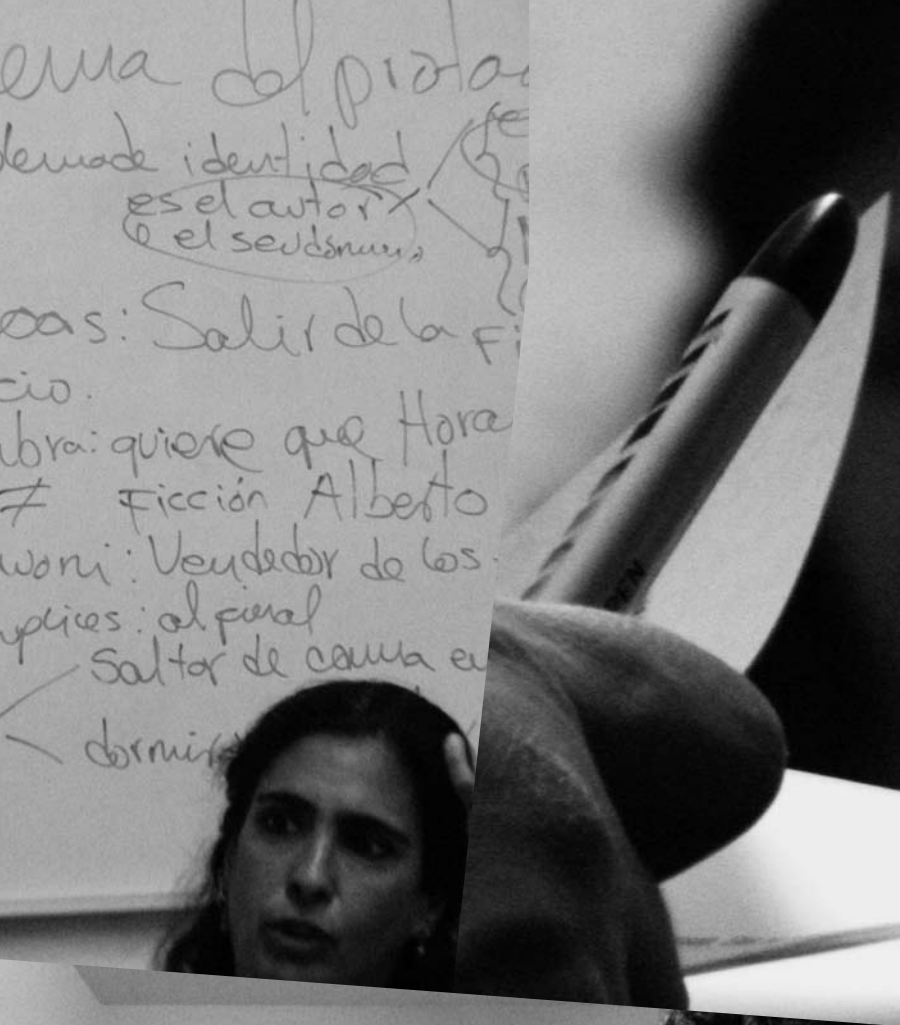
GEORGINA MONTELONGO estudió comunicación en la UNAM. De 2000 a 2006 crea y dirige la Compañía de Teatro Infantil "Teatro, Maroma y Cuento". Estudió guionismo cinematográfico con Beatriz Novaro y desde 2006 participa en el taller de Estela Leñero.

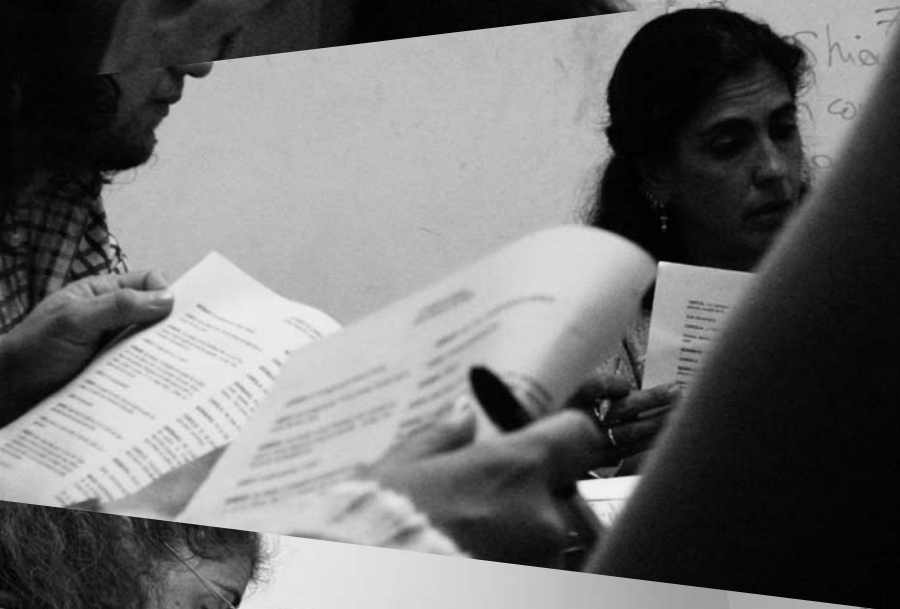


ANA DÍAZ SESMA es egresada de ciencias de la comunicación por la Universidad de las Américas-Puebla. Tiene dos libros de cuento publicados: *Tiempos de aguas y otros tiempos* y *De madrugadas rotas y sirenas extraviadas*.



KERIM MARTÍNEZ FLORES es dramaturgo, actor, director, productor, docente y soñador. Algunas de sus obras estrenadas son *Y cerré mis ojos...*, *Las que no sienten*, *Clementina y sus cabellos color plata* y *Tres tristes triunfantes*. Integrante de Máquina de Espacio Teatro desde 1997.





ÍNDICE

Panorama desde la dramaturgia	1
<i>Elena Guiochins</i>	
Introducción	2
<i>Estela Leñero</i>	
Mexicano Flores	3
<i>Claudia Romero Herrera</i>	
Bajo un mar de cristal	4
<i>Arturo Quiroz</i>	
El niño hecho a mano	5
<i>Luis Osorio</i>	
Por siempre jamás	6
<i>Marcela Alvarado</i>	
Donde los dioses y las almas	7
<i>Georgina Montelongo</i>	
Epílogo. ¿Por qué los talleres de dramaturgia?	8
<i>Estela Leñero</i>	
Dossier	10
<i>Juan José Meza y Bruno Bichir</i>	

SE IMPRIMIÓ EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA UNIVERSITARIA DE LA UNIVER-
SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN, EN EL MES DE ENERO DE 2010, EL TIRAJE
FUE DE MIL EJEMPLARES.

PARA LA FORMACIÓN TIPOGRÁFICA SE UTILIZÓ:

THESIS (THE SERIF), DE LUCAS DE GROOT Y **DNNR**, DE PEDRO PAN.
